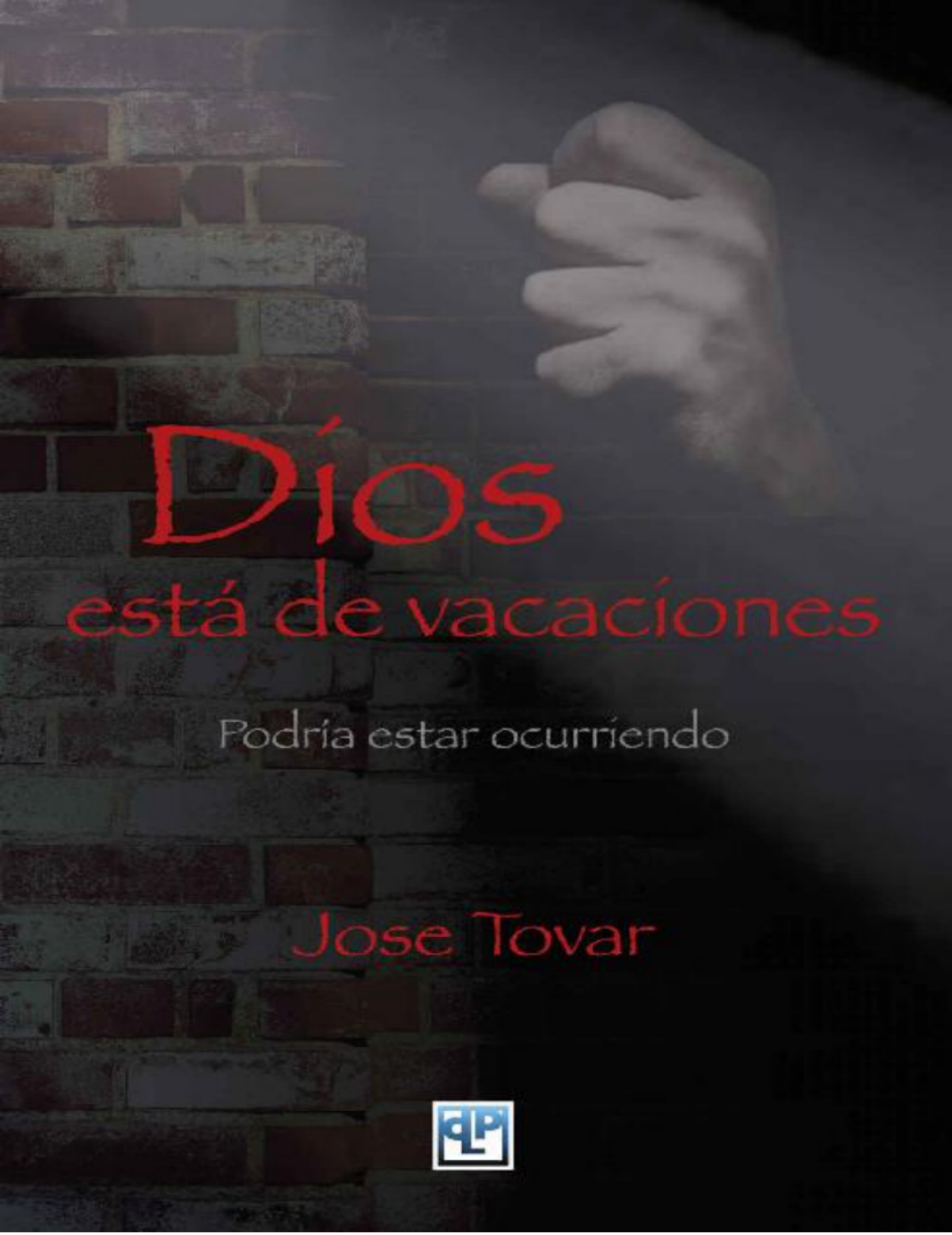

Dios
está de vacaciones
Podría estar ocurriendo
Jose Tovar

Dios
está de vacaciones

Podría estar ocurriendo

Jose Tovar

Dios está de vacaciones. Podría estar ocurriendo
© Jose Tovar, 2016
www.josetovar.es
Ediciones Letra de Palo, S.L.
www.letradepalo.es
www.facebook.com/Letradepalo
twitter.com/letradepalo
editorial@letradepalo.es
Diseño de portada: Jose Tovar
Fotografía del autor: Pepe Quiles
Maquetación: Letradepalo
Formato digital (e-book)
ISBN: 978-84-15794-30-1
IBIC: FA
Reservados todos los derechos.

letradepalo
ediciones

www.letradepalo.es

SINOPSIS

La vida de Lázaro y Melany transcurre en un país imaginario en una época indeterminada. Pero podría estar ocurriendo en este mismo instante, ser una realidad. Eran la pareja perfecta, con la vida idílica que cualquiera pudiera desear. Hasta que la ambición se cruza en su camino.

Un trágico accidente trunca el futuro prometedor que se les presentaba dejándolos desamparados y desprotegidos ante la ley, ante el mundo y ante ellos mismos.

Un relato que nos enseñará a valorar lo que poseemos y nos mostrará qué fácil puede llegar a ser perderlo absolutamente todo, arrastrándonos a una humillación y soledad a las que tendremos que enfrentarnos para sobrevivir y no perder lo único que nos queda: nuestra propia identidad. Un relato donde Dios parece haberse olvidado de todos. Quizá se encuentre de vacaciones.

PRÓLOGO

Ya casi ni recuerdo cómo llegué a esta situación. Hace tantos años que a mi mente le cuesta discernir realidad y fantasía. Y es la fantasía la que ha sustentado mi espíritu desde entonces. La fantasía de que todo fuera un sueño, de que nada de todo esto hubiera sucedido en realidad, y que de un momento a otro despertaré de la horrible pesadilla en que se ha convertido mi vida. Pero ahora que está llegando a su fin es cuando más deseo que ocurra. Mi cabeza solo alberga espacio para esperar sereno el momento en que mi vida se extinga, y liberarme así del tormento que supone repetirme constantemente cómo llegué aquí, cómo cambió mi vida para convertirse en este sinsentido. Todo debería haber acabado ese fatídico día en que las cosas se torcieron para siempre. Eso hubiera sido lo justo. Pero ni siquiera hoy puedo hablar de justicia, y nada de lo que diga podrá cambiar los hechos. Y es un hecho que la soledad, el desamparo, la mentira y los remordimientos han sido mis compañeros de viaje a lo largo de estos años. No, no quiero hablar de justicia. Otros tampoco podrán hacerlo, como no lo harán de compasión, de perdón… de miedo. La misma razón nos lo impide: la hipocresía. He pagado un precio muy alto, y está muy próximo mi último plazo.

PRIMERA PARTE

I

Acababa de bajar del avión de vuelta de mi último viaje de trabajo. Buscaba entre la multitud la cara de Melany que debía venir a esperarme si conseguía recordar que hoy era el día de mi regreso. Al cabo de media hora de infructuosa búsqueda llegué a la conclusión de que había vuelto a pasar. Probablemente ahora estaría chamuscándose en la piscina junto a alguna amiga sin saber en qué día se encontraba. Solíamos pasar esta época del año en Beach Calme, en una bonita casa que compramos a un extranjero que debía regresar de forma inmediata a su país por un precio realmente interesante. A mi esposa le encantaba. Le permitía practicar su deporte favorito, el «shopping», cuando yo estaba fuera por asuntos de trabajo. Aunque ese era un deporte que practicaba a todas horas.

Hasta dentro de dos o tres semanas no volveríamos a nuestra casa en la ciudad, y aprovechar el final del verano era una prioridad en su agenda. Ahora tendríamos todo ese tiempo para estar juntos. El trabajo hizo una pausa obligada hasta mi próxima salida a mediados de septiembre. Se lo debía a Melany. Teníamos derecho a esos días para compartir todo lo que por mi causa nos perdíamos tan a menudo. Aunque en honor a la verdad, eran esas ausencias las que pagaban las facturas, la casa en la playa y todos los caprichos que tanto ella como yo no nos podríamos permitir de otra manera. Mi sueldo como asesor financiero en Sistemas Informáticos de Máxima Seguridad para empresas (S.I.M.S.) era lo suficientemente holgado como para disfrutar de una vida relativamente relajada, aunque tuviera su parte de sacrificio. Ni más ni menos que en cualquier otro trabajo de alta responsabilidad. Así que decidí telefonearla seguro de su descuido. Al séptimo tono, escuché su voz al otro lado de la línea:

—Oh, cariño —exclamó sorprendida—. No me puedo creer que haya vuelto a olvidar la hora. Estaba convencida de que aún llegaba a tiempo. Me disponía a salir en unos minutos, en cuanto acabara de secarme el pelo. Con este calor, no acabo de dejármelo en condiciones.

—No te preocupes, nena. En poco menos de una hora estaré allí. Aprovecha para reservar mesa donde te apetezca cenar esta noche. Tengo tantas cosas que contarte…

—Y yo, Lázaro. Estoy deseando que veas mi nueva lencería, y el salto de cama a juego.

—Umm, ¿es comestible?

—No, pero tiene tan poca tela que no te indigestarás.

—Ve preparándome un protector de estómago.

—Mejor piensa en otro tipo de protección, cariño.

—Déjate el pelo como está, no pierdas el tiempo.

—No tardes, este calor me está matando —y colgó.

Totalmente desconcentrado, hice mi segunda llamada. Debía comunicarme con Steven, mi jefe y amigo, para darle novedades y fijar la fecha de nuestra próxima reunión. Todo debía estar listo en las próximas semanas para cerrar la operación que haría mi vida más tranquila a partir de entonces. Este no tardó en contestar:

—Hola, muchacho, imagino que ya en tierra, ¿es así? —preguntó.

—Así es, Steven. Acabo de hablar con Melany. Aún no le he contado nada, lo haré esta noche. Y el viaje, tal y como esperábamos. Todo conforme.

—Enhorabuena, Lázaro. Sé que no me voy a arrepentir de mi decisión. Y tú tampoco. Estoy muy orgulloso —afirmó.

—Dedicaremos mis días de descanso a agilizar los trámites y plasmar el acuerdo definitivo —le contesté—. Pero llegados a este punto creo que todo va a ser sencillo, estamos prácticamente de acuerdo en todo. Solo falta el visto bueno de Melany.

—¿Crees que pondrá alguna objeción?

—¿Mi mujer? —exclamé sorprendido—. Todo lo que suponga tener más dinero y más tiempo para gastarlo la hace inmensamente feliz.

—Me alegra oír eso. Descansa, y llámame en unos días. Iremos concretando. Hasta pronto, Lázaro.

Tras despedirme de Steven, me subí a un taxi y le indiqué la dirección. El trayecto hasta Beach Calme era medianamente largo. Steven Weiner era de esos tipos inquietos que solo estaban inactivos mientras dormían. Aunque tampoco estoy muy seguro de eso. Siendo estudiante de económicas y empresariales ya dio muestras de sus inquietudes. Con trabajos y negocios esporádicos consiguió reunir un dinero para montar su primer negocio: una empresa dedicada a automatizar los procesos de gestión de empresas para dar soluciones por sectores determinados y adaptando a cada cliente sus necesidades específicas, algo realmente novedoso en aquel momento. Tuvo la habilidad suficiente para convencer a sus futuros clientes de que aquello era algo imprescindible con lo que

debían contar si realmente querían centrarse en la actividad propia de su negocio. Con el tiempo, fue añadiendo nuevos servicios informáticos, mantenimiento, outsourcing, instalación de redes y servidores. Y esto llevó a sus clientes a una nueva necesidad: proteger su sistema de ataques externos y espionaje. Cuando acabó la universidad, Steven se vio fundando S.I.M.S. junto a un inversor amigo de su padre que se convirtió de ese modo en el presidente de la nueva compañía. No tardaron en formar sociedad y transformarse en los pioneros de una actividad que empezaba a generar enormes beneficios. No hay duda de que en esa decisión influyó sobremanera su matrimonio con la hija del rico inversor, uniéndose así una fortuna incuestionable y un cerebro adelantado a su tiempo. Ahora con cuarenta y tres años y tras la muerte de su suegro, Steven era uno de los empresarios más influyentes del mundo.

Empecé a trabajar con Steven tres años atrás. Yo contaba con treinta y un años y con un proyecto de fin de carrera sobre la seguridad y encriptación en sistemas informáticos que le pareció muy válido para su empresa. Fue un golpe de suerte. Melany y yo acabábamos de casarnos y tras alcanzar un acuerdo con Steven pude dejar mi engorroso trabajo de limpia cristales. Pero no de cualquier cristal: de altísimos edificios de oficinas con fachadas acristaladas que desafiaban a las nubes por conseguir la más alta posición. Un trabajo que me dejaba bastante tiempo libre y no muy mal pagado, cuya única condición era no sufrir de vértigo. En mi trabajo, literalmente, estaba siempre colgado.

Y allí estaba ella. En la planta 27 de aquel monstruoso edificio, solicitando un puesto de trabajo que se le resistía. La vi a través del enorme ventanal que intentaba aclarar con el único propósito de verla nítidamente: lo demás no importaba. Y me colgué por ella en ese instante. En la superficie todavía húmeda del vidrio le pedí una cita. Ese fue el motivo de que se desconcentrara y de que posteriormente la rechazaran para el puesto. Tuve que pedirle perdón en reiteradas ocasiones en la cafetería de la planta 13 hasta que al fin accedió a salir conmigo. Pero a ella no le gustaba que anduviera espiando tras las ventanas, y a mí no me gustaba arriesgar mi vida en unos andamios a muchos metros del suelo, así que cuando tuve la oportunidad de presentar mi proyecto a Steven luché como nunca por conseguir ese trabajo. Casi tanto como para conseguir a Melany.

Casi sin darme cuenta llegué a mi destino. Pagué al taxista mecánicamente y sin apenas despedirme me dirigí a la portezuela que daba al jardín de casa. La abrí y en dos zancadas crucé por el

pequeño sendero hasta la puerta de acceso a la vivienda, esperando que Melany no estuviera en la piscina en la parte de atrás y no escuchara el sonido del timbre. El parterre, tan descuidado como siempre, era ocupación de mi mujer. Me negaba a contratar a un jardinero para el escaso trabajo que suponía esa tarea, pero sin duda en mis próximos días de descanso tendría que tomar una decisión al respecto, le gustara o no a mi chica.

Antes de que tuviera opción a presionar el llamador se abrió la puerta. Tras ella apareció una media melena de un negro intenso rodeando un bellísimo rostro de tez bronceada, y dos grandes ojos pardos melados se clavaron en mí. Debajo del blanco negligé se adivinaba la ceñida silueta de una joven que apenas podía ni quería disimular sus abundantes encantos. Sus pies descalzos se entrelazaban sinuosamente y de manera provocadora.

—Señora Melany Wilson —pregunté, cómplice—. ¿Atiende usted así a todas las visitas?

—Señor Lázaro Reber —respondió—. No haga preguntas estúpidas y entre a mi morada.

Tirando de mí hacia el interior recibí un efusivo beso que casi no me deja fuerzas para cerrar rápidamente la puerta a mi espalda. Estaba de nuevo en casa.

II

Llegamos al restaurante alrededor de las nueve de la noche. Melany eligió uno de especialidad hindú porque a ambos nos encantaban los sabores especiados. Nos habían reservado una mesa en un rincón al fondo del local, una de las zonas más tranquilas del restaurante. Nos acomodamos bajo una tenue luz azulada que confería al espacio un ambiente muy acogedor y sobre todo relajante. La temperatura era ideal, teniendo en cuenta el calor que hacía en el exterior en esa época del año a pesar de la hora en que nos encontrábamos. Enseguida uno de los camareros nos tendió la carta y nos ofreció un cóctel que creí adivinar tenía como ingrediente principal el zumo de naranja, aunque dejaba un exquisito regusto a cava al beberlo. Tras examinarla por encima, ambos coincidimos en empezar con raita, una refrescante ensalada de pepino, yogur y hierbas aromáticas. La acompañamos de narial jhinga, unas gambas picantes servidas en medio coco que se utilizaba como recipiente y que posteriormente también se podía comer una vez impregnado de todos los sabores de la receta. Como plato principal, ella se inclinó por el pollo tandoori y yo por unas chuletillas de cordero con gran cantidad de especias que me obligó a pedir una segunda botella de un refrescante Sangiovese que aliviara mis papilas gustativas.

La velada fue de lo más placentera y relajada, charlando de los más variados temas hasta la hora de los postres. Antes de que el camarero los sirviera empecé a contarle:

—Verás, Melany, hay algo que quisiera contarte. Hace ya varias semanas que Steven y yo le estamos dando vueltas para encontrar la fórmula adecuada y creo que hemos dado con ella. Quiere que vuelva a dar un salto cualitativo y cuantitativo en la estructura de la empresa y así poder dejar mi puesto a otra persona cualificada que pueda absorber el exceso de trabajo que podamos crear entre ambos.

—¿Eso quiere decir un ascenso? —preguntó.

—Algo así, cariño, pero con ciertos matices…

—¡Eso es maravilloso, Lázaro! —interrumpió—. Y eso supondrá un trabajo más cómodo y sobre todo mejor pagado, ¿verdad?

—Bueno, en realidad solo has acertado en lo último. El trabajo seguirá siendo prácticamente igual, pero el sueldo podría hasta

duplicarse.

—¡Fantástico! Por fin podremos cambiar la casa de la playa por una más grande, comprar un coche para mí y no tener que andar utilizando el tuyo, hacer maravillosas fiestas con invitados realmente importantes. ¡Qué alegría! ¿Y a partir de cuándo?

—Realmente no sabía si estarías de acuerdo. Quizá aún tengamos menos tiempo para estar juntos, es posible que los viajes se alarguen…

—Aún somos muy jóvenes, cariño. Recuperaremos el tiempo, seremos aún más felices, cuando una decena de niños nos rodeen no nos arrepentiremos de haber hecho todo lo posible por dejarles en una situación privilegiada. Lo haremos sobre todo por ellos, Lázaro.

—Pero aún no tenemos ninguno, tú aún te resistes a quedarte embarazada por miedo a perder esa maravillosa figura que tan loco me tiene. ¡Y diez niños son muchos! Escúchame, Melany, existen riesgos.

—¿Qué tipo de riesgos?

—La idea de Steven es hacerme accionista para conseguir un puesto en el consejo de administración. El sueldo aumentaría ligeramente, pero el reparto de beneficios anual, si estos se producen, supondrían el aumento del que te estoy hablando. Pero para alcanzar el 12% de la sociedad y así convertirme en el tercer mayor accionista de la compañía tendríamos que invertir todos nuestros ahorros. Es posible que hasta tengamos que vender nuestra casita en la playa. Aunque según la marcha de la empresa, habríamos recuperado sobradamente la inversión al acabar el año próximo.

—Tienes razón, existen riesgos —suspiró—. ¡Pero seguro que lo conseguirás! Solo es algo más de un año un poco más sacrificados, merecerá la pena, ya lo verás. Estoy tan orgullosa de ti. Y muy contenta, aunque no te engaño, también un poco enfadada.

—¿Enfadada? ¿Conmigo? —pregunté extrañado.

—Un poquito, cariño. Siempre viajando de aquí para allá, visitando lugares increíbles…

—…asistiendo a reuniones interminables —la interrumpí—, soportando a individuos que se creen superiores solo por tener más dinero, y sobre todo aguantando a Steven que siempre quiere más. Además, te he dicho en muchas ocasiones que me acompañaras alguna vez.

—Tú sabes que yo prefiero esperarte aquí. Tienes un trabajo tremendamente aburrido. Pero eso va a cambiar. Ahora tendremos más dinero que muchos de esos tipos.

—Ja, ja, ja —me hizo reír—. Pero para eso aún falta tiempo, y también quedarnos sin blanca.

—Las oportunidades solo se presentan una vez en la vida. ¿No tendrás miedo a este nuevo reto? Si dejas pasar esta ocasión te estarás preguntando el resto de tu vida qué hubiera pasado si hubieras aceptado. Quizá en cinco o seis años podrás retirarte, o llegar a ser el segundo accionista. Sé que no estoy casada con alguien que mira de reojo al futuro, estoy casada con un hombre valiente y decidido que ve oportunidades donde otros no ponen más que excusas.

—De acuerdo, pero hay muchas formas de triunfar en la vida.

—Pero la vida de los triunfadores es más cara que otras —bromeó, juguetona—. Solo se trata de un puñado de dinero y un tiempo del que disponemos para probablemente llegar tan alto como hayamos soñado nunca. Y después, ya veremos. Podemos comprarnos una isla desierta y recuperar el tiempo perdido.

—Ahora disfrutemos del postre —hacía un buen rato que se calentaba ante nosotros—. Y disfrutemos de los días libres que tenemos por delante. Ya tendremos tiempo de discutir los detalles.

III

Los días pasaban tranquilos. Melany y yo recuperamos en lo posible todo el tiempo que permanecimos separados. No quise volver a reunirme con Steven hasta haberme despejado lo suficiente y haber estudiado la operación junto a mi mujer. Ella tenía razón: siempre la tenía. Un poco más de sacrificio y pronto estaríamos en condiciones de tomarnos la vida de una manera más placentera. Quizá hasta pudiera ir reduciendo paulatinamente mis jornadas de trabajo hasta que los dividendos fueran lo suficientemente sustanciosos como para recuperar la inversión inicial y conseguir una renta fija anual que me permitiera dedicarme exclusivamente al consejo de administración de la compañía, suprimiendo sobre todo la actividad que me hacía recorrer medio mundo y que tanto tiempo le robaba a mi vida.

Después de esos días desconectado de todo y de todos, era el momento de ir a visitar a mi madre. Tras mi último viaje le prometí pasar un día completo con ella, y debía cumplir mi palabra. Así que la telefoneé y quedamos para el día siguiente. A Melany no le gustaban excesivamente ese tipo de visitas familiares. A decir verdad, a mí me pasaba lo mismo: los días que por cortesía visitábamos a sus padres suponía para mí una inacabable jornada que mi esposa conseguía estirar algo fuera de lo común. Pero si podía elegir, prefería ser yo el que acudiera a su domicilio. Si en su casa era un suplicio, una de sus visitas a la nuestra equivalía a esperar larguísimas horas a que se cansaran de nuestro sofá del que acababan formando parte, de nuestras viandas, de mi whisky, aunque lo realmente insoportable era los cambios de mobiliario, de distribución, sus consejos sobre el jardín y otras prebendas que tenía que oír sobre nuestra forma de vivir, tan moderna para ellos, y que me ponían los nervios de punta. Al fin y al cabo, imagino que Melany pensaría lo mismo de mi madre. Así que llegamos a la conclusión de que evitaríamos tantas visitas de cortesía como nos fuera posible, reduciendo las reuniones familiares al estricto control del calendario que marcaba riguroso las inevitables fechas de convivencia.

Mi madre era viuda desde hacía dos años. Un accidente de coche truncó una perfecta vida de armonía y amor. No fueron la pareja perfecta, pero el respeto mutuo con el que se trataron y el cariño

que desprendían entre ellos y que transmitían era algo con lo que yo siempre soñaría que me pasara. Indudablemente Melany y yo nos adorábamos, pero estábamos muy lejos de alcanzar la plenitud de que gozaron ellos. Imagino que será algo que se conseguirá con el tiempo, si este se muestra benévolo y nos mantiene unidos. Mi padre, tres años mayor que mi madre, perdió la vida cuando volvía de trabajar una tarde que terminó antes de su hora. La luz cegadora de un sol invernal que tenía de cara impidió que viera con claridad una curva por la que pasaba diariamente y que tampoco entrañaba una gran dificultad. Un frenazo a destiempo, una mala corrección de la dirección y por consiguiente un violento deslizamiento que acabó tragándose el vehículo y también la vida de mi padre en una mezcla de mala suerte y el factor determinante de no contar con los reflejos que pueda tener una persona más joven. Sin duda, una tarde fatídica que se cebó con una cadena de factores que por sí solos no suponían nada, pero que unidos se convirtieron en un demoledor engranaje que no se detuvo hasta conseguir su macabro objetivo. El terrible golpe que supuso para mi madre ese lamentable hecho la sumió en una depresión de la que empezaba a recuperarse. Constantemente pienso que yo no ayudé demasiado a su recuperación. Un hijo único debió volcarse con su madre y no con su trabajo. Pero Melany absorbía el resto de mi escaso tiempo y yo no supe ver la soledad de mi madre tras la brusca interrupción de su matrimonio, y me siento culpable por eso.

Intenté compensarla con regalos, con presentes, pero ella no necesitaba nada de eso. Ella necesitaba a mi padre. Así que también a ella le debía este último esfuerzo. Viviría muchos años más sin problemas, y yo sí que estaría ahí de verdad, con ella, para abrazarla y quererla y recuperar todo el tiempo perdido.

Otra vez el tiempo. Y yo seguía sin darme cuenta de que eso era precisamente de lo único que andamos escasos y que es nuestro bien más preciado. Volvía a cambiar mi orden de prioridades en beneficio de todo lo material, sin valorar lo mejor que tenemos en nuestras vidas y que es irreemplazable: las personas que están a nuestro lado y el tiempo que pasamos con ellas.

Llegué a casa de mi madre temprano. No solía levantarse tarde y me apetecía mucho desayunar con ella. Pasé por una panadería cercana y compré dos bollos de mantequilla rellenos de una espesa crema pastelera y moteados con pasas. A ella le encantaban las pasas y a mí la crema pastelera. Pensé que sería lo ideal. Toqué el timbre de su apartamento y me recibió con una radiante sonrisa que mostraba una dentadura perfecta. La verdad, mi madre se

conservaba estupendamente. Lucía una media melena rubia que mantenía su densidad a pesar de los años y una elasticidad que aunque iba perdiendo poco a poco le daba un aspecto casi juvenil. Y su olor: mi madre siempre olía a azahar, a huerta fresca y húmeda y a flores de atardecer. Lo único preocupante era su extrema delgadez. Tras la muerte de mi padre tardó mucho en recuperar algo de apetito, y si bien ya era una mujer esbelta esto no hizo más que resaltar su físico.

—¡Buenos días, hijo! —me besó en la frente. Yo, a su vez, la rodeé con todas mis fuerzas y le solté un escandaloso beso en la mejilla—. Pasa, estaba esperando a preparar café. ¿Qué traes ahí? Oh, siempre con detalles. ¿Traes de esos bollos enormes llenos de pasas? Me alegro tanto de verte. ¿Cómo está Melany? Tan ocupada como siempre, ¿verdad? Y dime, Lázaro, ¿cómo te va el trabajo?

—Vamos, mamá, no te metas con Melany —repliqué. Mi madre solía soltar toda esa retahíla de preguntas seguidas sin apenas respirar, como si fuera a olvidar a lo largo del día formularlas una por una—. Ya sabes que hace lo que puede.

—Tu mujer no ha vuelto a trabajar desde que te conoció. La tienes muy mal acostumbrada. Ya sabes que una cabeza demasiado despejada tiene que llenarse con algo, y eso acaba siendo peligroso en un matrimonio.

—Mamá, ella se encarga de la casa, ya sabes. Son tareas tan ingratas que no se valoran y alguien tiene que hacerlas, y ella pone mucho empeño en tenerlo todo en condiciones para cuando llegue. Y lleva toda la contabilidad de nuestras vidas, yo nunca tengo tiempo para eso y si no fuera por ella no sé cómo se pagarían las facturas y cómo estarían las cuentas al día. Por favor, mamá, cada uno tiene su cometido y no es fácil llevar una vida como la nuestra, siempre alejados el uno del otro.

—Pero está alejada de ti porque quiere. Podría acompañarte alguna vez.

—Ya hemos hablado de eso infinidad de veces. Tenemos un hogar, queremos formar una familia. Mis viajes son temporales y no creo que sea la mejor forma de llevar un matrimonio, de un aeropuerto a otro.

—¿Y la mejor es como lo estáis haciendo? —preguntó irónica—. Vamos, hijo, yo solo quiero decir que no se puede basar un matrimonio exclusivamente en el futuro, en los planes que estáis haciendo siempre para mañana. Tienes que mirar de cara el presente, valorar lo que tenéis ahora, porque no siempre podréis vivir así y sobre todo no siempre seréis jóvenes.

—Precisamente de eso quería hablarte, mamá. Mi jefe me ha hecho una nueva propuesta. Lo hemos valorado y he decidido aceptarla. En unos dieciocho meses, dos años a lo sumo, podremos dejar esta forma de vida, o incluso dejar de trabajar.

Le expliqué nuestros planes a mi madre. No muy convencida, y a regañadientes, me dio su bendición. «Todo para que después de media vida de sacrificios podáis vivir la otra media como personas normales —me dijo—. En cualquier caso, me siento muy orgullosa de ti».

Después de desayunar salimos a pasear por la ciudad. Estuvimos charlando toda la mañana de cosas sin importancia, riéndonos. Me encantaba ver a mi madre alegre. Por unas horas su mente viajó junto a la mía por lugares inventados, por recónditos paisajes urbanos, entre gente que nunca conoceremos, libres, viviendo el presente como a ella le gustaba y acariciando un futuro tan cercano que ya me hacía pensar en mi nueva vida junto a Melany y con la necesaria presencia de mi madre durante todos los años que la providencia tuviera a bien concedernos. Comimos en una antigua taberna del centro y a media tarde nos despedimos.

—Mamá, te llamaré en cuanto todo esté arreglado —le dije—. Y no te preocupes, es un último esfuerzo, saldrá bien. Confía en mí.

—Confío en que así será. Y que después no te inventes otra excusa para ser «aún más feliz».

—Te lo prometo, mamá —le contesté, rotundo—. Te quiero.

La besé como siempre y la dejé, creo que un poco más mayor, un poquito más abatida, pero un poquito más convencida de que esta vez conseguiría cumplir mis expectativas y nuestras vidas, las de todos, darían por fin un giro drástico. No podía ni imaginar lo cerca que estaba de que eso pasara.

IV

Se acabaron las vacaciones. La rutina, el estrés y mis pesados viajes estaban a la vuelta de la esquina. A través de los cristales vi al jardinero afanado en su tarea. Melany se había salido con la suya: ella nunca se ocuparía del jardín y era una pena desperdiciar ese bonito espacio. Durante unos momentos sentí envidia de él. Sentí cómo al acabar su agotadora jornada laboral volvía a casa, lo recibía su esposa, quizá tuviera un par de chiquillos revoloteando por la casa. Pasaría el resto de la tarde con su familia, sin más preocupaciones que las precisas de un hogar. Al llegar el sábado irían juntos de compras, verían a sus amigos, el esperado domingo daría un respiro a la pesada semana antes de volver de nuevo a la lucha. Me recordaba a mí mismo hacía unos años limpiando unos cristales que casi nunca lo necesitaban, a través de los cuales veía gente sin alma que iba y venía, autómatas de un sistema que los arrastraba de un lado a otro sin ocuparse de sus sentimientos, de sus necesidades, de sus vidas. ¿Pensaría eso de mí el jardinero? ¿Me vería como un muñeco dirigido por hilos invisibles manejados al antojo por alguien que se cree superior simplemente por su posición social? ¿Me convertiría yo algún día en uno de esos tipos que miran a sus semejantes como si vivieran en vidas paralelas que nada tienen que ver entre sí, sintiéndose no solo con el deseo sino también con la obligación de pisotear a cuantos tengan a su alcance? Yo solo quiero mi felicidad, la de mi gente, un bienestar duradero que nos garantice en la medida de lo posible un futuro estable y sin altibajos. ¿Pensarían realmente así también los demás?

Entre esas conjeturas me despedí de mi mujer. Me dirigí al despacho de Steven a ultimar los detalles de la transacción que me convertiría en el tercer accionista de S.I.M.S. Estaba todo prácticamente listo. Yo adquiriría el total de las acciones de Bartimeo Fuster, actual tercer accionista de la compañía y que contaba con el 10% de ellas. Ante su inmediata jubilación, prefería tener el dinero en metálico antes que ir recibiendo dividendos a lo largo de los años, a pesar de que una vez recibida íntegramente esa suma nunca más obtendría beneficios de sus acciones. Bartimeo era una persona a la que le gustaba tener el control y una vez fuera de la compañía contemplaba con mejor talante tener controlado su dinero en una cuenta corriente. El otro 2% lo obtendría de un

accionista menor que atravesaba un mal momento y necesitaba liquidez urgente. Deshaciéndose de ese porcentaje, aún conservaría el 3% y conseguiría un buen pellizco para poder tapar sus agujeros. Ismael era todo lo contrario a nosotros: prefería vivir el día a día y no le importaba demasiado el futuro.

Llegué a su despacho pasadas las diez de la mañana. Ya habíamos discutido con nuestros respectivos abogados las condiciones de la operación. Steven tenía toda la documentación lista. Repasamos nuevamente punto por punto los contratos. Todo parecía en orden. Procedimos a estampar nuestras firmas corroboradas por el Ilustre Señor Notario. Entregué el cheque avalado con el montante total. En él se encontraban todos nuestros ahorros, el trabajo de toda nuestra vida. Sentí pánico ante la idea de perderlo todo. Pero la decisión estaba tomada. Y era por nuestro bien, por nuestro ansiado futuro, por nuestra vida. ¿Qué podría salir mal? Debíamos correr el riesgo, nos merecíamos esta oportunidad. El resto de nuestra vida por dos años de contenciones, de intenso trabajo y de pequeñas privaciones que compensaríamos con creces al cabo de ese tiempo. Podríamos con ello, siempre que estuviéramos unidos.

Nos apresuramos en acabar todos los trámites. Al día siguiente volvía a viajar y aún había que preparar las múltiples reuniones que me esperaban. Nos llevó toda la tarde la ingrata tarea de planificarlo todo. Por fin al llegar la noche me despedí de Steven instándole a que ante cualquier incidencia nos pusiéramos en contacto. Estaría de vuelta en pocos días, así que no debería existir ningún contratiempo que alterara el desarrollo normal de los acontecimientos.

Me fui a casa cansado, más mental que físicamente. En realidad estaba agotado, vencido. Quizá me estuviera llegando la ansiedad de todo lo vivido las últimas horas, la sensación de que no había vuelta atrás, que había lanzado los dados y veía cómo daban vueltas interminables sin mostrar sus caras: un ritmo frenético con el que no dejarían de bailar hasta dentro de muchos meses, y me mostraba desesperado por conocer su puntuación.

Melany me esperaba con una ligera cena de despedida. Mi vuelo al día siguiente salía temprano y nuestro apetito era de otro tipo. La cena fría aún seguía sobre la mesa de la cocina por la mañana cuando abandoné mi casa dirección al aeropuerto.

V

Llevaba fuera de casa no más de cinco días cuando recibí la llamada de mi esposa, apurada:

—Algo va mal, Lázaro —me soltó, nerviosa—. No llego a entender lo que pasa, pero algo ocurre en tu compañía.

—Tranquila, Melany, cuéntame qué te preocupa.

—Verás, esta mañana la prensa habla del enorme desembolso que S.I.M.S. tendrá que hacer por los dividendos de los accionistas mayoritarios. Hablan de una ampliación de capital que alivie el flujo de caja.

—Debe tratarse de un error —la tranquilicé—. No tiene sentido.

—No lo sé, cariño, pero empiezo a tener la sensación de que esto puede ser una trampa.

—No te pongas nerviosa, deja que me encargue y verás cómo no pasa nada. Voy a llamar a Steven para aclarar este asunto, ¿de acuerdo?

—Está bien —dijo algo más tranquila—. Perdona, estoy muy nerviosa.

—Te llamaré en cuanto pueda —y colgué.

Inmediatamente marqué el número de la oficina de Steven. Al cuarto tono me recibió un contestador automático. Me extrañó, no era normal en él ese tipo de cacharros. Insistí, con idéntico resultado. Preocupado, me propuse tomar un baño caliente hasta la hora del desayuno, momento en que volvería a llamar a Steven.

Mientras el agua resbalaba por mi espalda, analicé lo que me había contado mi mujer. Indudablemente, debía tratarse de un malentendido. Melany debió interpretar mal lo que contaban los periódicos.

Envuelto en una áspera toalla de hotel, volví a marcar el teléfono de Steven. Nada. Me vestí, decidido a bajar a por mi desayuno y ojear la prensa del día. El ascensor me llevó rápidamente al hall del familiar hotel. Allí me di de bruces con la realidad: los amenazadores titulares saltaron a mi vista con sus grandes y rotundas letras. «S.I.M.S. lanzará en breve la mayor ampliación de capital de su historia. La multinacional Sistemas Informáticos de Máxima Seguridad para empresas, presidida por el influyente Steven Weiner acuerda en una Asamblea Extraordinaria de Accionistas aumentar su capital social en una nueva emisión de

acciones. El objetivo de esta nueva capitalización…». No pude seguir leyendo. Volví rápidamente a mi habitación. Toda mi rabia contenida ante la negativa de aceptar lo que me adelantó Melany hacía unos minutos se transformó en ira que me impedía retener el teléfono en mi mano para intentar contactar de nuevo con Steven. Muy nervioso volví a marcar el mismo número. Al tercer tono, la voz del presidente de S.I.M.S. sonó al otro lado del aparato:

—Lázaro, qué sorpresa…

—Steven —le interrumpí furioso—. ¿Por qué me has ocultado esta nueva maniobra? Se trata de otro de tus trucos, ¿verdad? Has esperado a que estuviera lejos para poner en marcha esta pantomima. ¡No puedo creerme lo que estás haciendo!

—Cálmate, Lázaro, no entiendo por qué te pones así. Es solo una ampliación de capital de la que todos saldremos reforzados.

—¡Tú saldrás reforzado! He invertido todos mis ahorros en esta operación. ¡Ahora ya no estoy en disposición de hacer frente a un desembolso semejante! ¡Me has mentido, Steven, dijiste que estaba todo bajo control!

—Y lo está, muchacho —me contestó—. En la nueva composición de la Junta de Accionistas tendrás más poder del que hayas soñado jamás.

—¿Poder? ¿Sabes lo que significa para mí esta sucia trampa? ¡Sabes que invertí todo mi capital en tu empresa! —Mi tono de voz era cada vez más elevado—. ¡No puedo hacerme cargo de esta… ampliación!

—Puedes vender tu casa, pedir el dinero…

—¡Sabes que no puedo hacer eso! Por dios, Steven, ¿has pensado bien lo que me estás haciendo?

—Esta ampliación de capital es necesaria, y nada va a impedir que se lleve a cabo —me cortó.

—Con tu maldita ampliación de capital estoy arruinado. Aun sin conocer el montante de la operación sé que me es imposible hacerle frente.

—Piensa lo que quieras, amigo, pero te advierto que solo te quedan diez días para tomar una decisión. Y espero que tomes la adecuada —y me colgó.

Desesperado, aún no comprendía del todo la corrupta maniobra de mi jefe. Totalmente descapitalizado, tenía pocas opciones para salir de este lío. En ningún caso podía reunir en tan poco tiempo una cantidad de dinero suficiente para cubrir la operación. No sabía qué hacer. Llamé inmediatamente a mi mujer contándole la verdad y diciéndole que me disponía a coger el primer vuelo de vuelta para

tomar juntos una decisión. Rota en lágrimas me suplicó que volviera pronto mientras yo, deshecho de dolor y completamente loco de furia, incapaz de consolar a quien más quería en este mundo destrozado por haberle fallado, me derrumbé llorando sobre la moqueta de mi habitación.

No sé cuánto tiempo pasé allí tirado. Mi mano aún sostenía el auricular, rígido y con un intermitente tono de burla que martilleaba mi cabeza. Como pude, marqué y solicité un cambio de vuelo inmediato para volver a casa. Por mi mente desfilaban uno tras otro atormentados pensamientos que afligían aún más mi ánimo. Pensaba en el cuello de Steven entre mis manos, en su retorcida lengua asomando descarada entre sus morados labios, incapaz de aguantar en su húmedo encierro. Me costó desechar esa idea de mi cerebro, aunque otras peores la iban sustituyendo. Conseguí un billete de avión para esa misma tarde y aún debía dedicar un tiempo a anular todas mis citas. Llamé a recepción para liquidar mi cuenta y me puse a preparar mi viaje de regreso.

VI

Llamé a Melany poco antes de embarcar. Mi cabeza era un hervidero de ideas sin aclarar. No sabía cómo acabaría todo esto. Solo tenía claro que debía reunirme cuanto antes con Steven para llegar a un punto de partida desde donde poder negociar una salida beneficiosa para todas las partes. Durante todo el tiempo que duró el trayecto analicé mentalmente las pocas opciones que teníamos, pero no estaba dispuesto a echar por la borda mis años de sacrificio en la empresa ni regalar el fruto de este al primero que lo intentara por muy presidente que fuera.

La voz de la auxiliar de vuelo anunciando que se estaban iniciando las maniobras de aterrizaje me sacó bruscamente de mi aislamiento. Cuatro horas que pasaron tan rápidamente que me dejaron la sensación de que no había sabido utilizar ese tiempo de una forma realmente provechosa.

Cuando el avión tomó tierra rogué a dios que me diera fuerzas para afrontar con claridad la grave crisis en la que me había metido mi nuevo socio. La aeronave aún tardó unos minutos en enfrentarse a su punto final, tiempo que aproveché para repasar mis escasas anotaciones y cerrar mi agenda. Me apresuré a coger la salida deseoso de abrazar a mi mujer que sin ninguna duda me esperaría en el coche en el cercano aparcamiento de la terminal.

Allí estaba, tal y como prometió. Aunque ya casi era de noche, llevaba unas oscuras gafas que ocultaban las delatoras ojeras ocasionadas por las horas de angustia de su larga espera desde que conociéramos la noticia. Llegué hasta ella y la rodeé fuertemente con mis brazos en un profundo abrazo. La besé, la volví a besar, mientras una furtiva lágrima resbalaba incansable por su mejilla. La sequé con mis dedos antes de que se precipitara sobre el rudo asfalto. Tras unos segundos sin decirnos nada, le susurré un te quiero que salió de lo más profundo de mi alma. Me contestó con un imperceptible movimiento de sus trémulos labios con las mismas palabras. ¡Teníamos tanto que decirnos! Pero las palabras no salían de nuestras gargantas, aflorando una a una con tal lentitud que hubieran sonado extrañas a cualquier oído indiscreto. Sin prisas, saboreando un tiempo con el que no contábamos, nos separamos mientras dejaba un ligero beso sobre su húmeda nariz. Tras cargar el equipaje en el vehículo nos acomodamos en su interior y salimos

rápidamente del aparcamiento. Melany insistió en conducir ella, y yo me dejé llevar algo cansado del viaje.

Las luces de la ciudad nos iban dando la bienvenida a medida que avanzábamos por la autopista. Los altos edificios avisaban de la caída de la noche con sus iluminadas fachadas: neones de colores, luminarias, cientos de luces de todos los tamaños y de las más diversas tonalidades cromáticas nos acogían en una extraña mezcolanza de almas marchitas y renovada esperanza en ese preciso instante en que el manto de la noche se funde con los últimos destellos del extinguido día.

Quizá me equivocaba, pero me pareció que nos pasábamos la salida hacia nuestra casa. La elevada velocidad podría ser la causante de ese pequeño error. Pero al ver que Melany también se saltaba la segunda y última le pregunté el motivo de su distracción:

—No vamos a casa —me contestó—. Vamos a ver a Steven esta misma noche.

—No creo que sea buena idea, cariño. No nos esperará, puede ser una visita inoportuna…

—¿Inoportuna? —me cortó irritada—. Inoportuno es quedarse con nuestros ahorros después de todos los sacrificios que hemos hecho. No sé si seremos inoportunos, pero de lo que estoy segura es de que hoy mismo nos va a dar una solución. No vamos a esperar a mañana.

—¿Has pensado que quizá no esté, que haya salido con su mujer? Quizá esté en alguna reunión importante.

—No hay nada más importante en este momento que aclarar esta situación. Si no está, lo esperaremos.

—Cariño, deberíamos preparar antes alguna alternativa, estudiar o trazar un plan que…

—¡Basta, Lázaro! ¡No vamos a consentir que nos siga tomando el pelo de esta forma! El tiempo se agota, no podemos dejar nada para el día siguiente.

—De acuerdo, nena. Lo haremos a tu modo. Debemos encontrar hoy mismo una solución. Pero he de decirte que no estoy dispuesto a vender nuestra casa, a perderlo absolutamente todo por esta ampliación de capital carente de todo sentido.

—Yo tampoco, mi amor, yo tampoco.

Observé descorazonado cómo a pesar de su aparente frialdad y decisión su ánimo se iba derrumbando poco a poco. Sus nerviosas manos sobre el volante denotaban a las claras que estaba llegando al límite.

Aún quedaban varios kilómetros hasta la residencia de Steven.

Él y su esposa Julia Marchant vivían en una recia mansión a los pies de una de las colinas de la ciudad. Un lugar totalmente privilegiado. Los fríos vientos que llegaban del norte chocaban incesantes ante la mole de piedra que conformaba la extensa cordillera que nacía en aquel punto del país. El aire cálido del sur acariciaba la vasta extensión que se derramaba a sus pies. En verano, la brisa que llegaba desde el no demasiado lejano océano se refrescaba a la sombra proyectada por la montaña. Un enclave idílico que el matrimonio disfrutaba prácticamente todo el año.

Un gigantesco cartel nos indicó la salida. Dejamos la poblada autopista para seguir nuestro recorrido por una carretera secundaria en un magnífico estado. Algo más de veinte kilómetros más adelante divisamos el cruce que subía hasta la vetusta morada de Steven. Cogimos el estrecho camino asfaltado que llevaba directamente a sus pies, zigzagueante entre una espesa arboleda que dotaba de cierta exclusividad el acceso a la mansión. Apenas trescientos metros que discurrían tranquilos desde la poblada carretera que acabábamos de abandonar. Tras la última curva, a escasos metros, divisamos la suntuosa vivienda. El edificio, aislado de miradas indiscretas, nos mostraba su fachada tras la enredada hiedra que cobijaba jaguarzos, lirios y campanillas que esperaban su floración. Justo a la derecha de la puerta principal, algo más adelantado, se erguía el viejo olmo que tras incontables generaciones conservaba su majestuosa presencia.

La casa, deshabitada durante más de treinta años, fue adquirida por el pudiente matrimonio unos años atrás, y aunque mantuvieron la estructura original, todo su interior fue totalmente remodelado, así como el castigado jardín que la circunda. Distribuida en dos plantas, sus enormes ventanales permitían disfrutar de las excepcionales vistas al ahora recuperado jardín, pero sobre todo al extenso valle que yacía a sus pies.

Abandonamos apresurados el coche y nos dirigimos a la entrada. Sus propietarios no gustaban de sirvientes, a excepción del servicio de limpieza que se encargaba de ella varios días a la semana, por lo que supuse que en caso de estar en casa ellos mismos acudirían a recibirnos. No tuvimos que esperar mucho tras la llamada. Steven se sorprendió al vernos.

—Lázaro, Melany —comentó extrañado—. No os esperaba, pensaba que seguías fuera de la ciudad.

—Es urgente que hablemos —se adelantó Melany, entrando en la casa antes de que Steven tuviera tiempo de reaccionar. La casa, silenciosa y bien iluminada, contaba con un gran hall de entrada

que conducía al salón.

—Está bien, adelante —expresó resignado nuestro anfitrión—. Pero creo que no es el mejor momento…

—Nos da igual cual sea el mejor momento —le corté—, nos debes una explicación.

—No estás en disposición de exigir nada, y te recuerdo que estás en mi casa. —Tras una pausa, asintió—: De acuerdo, pasar al salón, tomaremos una copa y charlaremos como personas adultas.

El salón, presidido por una preciosa chimenea que aún permanecía sin estrenar tenía sus paredes cubiertas de extensas librerías de madera a medida. Dos enormes sofás enfrentados coronaban el centro alrededor de una mesilla con varias botellas de vidrio de diversos licores. Entre los dos sofás, hacia un lado, un sillón orejero de corte clásico con respaldo tapizado a gruesas rayas negras y grises que le daban un aspecto elegante. Al pasar, Steven cerró la puerta a sus espaldas y nos invitó a tomar asiento.

—No es necesario —señalé—. Queremos acabar rápidamente para poder volver a casa lo antes posible. Dime, Steven, ¿qué pretendes?

—Ya te dije, la sociedad se ha descapitalizado y necesitamos esa… «pequeña inyección» para asegurar nuestro valor en bolsa.

—¿Y el capital que yo aporté?

—Las cuentas exactas podemos verlas mañana en mi despacho. Con esta nueva ampliación aumentarían nuestros valores a medio y largo plazo y nos haremos con el control absoluto del mercado.

—Pero nosotros invertimos todo nuestro dinero en la adquisición de nuestras acciones —replicó Melany—. ¡No podemos afrontar un nuevo desembolso!

—Veréis, eso es algo que debéis valorar vosotros —añadió Steven—. Pedir una póliza, vender vuestra casa, hacer lo que sea, pero sería una pena que perdierais todo cuanto habéis conseguido hasta ahora. ¡Y el plazo se agota!

—Steven, te ruego que reconsideres la situación —supliqué—. Seguro que hay otra salida.

—¡Esta es la única que hay, os guste o no! Hemos tomado una decisión y seguiremos adelante con ella, le pese a quien le pese.

—¡Maldito bastardo! —gritó Melany encolerizada, mientras avanzaba hasta Steven—. Los gusanos del estiércol tienen más sensibilidad que tú. ¿Has pensado alguna vez en alguien que no sea en ti?

—Mi trabajo, además de pensar, consiste en reaccionar, y ambas cosas me han llevado a esta conclusión. Y ahora, os rogaría que

abandonarais mi casa.

Y dirigiéndose a la salida, nos dio la espalda. Eso fue lo que más enfureció a mi mujer. De un fuerte manotazo, arrasó con toda la cristalería que había sobre la mesilla central, haciéndose añicos sobre el suelo y llenando la estancia de un estridente ruido de cristales rotos que seguramente llegó a todos los rincones de la mansión. De una patada derribó la mesilla, mientras yo miraba atónito la escena. Steven se volvió gritándole a Melany. Ella, con una rapidez asombrosa abrió su bolso y sacó un revólver.

—Melany, ¿qué haces? —le grité, dirigiéndome rápidamente hacia ella—.

—Se acabó el tiempo de la palabra. Yo también se pensar y reaccionar, Lázaro.

Levantó el arma en dirección a Steven, mientras este andaba hacia ella. Les separaban cuatro pasos cuando yo llegué junto a Melany, cogiéndole las manos. Apretaba tan fuerte el arma que tuve que forcejear con ella para intentar que la soltara y no hiciera ninguna tontería. Ya casi la tenía cuando se abrió la puerta del salón y apareció Julia, la esposa de Steven, atraída sin duda por el escándalo.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó en voz alta.

Todo ocurrió muy rápido. Melany y yo pugnábamos por hacernos con el arma mientras Steven se volvía hacia su esposa. Los dedos de mi mujer se enredaron entre los míos, nerviosos, mientras estos se enredaban a su vez en el revólver. Sin casi percibirlo, mis dedos oprimieron el gatillo lo suficiente para que el arma se disparara hasta en dos ocasiones. Tras el estruendo, vimos cómo Julia se desplomaba mientras Steven corría hacia ella. Todo a mi alrededor se volvió borroso, sentí cómo todo transcurría a una velocidad extremadamente lenta, y mis oídos casi no percibían sonido alguno: mis confundidos sentidos no me obedecían, y a lo lejos más que escuchar imaginé una tenue voz distorsionada que parecía decir: ¡está muerta, está muerta!

Y sin fuerzas para hacer nada, hinqué mis rodillas en el suelo sollozando como un niño.

VII

No sé qué pasó a continuación. Solo recuerdo una casa llena de policías acosándome a preguntas a las que yo no sabía qué contestar. Únicamente acertaba a balbucear repetidamente «He matado a una persona, he matado a una mujer». Vi a Melany sentada en uno de los sofás mientras era interrogada por la policía. Una camilla cubierta por un lienzo se perdía en dirección al hall custodiada por alguien que me pareció Steven. Todo era confuso y casi sin darme cuenta yo también era empujado al exterior con unas frías esposas en mis muñecas. Alguien me leía mis derechos, pero mi embotada mente no distinguía la realidad. Ya en el furgón policial y vigilado por dos miembros del cuerpo de seguridad empecé a darme cuenta de la gravedad de mi situación. Accidentalmente disparé sobre la mujer de mi jefe y esta resultó muerta. Accidentalmente, sí, pero eso no cambiaba las cosas. Ya habría tiempo para eso, pero en lo primero que pensé fue en la atenuante del disparo fortuito ocasionado por el momento de tensión vivido. Era algo poco sólido a lo que agarrarme, pero algo al fin y al cabo. Y Melany. ¿Qué sería de Melany? ¿También la habrían detenido? ¿Hasta qué punto estaría involucrada en el homicidio? Mi tormento fue en aumento cuando añadí ese nuevo elemento a mis pensamientos.

Una vez en comisaría me empujaron a una sala con una pequeña mesa y una silla a cada uno de sus lados. Me quitaron las esposas y me volvieron a aprisionar con ellas esta vez con las manos a la espalda tras el respaldo de la silla. Uno no reconoce la incomodidad de esa posición hasta que la comprueba por sí mismo. A los pocos minutos apareció un inspector que ni siquiera se presentó:

—Señor Reber —se dirigió a mí—. Está en una situación muy complicada, no sé si comprende, y me gustaría acabar con esto cuanto antes. Dígame qué ocurrió exactamente y yo podré irme a casa pronto.

—Conozco mis derechos. No diré nada si no es en presencia de mi abogado.

—Esto es algo mucho más sencillo —y pronto alteró el tono de su voz—. ¡Confiese que fue a casa de su jefe con el propósito de asesinarlo, le molestaba para alcanzar sus propósitos!

—¿Pero qué está diciendo? —yo también elevé mi voz—. ¡No sé

quién le ha contado eso pero miente!

—¡A mí nadie me trata de mentiroso! Haremos las cosas a mi manera. Firme esta declaración y quizá se ahorre una desagradable condena. Si no yo mismo me encargaré de que sea condenado por asalto a propiedad privada con resultado de muerte.

—¡Quiero hablar con mi abogado! No voy a entrar en su juego.

—Piénselo, Lázaro. ¡No le interesa tocarme los cojones! —gritó golpeando fuertemente la mesa con su puño—. Acabemos cuanto antes con esta farsa y le ahorraremos mucho tiempo al Estado.

—¡Quiero ver a mi abogado!

—¡No se saldrá con la suya, escoria! ¡Nos vamos a ver muy pronto! —Y abandonó la sala con un sonoro portazo.

Me dejó solo sin preguntarme si tenía alguna necesidad, si quería hacer una llamada, o simplemente si quería un vaso de agua. Había visto en las películas policíacas que usaban esa técnica para obtener el ADN del sujeto mediante la saliva que dejaba al beber. Mi caso estaría tan claro como esa agua: no necesitaban nada más para acusarme de homicidio. Cada vez me molestaba más mi postura, que empezaba a causarme dolor en los brazos. La impotencia física y mental que sentía se acentuaba por momentos. Deseaba con todas mis fuerzas despertar de esta horrible pesadilla, pero en lo más profundo de mi ser presentía que sería muy larga.

No pasó mucho tiempo antes de que se volviera a abrir la puerta. Mi abogado apareció precedido por el inspector. La elevada estatura de Alejandro Téllez le daba un aspecto temible, de autoridad. Alejandro era uno de esos tipos que controlaban la situación fuera la que fuera. Tenía una poderosa personalidad e irradiaba una energía que contagiaba y te hacía sucumbir a su fuerte atracción. Tan elegante como siempre lo primero que exigió fue que me quitasen las esposas y nos trajeran una infusión caliente. Una vez solos, Alejandro me dio un cordial abrazo que me hizo sentirme mejor.

—Lázaro, muchacho, ¿qué ha pasado? —empezó por preguntarme con su tono amable—. Cuéntame todo desde el principio sin omitir nada, por insignificante que te parezca.

Le relaté con todo detalle lo ocurrido después de mi compra de acciones: cómo me enteré de la ampliación de capital de la empresa, mi precipitado regreso a casa, la inesperada visita a Steven, la sorpresa que me causó el arma en manos de mi mujer y los rápidos acontecimientos que siguieron y que acabaron con la muerte de Julia Marchant. Le expliqué cómo Steven no admitía de ningún modo una alternativa a su extraña decisión, lo poco que le

importaba la situación a la que me arrastraba, su desprecio a nuestras súplicas.

—El asunto es complicado, Lázaro. Debemos centrar nuestra defensa en el hecho fortuito que provocó la muerte de la víctima: el accidente. Admitiremos nuestra culpa y nuestro error, suplicaremos perdón y quizá podamos cambiar asesinato por homicidio y conseguir una sustanciosa reducción de la condena. Perdona mi franqueza, pero la realidad es muy dura.

—Me han tendido una trampa —aseguré.

—Es posible, pero ese extremo será muy difícil de demostrar. Puede existir provocación, de acuerdo, pero no será motivo suficiente para atenuar tu culpa. Debemos ser cautelosos, esperar a que se pronuncie el juez y preparar nuestra estrategia. No hables con nadie hasta que tengas noticias mías. Debo dejarte. Me espera una larga noche de trabajo. Intenta descansar.

—Gracias, Alejandro. Tráeme cuanto antes noticias de Melany.

—Lo haré. —Y abandonó la estancia.

Me trasladaron enseguida a una celda comunitaria a la espera de que el juez dictaminara. Mezclado entre borrachos, violadores y un drogadicto en pleno síndrome de abstinencia, pasé la noche pensando en Melany y en qué demonios había hecho para llegar a este extremo. Lenta, muy lentamente, transcurrió la noche más larga de mi vida, desesperado por tener noticias de mi abogado. Poco a poco fueron desfilando ante mí la variada compañía que la vida había puesto en mi camino, contemplando cómo uno a uno iban desapareciendo para siempre de mi vista mientras otros les reemplazaban. Aunque no tenía forma de saber la hora que era, me daba la impresión que ya había pasado un buen rato desde el amanecer. Sin probar bocado desde el mediodía anterior mis fuerzas y mi ánimo estaban por el suelo. Cuando vi aparecer a un funcionario en compañía de Alejandro mi corazón dio un vuelco.

—¡Qué alegría volver a verte! —le dije mientras abrían las puertas de la celda para llevarme a otra dependencia y poder hablar en privado con mi abogado.

—¿Cómo te han tratado, Lázaro? —preguntó, y me extendió un sabroso bocadillo caliente que alivió mi cuerpo—. Verás, voy a ser muy crudo y espero que seas capaz de soportar todo lo que tengo que decirte.

—Estoy preparado —le dije poco convencido.

—El juez acaba de decretar tu ingreso inmediato en prisión sin fianza. Serás acusado de irrupción, asedio y allanamiento de morada, amenazas y asalto a mano armada con resultado de

muerte. Menos el robo, reúnes los peores delitos que se puedan encontrar. En resumen, asesinato con premeditación. Para Melany, posesión ilícita de armas y cómplice de asesinato. Sin ninguna duda, el fiscal va a pedir para ti un castigo ejemplar. Si convencemos a las partes de que el arma es tuya y la conseguiste en el mercado negro antes de dársela a Melany y que ella actuó bajo presión, declarándote culpable de todos los cargos, conseguiremos sin muchos problemas su absolución. Por cierto, está bien y quiere que sepas que te ama pase lo que pase.

—Dile que saldremos de esta juntos, como siempre.

—Seamos realistas, amigo. El caso al que nos enfrentamos es complejo. Los hechos desgraciadamente son tan claros que difícilmente conseguiremos una sentencia que nos complazca y mucho menos la libertad para ambos. Lo mejor será una declaración de culpabilidad, el sincero arrepentimiento de tus actos y suplicar un perdón y clemencia que a duras penas conseguiremos. De esta forma tendremos un juicio rápido y quizá justo.

—Lo que sea si conseguimos que Melany quede en libertad cuanto antes. No tiene sentido que los dos paguemos con la misma pena por un único delito.

—Está bien, Lázaro, me pondré en marcha enseguida. Voy a ver inmediatamente a Melany y advertirle de la nueva situación. Trabajaré duro, chico. Conseguiré para ti la sentencia más justa posible.

Nos despedimos y me quedé de nuevo solo, hundido, con la certeza de que el futuro no sería benévolo conmigo.

VIII

Al día siguiente de mi ingreso en prisión volví a recibir la visita de Alejandro Téllez. La inquietud que me causaba no saber nada de mi mujer hacía que pensara menos en mí mismo y en cómo se desarrollarían los acontecimientos a partir de ahora. Sinceramente, eso tampoco suponía ningún consuelo. Por eso en cuanto le vi aparecer mi primera pregunta fue en esa dirección.

—Lázaro —empezó a contarme—, Melany insiste en que es la única culpable, en que si alguien tiene que pagar por este crimen es ella.

—De ningún modo —le interrumpí—. Yo maté a Julia Marchant.

—Escúchame, yo le quitaré esa idea de la cabeza. Ahora tenemos que planear la estrategia a seguir. Es inútil que los dos queráis quitarle la culpa al otro, así solo conseguiremos un odio hacia ambos que desencadenará en un castigo mayor. Es imprescindible que la culpa recaiga exclusivamente sobre uno. Solo uno habría planeado el presunto homicidio. Solo uno apretó el gatillo. Solo uno será culpable.

—Haré lo que tú digas, Alejandro. ¿De cuánto tiempo disponemos?

—La vista se ha fijado para dentro de nueve días. Tenemos tiempo suficiente para preparar tu defensa.

—Sé sincero conmigo. ¿Qué posibilidades tenemos de ganar?

—Realmente pocas, Lázaro. Las pruebas son irrefutables. Tenemos un testigo presencial que además es parte afectada; tienen tus huellas; tienen el móvil del crimen. Lo siento, amigo, pero el objetivo no es ganar el caso: el objetivo es salvarte la vida.

Ante esa perspectiva no tuve más remedio que ponerme a temblar. Pero, ¿y si algo fallaba? ¿Y si al final mi mujer también era arrastrada a un fatal desenlace por el derroche de sinceridad que pretendíamos mostrar? ¿Hasta qué punto no nos involucrarían a ambos en el asesinato como para que los dos fuéramos declarados culpables? La sola idea de ver a Melany condenada por un crimen que yo había cometido me estremecía el alma. Y de pronto, caí en la cuenta de algo que pasé por alto de una forma miserable. Me maldije por mi olvido. Ni un pequeño pensamiento fue para ella: mi madre. ¿Conocería la noticia? ¿Aparecería en los periódicos? Habría sido muy injusto que se enterara por ese medio. ¿Se lo habría

contado alguien? Y a continuación me di cuenta que desde mi detención no había ejercido mi derecho a hacer una llamada, y ahora ya era tarde. ¿Cómo había podido permitir que mi madre no supiera por mí mismo lo ocurrido? A los remordimientos por lo sucedido ahora se le sumaban los de haber ignorado a mi madre durante tanto tiempo. Tantas preguntas me golpeaban la mente que su rítmico e incesante martilleo estaba machacando mis destrozados nervios. ¿Quién llamó a mi abogado para que se presentara tan pronto si yo no lo hice? Una a una, Alejandro fue aclarando mis dudas.

—Es normal que estés nervioso —me dijo intentando tranquilizarme—. Yo le expliqué a tu madre lo sucedido. De momento no puedes recibir visitas excepto la mía, y no quise añadir un nuevo lastre a tu pesada carga. Fue tu mujer la primera en contactar conmigo, convencida de que lo sucedido no te dejaría pensar con claridad. Ya sabes que ella siempre ha sabido controlar mejor sus emociones.

—Gracias, Alejandro —y le creí.

—Y ahora, manos a la obra. Tenemos mucho trabajo por delante.

A partir del momento de mi traslado a una celda incomunicada hasta que se celebrara el juicio, cada día a la misma hora recibía la visita de mi abogado. Mi primera pregunta siempre tenía como motivo el estado de Melany y siempre recibía la misma respuesta: «Melany está bien y no habrá problema para que salga en libertad muy pronto». Ensayamos minuciosamente todas las respuestas a las posibles preguntas del fiscal, comparábamos desde cualquier punto de vista los hechos. Hicimos una previsión de los escasos testigos que este pudiera presentar al mismo tiempo que hacíamos una lista de los que disponíamos nosotros. Los pocos nombres que la componían serían sin duda un gran apoyo moral que serviría para presentar ante el juez mi impecable comportamiento social, personal, familiar o matrimonial, pero difícilmente arrojaría algo de luz sobre mi defensa. Todo dependía de la interpretación que le diera el juez a los acontecimientos para obtener una sentencia más o menos favorable.

En ese aspecto centramos nuestro trabajo: había que convencer a todas las partes de que un accidente había ocasionado la muerte de Julia Marchant, y aunque con ello no podría devolverle la vida dejaría patente que en ningún momento había actuado con alevosía, premeditación o ensañamiento.

A medida que se acercaba el día de la vista mis nervios iban en

aumento. Alejandro me aseguraba que todo saldría bien, que aunque mi futuro pasara por mi ingreso en prisión, a una persona sin antecedentes, con buen comportamiento y un aprovechamiento de su estancia entre rejas no le sería muy complicado conseguir una revisión del caso a medio plazo y obtener una importante reducción de la condena. Con esa incierta esperanza conseguía mantener mi alma en pie, rezando para que ese tiempo pasara lo más rápido posible.

Los nueve días de tregua que me concedieron antes de conocer el temido desenlace pasaron rápidos y sin compasión. La suerte estaba echada. De nada servía mirar atrás. Tendría que mirar con optimismo hacia adelante, mientras el resto de mi vida era debatido por los eruditos de la ley.

Esa mañana temprano fui trasladado a las dependencias judiciales en compañía de mi abogado. Acudí esperanzado de ver a mi mujer aunque fuera por unos segundos. Su juicio, menor en comparación se celebraría tras el mío. Incomunicada como yo, querían evitar cualquier tipo de contacto entre nosotros que pudiera alterar el transcurso de la investigación. ¡Qué tontería! Si alguien puede pensar que íbamos a encontrar un método para rebajar nuestras condenas por el simple hecho de hablar entre nosotros, no demostraba un alto grado de sabiduría.

Mientras esperaba de pie a que tomaran asiento todas las autoridades, mi mirada se paseaba temblorosa sobre los acusadores rostros que me observaban inmisericordes. Veía el odio reflejado en sus ojos. Me sentía atravesado por lanzas que salían de lo más profundo de sus almas, y con cada una de ellas yo me sentía cada vez más muerto por dentro. Cansado, me rendí a los acontecimientos a la espera de que comenzase el proceso.

IX

Todo fue más rápido de lo esperado. Las pruebas presentadas eran crueles y devastadoras. El fiscal tuvo la habilidad de interpretarlas y presentarlas causando el mayor daño posible sobre la imagen que el juez podía hacerse sobre mí. Los hechos: un matrimonio pudiente, unos recientes adinerados, individuos envidiosos del nivel de vida que les rodeaba en su ambiente laboral y al que posiblemente nunca llegarían, viviendo por encima de sus posibilidades y con una toma de decisiones precipitadas, aceptan la propuesta de su jefe, bien posicionado, poderoso y en la élite. Sin estudiar el coste que iba a suponer para sus vidas, deciden gastar todo lo que tienen en conseguir una falsa posición que les llevara a codearse con las más altas esferas del país. Atrevidos, no se paran a pensar en las repercusiones de sus actos. Como todo lo que hacen. Arrepentidos y vengativos, al darse cuenta de lo que han hecho, deciden eliminar a su jefe al sentirse, según ellos, engañados en una operación en la que la última decisión era exclusivamente suya. Con esa idea irrumpieron en la vivienda de la víctima, pero lo acontecido fue distinto a lo esperado. Tras una disputa entre los cuatro y ante la resistencia, el acusado dispara por dos veces sobre Julia Marchant, causándole la muerte en el acto. Esta vez sí que tendrán que ser responsables de sus actos. Asalto a propiedad privada, irrupción violenta en vivienda ocupada, intento de extorsión con resultado de muerte, son motivos suficientes para acusarles de asesinato con premeditación.

Cabe añadir que la testificación de algunos compañeros, entre ellos Bartimeo Fuster, antiguo propietario de las acciones adquiridas por mí, no ayudó mucho al esclarecimiento de los hechos: «Sabía que ese chico acabaría mal. Su pretensión de subir posiciones dentro de la empresa a costa de lo que fuera tenía que causarle algún problema. Su ambición no tiene límites. Seguramente Steven pensó en él para esta operación por ese motivo, sin saber que esa misma razón llevaría a su mujer a la muerte. A Lázaro no le importan los métodos, solo los objetivos. Haría lo que fuera por conseguirlos. Sin ninguna duda, seguramente ese sería el plan: deshacerse de ellos para conseguir su puesto. ¡Pero afortunadamente le salió mal y debe pagar por ello!»

Llegado ese momento no pude contenerme y le grité ¡mentiroso!

con todas mis fuerzas. La reprimenda del juez no hizo más que agravar la situación, advirtiéndome que a la próxima salida de tono me expulsaría definitivamente de la sala. Alejandro me pidió que le dejara hacer a él, pero hasta ahora no habíamos avanzado nada, más bien todo lo contrario.

Cuando llegó el turno de Steven yo ya estaba destrozado anímica y judicialmente hablando. Exageró y mintió descaradamente sobre lo sucedido, pero ni yo ni nadie podíamos demostrarlo. Nuestra palabra de acusados era infinitamente menos valorada que la de las víctimas y me gustara o no, debíamos contar con ello.

—Irrumpieron violentamente en mi casa, sin avisar. Nos amenazaron con matarnos si no dábamos marcha atrás en la operación de compra de sus acciones. Yo no entendía qué pasaba, días atrás estaba encantado con ello. Además, desatendió sus obligaciones cuando interrumpió su viaje para venir a mi casa. Pretende escudarse en la ampliación de capital cuando explica los falsos motivos que le llevaron a verme. ¡Su única pretensión era matarnos! Pero solo lo consiguieron a medias. Le arrebataron la vida a mi mujer, y por ello es justo que el Estado le arrebate la suya —acabó diciendo Steven, tras lo cual la sala estalló en aplausos.

Era la primera vez que alguien exponía tan claramente sus deseos, y me eché a temblar ante la idea de que se convirtieran en realidad. Y a medida que transcurría la vista, este hecho era cada vez más palpable y pesaba sobre mí como una violenta tormenta eléctrica descargando su furia sobre mí.

Y si faltaba algo para empeorarlo todo, mi abogado llamó al estrado a Melany. Lo que pretendía ser una defensa para ambos acabó siendo acoso y derribo sobre todo para mí. El fiscal la machacó sin piedad, y derrumbándose tuvo que ser asistida fuera de la sala por un desvanecimiento. El resto ni siquiera lo recuerdo. ¿Para qué? El juicio estaba visto para sentencia y mi abogado ni por asomo estaba a la altura de las circunstancias.

Cuando el juez pidió que nos pusiéramos en pie para escuchar la sentencia, Alejandro tuvo que tirar de mi brazo para impulsarme, incapaz de alzarme por mí mismo. La suerte estaba echada, pero yo no quería escuchar las palabras del magistrado.

—Por el poder que me otorga Dios y el Estado —comenzó a leer — y tras valorar las pruebas presentadas tanto por la acusación como por la defensa, yo declaro a Lázaro Reber culpable de los cargos de irrupción, asedio, allanamiento de morada, amenazas, asalto y asesinato premeditado de la señora Julia Marchant, por lo

que le condeno a la pena de muerte que deberá llevarse a cabo no después de un año contando desde la fecha de promulgación de esta sentencia. En los meses posteriores a su ingreso en prisión y a la espera de la adjudicación de la fecha de su ejecución se le informará del método a seguir, pudiendo elegir libremente la forma de su muerte. Que Dios se apiade de su alma. Se levanta la sesión.

—Apelaremos la sentencia —sentí más que oí a Alejandro—. La gravedad de la condena no se corresponde con los hechos. Tenemos derecho a una revisión del caso, no lo vamos a dejar aquí, Lázaro. Encontraremos la fórmula de clemencia adecuada para revocar el veredicto.

Pero yo ya no le escuchaba. Ni le creía. Mis súplicas, mi perdón, mi arrepentimiento, no sirvieron de nada. Todo se había derrumbado mientras mirábamos impasibles cómo la estrategia del Ministerio Fiscal había dado sus frutos.

X

Las horas pasaban lentas, inexorables, a falta de noticias de mi abogado. Me trasladaron a una prisión provisional mientras se preparaban todos los trámites para ejercer mi derecho a apelación. Solo nos quedaba la compasión para conseguir revocar la sentencia por una más benévola que perdonara mi vida, mientras Alejandro seguía sin mantener contacto. Había pasado al menos una semana cuando por fin apareció el letrado. Pensaba que se nos iba a agotar el plazo de alegaciones sin preparar nada. Pero allí estaba, con un montón de papeles bajo el brazo dispuestos a ser presentados para evitar mi muerte, algo que pensaba que estaba lejos de conseguir. El pesimismo se adueñó de mí cuando comprendí la ineficacia de mi abogado.

—Lázaro, ya tengo listas las alegaciones. Solicitaremos la conmutación de la pena capital por un período no inferior a veinte años en prisión. Lo avala tu falta de antecedentes y tu total arrepentimiento.

—Alejandro, nadie mostró el más mínimo interés por mi perdón. No creo que sea motivo suficiente para anular la sentencia.

—Es necesaria una proporcionalidad entre la pena y el delito —aseguró—. Y en este caso se han cebado contigo. La sentencia es escandalosamente exagerada con relación a los hechos.

—Alguien quiere darme un castigo ejemplar y lo están consiguiendo.

—Pero el hecho de que el Estado crea que tiene derecho a ejecutar a sus presos le lleva a prácticas semejantes a torturas independientemente del método elegido para tal fin, y en ese terreno nos moveremos. La tortura está ilegalizada en todos los países del mundo y una ejecución no es ni más ni menos que una agresión extrema e intencionada, física y mental, contra los presos. Atar a alguien de piernas y brazos y tirar en ambos sentidos hasta que grita de dolor es considerado tortura. ¿Qué lo diferencia de colgarlo por el cuello hasta que muere? Si un simulacro de ejecución para conseguir una confesión es tortura, ¿por qué no lo es el espanto de una persona ante su ejecución en manos del Estado a muchos meses vista? El condenado tiene que soportar el pánico de esperar el momento de su muerte impuesta en nombre de la justicia, y esto último no disminuye su sufrimiento ni su

humillación. La pena capital consiste en ocasionar graves lesiones al cuerpo para acabar con su vida. Es un acto tan repulsivo que nadie debería tener el poder de autorizar. Con estas alegaciones llegaremos al Tribunal Supremo con plenas garantías de conseguir al menos la suspensión cautelar. ¡Créeme, Lázaro, esta vez lo conseguiremos!

Su entusiasmo estaba fuera de toda duda pero sinceramente yo esperaba algo más que buenas intenciones. Era mi vida la que estaba en juego, no un debate sobre la Humanidad de la pena de muerte, y mi instinto por sobrevivir no estaba muy de acuerdo con unas alegaciones tan débiles como las presentadas por Alejandro. Así me lo pareció a mí, aunque mi desesperada posición quizá no fuera la más adecuada para ver de una forma lo más objetiva posible las distintas opciones de las que podíamos disponer. Yo no conocía las leyes como Alejandro, pero en más de una ocasión se me pasó por la cabeza cambiar de abogado. Pero mi situación económica no era la idónea para conseguir un letrado mejor que el que tenía y comenzar de cero. Su experiencia y capacidad estaba tan contrastada que me parecía ridículo haber pensado en esa posibilidad. Pero saber que algunos meses después podía morir si no conseguíamos evitarlo me quemaba por dentro y me llenaba de una angustiosa ansiedad que me bloqueaba por completo. No tenía nada mejor, así que acepté su estrategia a regañadientes, mientras una vez más mis pensamientos volaban hacia Melany.

XI

A la espera de la sentencia firme y de mi ubicación definitiva se levantó cautelarmente la incomunicación. Podría recibir visitas de un máximo de diez minutos diarios, y solo una persona a la vez. Además estaba totalmente prohibido que esas visitas se cruzaran dentro de las dependencias penitenciarias. Sin duda, en este gesto tuvo mucho que ver mi madre que luchó con todas sus fuerzas contra la poderosa maquinaria del Estado que impedía cualquier trato humano hacia un condenado a muerte. Así que esa misma mañana me alegró su inesperada visita. Radiante, como siempre, mi madre trataba de transmitirme una energía que ni siquiera ella tenía, pero sus ojos delataban una tristeza infinita imposible de ocultar.

—Hijo mío, ¿cómo has llegado aquí? ¿Qué pasó aquella noche para que tu vida se arruine así? Daría mi vida por sacarte de aquí, y ahora no puedo ni siquiera abrazarte.

—Mamá, has de ser fuerte. Todo se arreglará, ya lo verás. En pocos días sabremos el resultado de las alegaciones. No pueden matarme por un accidente.

—No quiero verte así, Lázaro. Lucha con todas tus fuerzas por esta injusticia. Tu vida no se apagará mientras hayamos personas dispuestas a darlo todo por demostrar que esta sentencia no es otra cosa que una distracción política ante la falta de medidas reales que adoptar y que solo nos lleva al fracaso como sociedad.

—Eres tú quien debe reponerse. Difícilmente saldré de aquí de una forma u otra. Has de prepararte para lo peor, mamá. Estás contemplando una parodia de la justicia, y manipularán lo que les venga en gana con tal de verme muerto.

—No digas eso, hijo —suplicó, echándose a llorar—. Rogaré a quien haga falta por tu vida, no voy a quedarme impasible viendo como en nombre de la ley matan a un hombre bueno. ¡No lo permitiré, no lo permitiré!

Totalmente insensible, un guardia de máxima seguridad se acercó a mi madre indicándole groseramente que el tiempo había acabado y debía irse. Agarrándola bruscamente del brazo la llevó a la salida sin permitirle siquiera despedirse. La humillación era palpable no solo hacia los condenados sino también a todo aquel que se acercara a nosotros. Éramos una especie de peste de la que

debía librarse una sociedad perfecta que ocultaba sus vergüenzas para no reconocerlas.

Y así, los días fueron más llevaderos con las visitas de mamá. Una tarde se presentó más nerviosa de lo normal y me pidió que le escuchara atentamente sin interrumpirla.

—Lázaro, te dije que imploraría por tu vida a cualquiera que pudiera tener algo que ver en tu defensa, por insignificante que parezca. Le he escrito a las más altas instancias del Estado, a jueces, a políticos, y ha llegado la hora de remover las conciencias de los que son como tú y como yo, de carne y hueso, de los que tenemos tanto que perder en manos de nuestros gobernantes.

—¿De qué me hablas, mamá?

—He escrito una carta a los padres de Julia suplicando su perdón. Ellos mejor que nadie saben lo que significa perder un hijo. Estoy segura de que se conmoverán y estarán por lo menos dispuestos a pensárselo de nuevo. Si ellos aceptan el perdón quizá podamos empezar a creer en la justicia.

Y sin pérdida de tiempo empezó a leerme:

«Señor y señora Marchant: soy Priscila Haider, madre de Lázaro, condenado a muerte por el homicidio involuntario de su hija. Me siento tan apenada por lo sucedido que no encuentro palabras para consolarles. Y quizá el consuelo sea lo único que nos quede después de unos hechos tan lamentables. Han de saber que mi hijo ha sido un ciudadano ejemplar toda su vida. Ninguna madre puede soportar el dolor de ver morir a sus hijos, y mucho menos de una manera tan atroz. Va en contra de nuestra naturaleza. Por eso no hay nadie que entienda mejor que yo su dolor, pero con la muerte de mi hijo no conseguirán devolverle la vida a la suya. Eso no nos hará mejores ni a ustedes ni a mí. Mi hijo no merece la muerte del mismo modo que tampoco la merecía Julia. La única diferencia radica en que la muerte de mi hijo será una muerte legislada por un Estado corrupto. Una ejecución supone la negación del derecho a la vida. Incluso la ejecución de presos culpables de asesinato hace creer que este es aceptable siempre que sea el Estado quien lo lleve a cabo. La pena de muerte es un acto brutal e inútil y está demostrado que no impide que se sigan cometiendo delitos. Si realmente fuera efectiva no se seguirían cometiendo crímenes. La pena de muerte es una venganza perpetrada por la nación que no le exime de su obligación de observar la dignidad de la vida, y su práctica no evita que se le compare con el propio asesino. La pena capital es extrema, irrevocable e irreparable: no hay posibilidad de enmienda, y su aplicación no es indicio de una sociedad humana. Mi hijo es lo

único que me queda. Si me lo arrebatan, habrán arrancado de mí todo signo de vida. Ustedes aún se tienen el uno al otro, y ya saben lo que se siente al perder parte de sus entrañas. Apelo a su caridad de cristianos. Quizá aún puedan salvar algo más que la vida de mi hijo: su misericordia».

No tuve más remedio que ponerme a llorar al escuchar a mi madre. Aquella mujer podía embriagar con su dulzura los sentimientos más opuestos y arañar hasta el fondo del alma más dura hasta sacar de ella una pizca de compasión. Quisiera haberla besado hasta los pies, pero aquel cruel cristal reforzado impedían cualquier gesto humano en aquella cochambrosa prisión. El hilo de cobre que unía aquellos dos intercomunicadores que utilizábamos diariamente no entendía de sentimientos ni emociones, al igual que los agentes que vigilaban cada uno de mis movimientos. Como ocurría cada día y como ocurriría siempre, mi madre era invitada a abandonar las instalaciones penitenciarias sin un leve signo de amabilidad por su parte hacia una mujer a la que cada vez le costaba más alejarse de mí. Una vez más me quedé solo, pensando en las palabras de mi madre, y rezando para que fuera una buena idea la que estaba llevando a cabo. Egoísta, deseé que llegara el día siguiente para verla de nuevo.

Y el día siguiente llegó pero no mi madre. La espera se hizo interminable, impaciente por tener noticias de ella, de Melany y de Alejandro. Los plazos de apelación se iban acabando y poco o nada habíamos adelantado. Me volví a preguntar si no fui demasiado confiado con los planteamientos de mi abogado. Estar allí dentro sin noticias del exterior se hacía insufrible, y no podía hacer nada por cambiar las cosas: debía ser paciente y esperar los mejores resultados del trabajo llevado a cabo por Alejandro. Pero no podía evitarlo. Día a día me volvía más pesimista.

Mi madre regresó con el nuevo amanecer. Nada más verla supe que algo no iba bien. Se sentó frente a mí, separada por el incorruptible cristal testigo de nuestros breves encuentros. Cogió el intercomunicador y tuve que hacer un verdadero esfuerzo por escuchar su tenue voz.

—Lázaro, estoy cansada. Llevo ya tantos días de reunión en reunión, pidiendo ayuda a políticos, a la iglesia, sin obtener ninguna respuesta. Es como si el mundo se hubiera vuelto sordo a las súplicas de una mujer que necesita que perdonen la vida de su hijo. Parecen haberse puesto todos de acuerdo. No hay perdón para un asesino. ¡Pero tú no eres un asesino, hijo mío, yo lo sé!

—Cálmate, mamá —intenté consolarla mientras una lágrima

resbalaba por su rostro—. Estoy seguro de que pronto mi abogado nos traerá buenas noticias. Y tú seguro que acabas por conseguir que alguien te escuche y te dé esperanzas. No desfallezcamos, mamá, saldremos de esta. Es cierto, quité una vida, pero no por voluntad propia. Bien sabe Dios que yo no quise hacerlo, y estoy seguro de que Él lo entenderá así. Nos ayudará, no acabaré pagando con mi vida ese tremendo error.

—Bueno, Lázaro, sí que he recibido una respuesta —hizo una pausa—. No es la que una madre espera recibir, y se han dado mucha prisa en hacérmela llegar.

—¿A qué te refieres?

—Hoy mismo temprano he recibido la respuesta de los padres de Julia. —Volvió a sollozar, y con pesadez, prosiguió—: Esperaba que en sus corazones todavía quedara algo de caridad, pero el duro golpe recibido los ha debido ensombrecer. Aún tengo sus frías palabras en mi cabeza, no puedo sacármelas de ahí.

Callada, abrió su pequeño bolso y extrajo una arrugada hoja de papel. Carraspeó, y con algo de esfuerzo comenzó:

«Señora Haider: indudablemente su carta nos ha conmovido. Es verdad que hemos perdido a nuestra hija de una forma desgraciada. No fue una enfermedad, ni la vejez, ni sufrió una muerte natural. Fue una maldita bala la que se llevó su vida. Usted menciona la palabra homicidio, pero permítame que la corrija. Se trató de un asesinato, como así ha quedado demostrado en un juicio justo al que no tuvo derecho Julia. Si nosotros tenemos que resignarnos a vivir sin ella, ¿qué razón impide que ocurra lo mismo en su caso? ¿Debemos, además, renunciar a ver cómo la vida de su hijo se extingue como lo hizo la de mi hija? Nos pide nuestro sacrificio, amiga mía. Julia también tenía derecho a la vida a la que apelan sus palabras. Nuestra misericordia no puede dirigirse hacia la persona que tan impunemente se la quitó. ¿Qué hace a su hijo mejor que a la nuestra? Piénselo detenidamente, al menos ella fue inocente hasta el final. Lo dice la Biblia, el más piadoso de los textos: ojo por ojo y diente por diente. Necesitamos saber que el cuerpo de su hijo ocupa el mismo lugar que el de Julia, una tumba maloliente y fría cubierta de pútrida tierra, comido por los mismos gusanos y las mismas inmundicias. En nombre de mi esposa y en el mío propio le deseo lo mejor, no así a su hijo. Agradecemos enormemente sus condolencias. Atentamente».

Volvió a arrugar el papel y esta vez lo tiró al suelo bajo la penetrante mirada del vigilante de turno. Lentamente, sin decir nada, se levantó, se giró y guió sus cansados pasos a la salida, sin

esperar en esta ocasión a que la obligaran a irse. La contemplé de espaldas mientras desaparecía, más afligido por ella que por mí. No se merecía en absoluto lo que estaba sufriendo. Le había fallado como hijo, a ella y a toda la sociedad. Había mancillado el nombre de la familia con un irreparable error imposible de enmendar. Y la muerte me perseguía para cobrarse la deuda que había contraído con ella.

XII

Llegó el día, como llega todo en la vida. El Tribunal Supremo había fijado para ese día el proceso de apelación que esclarecería de una vez por todas qué pasaría conmigo. Cualquier posibilidad era aterradora: pudrirme en una celda durante incontables años o la peor, pudrirme bajo tierra. Hacerme viejo no era algo que contemplara con entusiasmo, porque en caso de conseguirlo no sería como en los cuentos, rodeado de nietos y con otra vieja a mi lado, mi dulce Melany.

La vista era privada pues había poco que debatir. Se suponía que el juez debía tomar una decisión sobre los recursos presentados por las partes, y este ya la había tomado. Unos minutos para que alguien decidiera qué hacer con mi vida, alguien que no me había visto jamás y a quien yo tampoco conocía tendría el poder para quitármela o para salvarla en unas míseras condiciones. No importaban mis sentimientos. No importaba mi pasado, mi sufrimiento, mi familia. Nada importaba, solo la venganza. Yo sembré el dolor sobre una familia inocente y la justicia se encargaría de sembrarlo sobre la mía, restableciendo así la dignidad perdida. ¿Y quién se la devolvería a mi familia? ¿Alguien le pediría perdón a mi madre por mi ajusticiamiento? Ella sufriría su humillación en silencio, sin atreverse a mencionar aquel capítulo de su vida.

Un robusto juez de mirada despiadada entró en la sala e inmediatamente llamó aparte a los letrados. Tras conversar con ellos en privado durante escasos minutos, dijo en voz alta mientras los licenciados aún permanecían a su lado:

—Señor Lázaro Reber. Tras el acuerdo alcanzado entre los letrados y que este tribunal aprueba, confirmo la sentencia de muerte definitiva sin posibilidad de apelación a cualquier otra instancia del Estado, ya que se encuentra ante su máxima representación jurídica. El proceso de su ejecución seguirá el curso establecido anteriormente por mi predecesor. Se levanta la sesión.

Apenas treinta segundos me dedicó aquel individuo. Treinta segundos que suponían la pérdida de mi vida. ¿Y de qué acuerdo hablaba el magistrado? ¿Qué me estaban ocultando? La escasa esperanza que albergaba se desvaneció como se desvanecen los sueños de los perdedores. Porque eso era yo, un perdedor. Un

perdedor que apostó todo a una única carta que resultó ser el arcano de la muerte. Por un instante, Alejandro me miró a los ojos. Avergonzado, bajó la mirada, me dio la espalda y desapareció para siempre de mi vida. Nunca más volví a verle. Ni lo deseaba. Su mezquina puesta en escena me impidió ver con claridad que era incapaz de sacarme del tremendo problema en el que me metí aquella noche. Y ni siquiera tenía la decencia de justificarse. Aunque su comportamiento era injustificable, sus métodos catastróficos, y yo fui un tonto por confiar en él. Debí imaginarme que su estrategia no nos llevaría a ningún lado. La buena fe a la que aludía y tanto defendía se convirtió en mi mayor adversario. Como dijo mi madre, nadie quería tener relación con un asesino como yo y mucho menos concederle un mínimo de gracia. Debían quitarme de en medio, y entre todos lo habían conseguido.

SEGUNDA PARTE

XIII

Después de la breve parodia que para mí significó el juicio de apelación me devolvieron a mi antigua celda. Allí esperé interminables días a que alguien se dignase a dirigirse a mí, a decirme qué sería de mi vida hasta el día de mi ejecución, a hablarme, a consolarme, a insultarme… Alguien que me demostrara que aún no estaba muerto, que mi corazón palpitaba, y que sufría mucho ante la falta de noticias de la suerte que pudo correr mi esposa. ¿A qué fe podía aferrarme ahora que sabía que se le había puesto fecha al fin de mi vida? ¿Con qué falsa esperanza iba a transcurrir mi día a día hasta ese momento? ¿Qué me impulsaría a levantarme, a acostarme, con qué pretexto transcurrirían mis días? Era una locura ordenar mis pensamientos con esa batalla en mi interior. Y de nada servía. Mi vida ya se había acabado aunque mi cuerpo se negara a reconocerlo. Y así, por fin, una tarde se presentó en mi celda el doctor Bellamy. Se trataba del psicólogo de la prisión y me gustó mucho que alguien se dirigiera a mí de forma humana desde que empezó esta pesadilla. Era un hombre de unos cincuenta y cinco años, aunque su cansada mirada reflejaba una vida más larga que lo que decía su edad. Tenía unas enormes entradas en las sienes, y el alborotado y escaso pelo que le quedaba le daba un aspecto cómico, simpático. Le colgaban unas gafas de la punta de la nariz que enseguida se quitó cuando me habló:

—Buenas tardes, Lázaro. Soy Eder Bellamy, y por favor, llámame Eder.

—Encantado, Eder —estreché su mano, y me extrañó muchísimo que se me permitiera el contacto físico—. Como ve, no tengo mucho que ofrecerle. Pero por favor, siéntese.

Le indiqué con un gesto que utilizara la única silla que había mientras yo me sentaba sobre la cama.

—Tutéame, por dios. Vamos a pasar bastante tiempo juntos los próximos días, y por nada del mundo quiero que me veas como un opresor o como un enemigo. Yo nada tengo que ver con el sistema judicial ni con sus métodos destructivos. Yo solo pretendo intentar ayudarte o asesorarte en un momento tan confuso como el que estás sufriendo.

—Gracias, Eder. Aprecio y agradezco tus palabras en lo que valen. Nadie ha mostrado la mínima consideración hacia mí desde

que fui detenido. Hice algo malo, lo admito, pero eso no me convierte en el monstruo que han querido hacer de mí.

—Lo sé, Lázaro. Y aquí todos están en tu misma situación. Es cierto que aquí hay violadores de niñas, asesinos en serie, gente con la que no desearías mezclarte en tu vida. Pero también hay víctimas. Víctimas como tú que, aunque culpables de un delito aún tienen un corazón y un alma que mostrar y mucho amor que dar. Pero aquí acaban con todo eso. Aquí acaban con lo poco de humano que hayas traído. Acaban con tu autoestima, con tu personalidad, con lo mejor y lo peor de ti. Te anulan, te humillan y cuando ya casi no tienes nada acaban con lo único que te queda: tu vida. Es poco esperanzador, pero tendrás que empezar a aprender a vivir con ello.

—Bonito escenario me has mostrado. Menos mal que venías a ayudar…

—A ayudarte, sí, pero no a engañarte. Cuanto antes asimiles tu realidad antes conseguirás aislarte de todos los problemas que te rodean, a valorar el tiempo que te queda, incluso a aprovecharlo. Has de luchar por mantenerte vivo por dentro y por fuera hasta que la ley haga su trabajo contigo. Si desfalleces se hará interminable tu espera. Es difícil, pero es la realidad y no podemos cambiarla.

—Está bien, Eder. Pero esto es algo con lo que yo no contaba. Mi vida se derrumbó y ya no podré volver a reconstruirla.

—En cambio hay alguien que tiene la oportunidad de empezar de nuevo: Melany.

El corazón me dio un vuelco cuando oí su nombre. Casi salté de la cama para caer a los pies de Eder y rogarle que me contara cuanto supiera de ella.

—Tu mujer está bien —empezó—. Dentro de la complicada situación que vivisteis creo que ha salido bien parada. La han condenado a dos años de cárcel por posesión ilícita de armas y la han absuelto de cómplice de asesinato. No me preguntes la razón, pero no han visto indicios de criminalidad en sus actos. Realmente ha tenido la suerte que te ha faltado a ti.

—Dos años de cárcel. ¿Qué posibilidades tenemos de vernos? ¿Tendremos derecho a estar juntos por última vez?

—Me temo que eso es imposible. Tú has perdido completamente todos tus derechos, y aunque ella está en una pequeña penitenciaría en la que no le ocasionarán el más mínimo problema, en ningún caso van a autorizar cualquier tipo de traslado que os permita tener contacto, ni siquiera visual. Lázaro, consuélate pensando que no estará mal tratada y que seguramente antes de dos años estará libre. Es joven, podrá rehacer su vida. Es muy duro, pero es lo mejor que

le podía pasar.

Me incorporé lentamente y me tiré en la cama ocultando mi rostro con los brazos cruzados. Temblando, me puse a llorar como nunca lo había hecho. Como el niño al que azotan tras una travesura creyendo que le han infringido el peor de los castigos. No sé cuánto tiempo estuve así, pero cuando me recobré el doctor ya no estaba. No volvería a ver a Melany. Era lo único que importaba. Pero me alegré por ella. Su vida estaba a salvo y me alivió saber que tenía un futuro que a mí se me negaba.

XIV

Al día siguiente a la misma hora Eder volvió a visitarme. Esta vez no se quitó las gafas, y llevaba consigo un buen montón de papeles.

—Lázaro, ¿cómo pasaste la noche? Ayer no quise molestarte al verte tan apenado.

—Lo voy superando, Eder. He comprendido que su felicidad puede hacerme feliz el resto de mis días. Saber que su vida no corre peligro me reconforta y me ayuda a seguir.

—Una buena actitud. Te dignifica y te hace pensar en un objetivo que no sea tu muerte. Te hace pensar en su vida.

—Es lo único con lo que sueño cada noche. Una mañana despertaré y el sol iluminará mi cara. La brisa fresca de la primavera bañará mi rostro y descubriré a mi lado a Melany. Y volveremos a estar juntos, volveremos a ser felices, y olvidaremos la horrible pesadilla que nos tocó vivir. Será como renacer de nuestras propias cenizas. Nos convertiremos en estrellas que surcarán por siempre un límpido cielo, y eternas miradas nos contemplarán, nos envidiarán, y sabremos que nada se interpondrá en nuestro camino. Y mi madre, alegre por nuestra suerte, se regocijará llena de paz.

Ambos nos miramos brevemente conocedores de que la vida no sería tan benévola conmigo, aunque Eder se alegró de oírme hablar así.

—Lázaro, tenemos que tratar un tema desagradable pero de obligado cumplimiento. La manera de ejecutarte. El Estado concede a los reos condenados el derecho a elegir su muerte. Para ellos no es más que otra forma de atormentarte. Yo lo veo como una liberación. Decidir cómo quieras que sea tu muerte puede suponer la diferencia entre padecer una espantosa despedida o expirar serenamente. ¿Estás preparado para hablar de ello?

—Lo estoy —le contesté tras una breve pausa.

En ese momento, el doctor tomó alguno de los papeles que traía consigo y empezó a explicarme.

—Este país ofrece muchas variaciones a la hora de ejecutar a sus presos. La opción menos utilizada es la horca. Se cuelga al individuo de una cuerda atada alrededor del cuello dejándole caer desde una plataforma. La inconsciencia y la muerte son causadas por lesiones en la médula espinal. Produce una muerte rápida pero

angustiosa —paró un momento antes de seguir—. La segunda elección sería la silla eléctrica. Se ata al preso a una silla construida para ello y se le sujetan electrodos de cobre húmedos a la cabeza y a una de las piernas. Antes se le ha rasurado para asegurarse un buen contacto. Entonces se aplican dos choques eléctricos durante varios minutos. El primero de dos mil voltios. El segundo algo menor. Alegan que esa muerte es más condescendiente y que la inconsciencia se produce en pocos segundos. Pero la realidad es que la electrocución quema órganos internos y sus efectos destructivos son visibles. El condenado puede llegar a defecar, orinar o incluso vomitar sangre. Yo sé de víctimas cuyas cabezas ardieron estando aún conscientes. ¡Es espantoso!

—Te agradezco tu sinceridad, pero no me importaría que fueras menos explícito. Me horroriza cualquiera de las dos opciones.

—Existe una tercera, amigo. Se trata de un nuevo método que aún no se ha experimentado pero parece que evita todo sufrimiento.

—Si aún no se ha probado, ¿cómo saben que no duele?

—Bueno, miles de animales ya han sido sacrificados con esta nueva técnica. Ellos han sido las inocentes víctimas que han demostrado que funciona y que es totalmente indolora. Se trata de la inyección letal, y te aseguro que en comparación con las demás es una forma dulce de morir.

A priori, la alternativa planteada por el doctor tenía evidentes indicios de que podía tratarse de algo piadoso, si es que la muerte se podía interpretar así en cualquiera de sus manifestaciones. Le pedí que continuara con sus explicaciones.

—Se sigue un procedimiento parecido a una anestesia general para una intervención quirúrgica, pero las cantidades utilizadas son más elevadas. Se aplican tres inyecciones, una tras otra. Entre estas se inyecta una solución salina que no afecta al organismo y que sirve para limpiar los tubos a los que estarás conectado. La primera sustancia es el tiopental sódico, un barbitúrico que hace perder rápidamente el conocimiento. Cuando se aplica la segunda, estarás durmiendo y ya no sentirás nada. Se trata del bromuro de pancuronio, que detiene el funcionamiento de los pulmones y paraliza los músculos respiratorios produciendo asfixia. Y por último el cloruro potásico, que paraliza el corazón. Es una sal que bloquea los impulsos eléctricos que hacen que el organismo funcione. Si fallara el bromuro de pancuronio, el corazón no resistirá el cloruro potásico y se detendrá inmediatamente. Es un proceso que dura entre cinco y ocho minutos, pero tú a partir del primero ya no sentirás nada. Será como quedarte dormido para ya

no despertar.

Sencillamente horrible. Me meterían en un quirófano para no sacarme vivo. Las expectativas eran espeluznantes, pero si al menos me libraba del dolor parecía claro por qué me iba a decantar. Me quedé pensando unos segundos y al cabo pregunté:

—¿Quién me aplicará las sustancias? ¿Serás tú? Sería reconfortante tener a un amigo a mi lado en ese momento.

—No, lo impide nuestro código deontológico. La ejecución de presos va en contra del juramento hipocrático y el ejercicio real de la medicina. No estamos al servicio de la ley para quitar vidas, estamos al servicio de las personas para salvarlas.

—Si es como dices, ¿quién ha podido descubrir este método para tal fin? ¿No te parece un poco contradictorio?

—De algún modo, sí —admitió—, pero ten en cuenta que uno de los propósitos de la medicina es precisamente paliar la agonía de los enfermos. Si con la inyección letal se consigue acabar con la tortura que supone ejecutar a un ser humano eliminando su dolor y sufrimiento, habremos sido capaces al menos de atenuar los desastrosos efectos que la proximidad de la muerte puede causar a los procesados. Y existe un motivo más que inclina la balanza a su favor, que es la extracción de órganos de los fallecidos para utilizarlos en trasplantes. Si se demuestra que la inyección letal no deteriora los órganos vitales, se abrirá una nueva esperanza para la medicina. Saber que tu muerte servirá para evitar la de un prójimo proporciona un leve consuelo. Aunque las sociedades de trasplantes ya se han negado a utilizar esos órganos. Este es un debate que permanecerá abierto mucho tiempo.

—¿Quién lo hará entonces?

—Probablemente personal de la prisión. No se requieren grandes conocimientos para ponerla en práctica.

No sabía muy bien qué hacer con toda la información que me había proporcionado el doctor. Mi cerebro iba procesando todos los datos lentamente, pues era de mi vida de lo que estábamos hablando. A la vista de las opciones presentadas por Eder, parecía obvia la decisión a tomar. Esa inyección letal de la que me habló parecía la forma menos intrusiva de acabar con mi existencia. Cuando parecía dispuesto a darle una respuesta, Eder se levantó y se dirigió a mí tan educado como siempre.

—No hace falta que tomes una decisión ahora, tenemos mucho tiempo por delante. Descansa, analiza todo lo que hemos hablado y mañana volveremos a hablar.

—Está bien, mañana continuaremos. Gracias por todo.

Se despidió hasta el día siguiente, consciente de que no tenía mucho que analizar. Pero aunque había tomado la decisión, estaba ahora más aterrorizado que antes sabiendo cuándo, dónde y de qué forma acabaría mi vida.

XV

Me desperté temprano y cansado. Las pesadillas no me dejaron dormir de un tirón, despertándome a menudo nervioso, sudoroso y confuso. Esperaba ansioso el momento de volver a recibir la visita de Eder, el único instante del día en que me sentía realmente bien. Mientras esperaba, leí y releí toda la documentación que me aportó sobre ejecuciones y sus maneras de llevarlas a cabo, aquí y en otras partes del planeta. Me horrorizaba comprobar cómo la humanidad había inventado y legalizado una forma de venganza más allá de toda lógica dejando al individuo a merced de una supuesta justicia que no era otra cosa que una tortura encubierta y permitida por las más altas esferas gubernamentales de las que todos éramos cómplices, por acción, omisión o desconocimiento. Si el objetivo máximo era intentar reinsertar a las ovejas descarriadas, ¿cómo se conseguía eso si quitábamos de en medio todo lo que nos molestaba, sin tan siquiera intentar comprender los motivos que te llevan a cometer actos atroces de los que muchas veces no somos conscientes hasta que es demasiado tarde? ¿Cómo pretenden que enmendemos nuestros errores, totalmente irreparables, de acuerdo, sin una mínima oportunidad? Venganza, ese instinto básico de supervivencia del ser humano llevado a extremos repugnantes, en eso nos habíamos convertido.

La mañana pasó larga y aburrida, como siempre. Me entretuve pensando en que el doctor no tardaría en llegar. Pero la tarde me cayó encima inexorable, cruel, y yo seguía solo en mi celda. Ya por la noche me di cuenta de que Eder no vendría. Me sonreí pensando en que lo echaba de menos como a Melany, como a mi madre, como a alguien de la familia, aunque de forma distinta. Aquellos minutos con el médico eran el único bálsamo de mi realidad cotidiana. Y ya sin la esperanza de un amigo volví a enmarañarme en las fauces de una noche feroz a la espera de su agónico fin.

El día siguiente discurrió igual. Con la única diferencia que cuando empezó a atardecer llegó Eder. Últimamente estaba tan acostumbrado a las malas noticias que no me sorprendió cuando me dijo:

—Lázaro, hoy es el último día que vengo a verte. La Dirección General de Instituciones Penitenciarias ha suprimido la visita de especialistas. Es como una amenaza al sistema. Un recurso paliativo

que puede mejorar las condiciones de vida de los presos. Si a las víctimas nadie las preparó para morir, ¿por qué ibais a tener vosotros derecho a un psicólogo? Nada os hace merecedores de ese derecho. Lo siento mucho, amigo.

—¿Y quién me traerá noticias de mi madre, de Melany? ¿A quién recurriré para saber de ellas?

—No lo sé, Lázaro —confesó resignado—. Pero espero que alguien se encargue de ello. Espero que no acaben por quitarte también eso.

—Quiero que sepas que tus visitas me han devuelto la cordura que creí perdida. Me has devuelto la dignidad, he vuelto a sentirme persona. Sin tu ayuda hubiera sido mucho más difícil.

—Gracias por tus palabras, Lázaro. Sé que es durísimo pero ahora solo queda esperar tu traslado definitivo y que se cumpla la sentencia. Imagino que habrás pensado acerca de lo que hablamos el último día.

—Así es, y creo que estarás de acuerdo conmigo que la opción menos mala es la inyección letal.

—Desde luego.

—Pero tengo miedo, Eder. Tengo miedo de que algo falle. Tengo miedo a la espera. Tengo miedo a que todo acabe. Tengo miedo de que mi ejecución se convierta en una tortura. No estoy preparado para este paso. ¡Tengo tanto miedo por todo!

—Intenta borrar de tu mente ese miedo. Piensa en el día a día. Piensa que aún te queda tiempo por delante…

—¿Tiempo para qué? —le interrumpí—. No tengo un futuro en el que pensar.

—¡Piensa en el presente, Lázaro!

—¡Mira mi presente, Eder! Encerrado por el resto de mis días sin contacto con nadie, aislado de todo sin ninguna esperanza, consumiendo los escasos días que tengo en pensar en mi pasado, que es lo único que me queda. ¡Me han arrebatado a mi madre! ¡Me han arrebatado a mi mujer, a mi familia, a mis amigos! ¡Y van a arrebatarme la vida! ¿Cómo quieres que piense en el presente? ¿Qué clase de presente es este?

Se hizo un espeso silencio en la celda. Ambos sabíamos que tenía razón, no existía ningún motivo para seguir adelante. Solo esperar. Eder rompió el silencio.

—La esperanza es lo que te mantendrá en pie. La esperanza de saber que tu mujer un día será libre de nuevo. Y la esperanza de saber que aún sigues vivo. Pueden ocurrir muchas cosas hasta tu último día. Hasta que expires el último soplo de vida habrá

esperanza.

—Pensaré en ello, te lo prometo. Solo dime una cosa más. ¿Quién estará conmigo ese día?

—Acompañan al reo el alcaide, un cura y un médico para certificar la muerte. Y en tu caso, un técnico o un auxiliar de la prisión para poner en marcha el mecanismo de la inyección letal. Habrá testigos presenciando tu muerte, pero tú no los verás. No es nada reconfortante, pero es la verdad.

—Está bien. ¿Volveremos a vernos?

—Lo dudo. Tu traslado está preparado para muy pronto y a partir de ahí solo recibirás la visita de los funcionarios de la prisión, y tampoco será muy a menudo.

—Realmente alentador.

—Lázaro, prométeme que no harás ninguna tontería y que intentarás por todos los medios estar lo mejor posible hasta el último día.

—En todo lo que dependa de mí, así será. Tienes mi palabra.

Nos levantamos al unísono y nos fundimos en un sincero abrazo que significó otra despedida más que añadir a mi larga lista. Otro amigo al que nunca volvería a ver. Tras unos segundos en silencio, Eder abandonó mi celda sin decir nada más. Estaba todo dicho. Con él se desvanecía mi último contacto con la civilización. El resto de lo que quedaba de mí sería mi única compañía hasta el fin de mis días.

XVI

Solo habían pasado dos días de la despedida de Eder cuando recibí la noticia: me trasladaban. Había llegado el momento. Aquí empezaba la cuenta atrás hacia mi muerte. Un funcionario al que nunca había visto me trajo mi nuevo y definitivo uniforme. Se trataba de un mono de manga larga de un ridículo color anaranjado con una abertura que iba desde la entrepierna a un estrecho cuello que no llegaba a la garganta. El cierre consistía en una especie de velcro que a malas penas conseguía unir ambas partes. Los calcetines, de idéntico color, eran demasiado finos y mis pies parecían bailar dentro de unas zapatillas de finísima suela sin cordones.

Una vez vestido se unió un segundo funcionario que procedió a esposarme de manos y pies uniendo ambos por una cadena que finalmente me rodeaba el cuello, lo que hacía mis movimientos torpes y ridículos. Solo podía arrastrar los pies pocos centímetros obligado a encogerme sobre mí mismo ya que la cadena tiraba de mi cabeza hacia abajo con cada movimiento mientras mis manos totalmente juntas quedaban a la altura de mis genitales y tiraban con la misma presión en ambos sentidos, lo que aún me hacía más difícil caminar. Mientras tanto, el primer funcionario me empujaba constantemente haciéndome tambalear a la mínima ocasión.

Después de caminar fatigado algo más de cien metros se abrió ante mí una chirriante puerta de envejecido hierro que no debía abrirse muy a menudo. Daba a un patio interior totalmente descubierto pero rodeado de altos muros de piedra. Había agentes fuertemente armados por todas partes, y por un breve instante un brillante sol bañó mi rostro antes de ser introducido bruscamente a un furgón de seguridad custodiado en su interior por dos gorilas que le daban al espacio un aspecto todavía más lúgubre. Los dos funcionarios que me habían empujado adentro ocuparon su lugar en el interior del vehículo, no sin antes encadenarme a una barra de acero que cruzaba uno de los laterales del mismo. Los gigantes se sentaron a cada uno de mis lados mientras se cerraba la puerta trasera del furgón que arrancó sin pausa. Rápidamente pude comprobar qué incómodo era viajar de pie encarado al lateral de un vehículo al que permaneces atado, con los pies casi juntos balanceándote de un lado a otro al menor movimiento de su

marcha. La posición de mis piernas me impedía mantener el equilibrio, mientras que toda la resistencia para intentar mantener una postura erguida recaía en mis muñecas, que con el constante roce de las apretadas esposas y los fuertes tirones que ocasionaban cada brusco movimiento del vehículo empezaban a sangrar.

Debieron transcurrir más de tres horas desde que iniciamos el trayecto, o al menos eso me pareció. Por fin el furgón se detuvo y seguidamente se volvieron a abrir sus puertas traseras. En esta ocasión accedimos directamente al interior de lo que supuse sería mi último destino. Eché de menos el suave roce del aire en mi piel por última vez. Aquí ya no había tiempo ni para eso. Con premura me soltaron de la barra y me empujaron fuera. Debido a la inestabilidad de mis piernas, adormecidas por las posturas adquiridas durante el viaje, caí de rodillas sobre el asfalto y rodé por él hasta que me detuvo uno de los gigantes con su pie. Me incorporaron inmediatamente y volviéndome a empujar me sacaron del pequeño recinto para introducirme en un estrecho y largo pasillo escasamente alumbrado por unos tubos fluorescentes parpadeantes. Las paredes eran totalmente lisas y sin ningún tipo de ornamento, señal o apertura. Apenas se distinguía muy al fondo lo que parecía una puerta enrejada porque tras ella se adivinaba una amarillenta luz.

Tardamos una eternidad en llegar y mis acompañantes mostraban demasiadas prisas por acabar con su tarea cuanto antes, repitiendo los empujones que me obligaban a acelerar el paso como podía. Cuando llegamos, vi ante mí una pequeña estancia con dos sillas frente a una puerta de acero. Me indicaron que me sentara y esperase. A los pocos segundos la puerta se abrió ruidosa y apareció un hombre menudo con una prominente barriga que se desparramaba descaradamente por su propio peso. Una corta corbata mal anudada caía sobre ella. Las mangas remangadas denotaban el descuidado aspecto de aquel individuo que procedió a identificarse.

—Soy el alcaide de esta prisión —empezó a hablar con una sonora voz, e inmediatamente gritó—: ¡Ponte en pie cuando me dirija a ti!

Los gorilas me golpearon para que me incorporara, y el alcaide continuó hablando.

—No te interesa mi nombre. No me interesa tu nombre. Aquí nadie lo tiene. A partir de ahora te identificarás con un número. Eso es lo único que te distinguirá de los demás. No quiero saber de nadie hasta el día de su ejecución. Hasta ese momento, te limitarás

a vivir en tu celda y no me darás problemas. La gente lo paga muy caro cuando me crea problemas. A las seis de la mañana se encenderán todas las luces, a las siete los domingos. Antes de una hora recibirás el desayuno y entonces tu celda debe estar en perfecto estado de revista. A la una es la comida y a las siete la cena. No hay más comidas. Si quieres comer algo antes de dormir tendrás que guardarlo de cualquiera de tus comidas. Las luces se apagarán a las nueve. Todo lo harás en tu celda. Una vez al mes saldrás al patio por espacio de dos horas, pero siempre solo. No verás a nadie. No hablarás con nadie. Si te portas bien, dentro de seis meses podrás compartir el patio con otro preso, y eso se repetirá sucesivamente con ese intervalo de tiempo, siempre que no me ocasiones problemas. No me gusta la gente que me ocasiona problemas. Si todo va bien, no volveremos a vernos hasta el día de tu ejecución. Y por tu bien, espero que sea así. Si quieres preguntar algo, esta es la única ocasión que tendrás para hacerlo. ¿Alguna duda?

—No, todo está claro.

—¡¡Todo está claro, señor!! ¡¡Dirígete a mí con el respeto que merece mi posición!!

—Sí, señor —contesté humillado, mientras uno de los guardias me golpeaba sobre el pecho dejándome casi sin respiración.

—¡Pues largo, no quiero volver a verte! ¡Bienvenido, L-4724!

Con esa afectuosa bienvenida fui recibido en mi última morada. Los guardias volvieron a empujarme hacia la puerta por donde había aparecido el alcaide. Me llevaron por varios pasillos que se iban cruzando entre sí hasta que aparecimos en una sección similar a una larga sala con varias celdas a los lados. Conté cuatro en cada lateral y no parecía que estuvieran todas ocupadas. Entre cada una de ellas había al menos quince metros de separación, y ninguna quedaba frente a la que ocupaba la pared opuesta. Como venía siendo habitual en las últimas horas, me empujaron a la primera de ellas de la derecha. Cuando llegué a la entrada, lo que vi me dejó completamente sobrecogido.

XVII

La celda era una ratonera impensable para la vida de una persona. Calculo que tendría unos cuatro metros de larga y unos dos metros y medio de ancha. ¡El cuarto de baño de mi casa era más grande! Era el espacio justo para un pequeño catre y un sucio y maloliente retrete sin tapa. Junto a este, un pequeño lavabo del que colgaba una áspera toalla. A los pies del catre, una silla tras una especie de repisa que colgaba de la pared y que simulaba un rudo escritorio. Eso era todo. Un espacio a todas luces insuficiente en el que era complicado hasta moverse. No había ninguna apertura al exterior, solamente la puerta de barrotes que daba al pasillo y por la que ya me estaban introduciendo. La luz natural no llegaba a esas incómodas instalaciones en todo el día. Inmediatamente se apoderó de mí una sensación de pánico y asfixia que me hacía temblar con solo pensar que aquí era donde iba a pasar el resto de mis días. Cuando me quise dar cuenta, la puerta ya se había cerrado a mi espalda con un fuerte chirrido metálico que me sacó de mi retraimiento. Agarrado a las rejas, el despiadado gorila que me había acompañado todo el día masculló:

—¡Bienvenido al pabellón de la muerte! Cuando salgas de aquí será con los pies por delante, asesino. Hasta entonces, púdrete.

Y desapareció de mi vista. Entonces me di cuenta de que aún permanecía esposado de pies y manos. Un lamentable descuido que harían muy difíciles mis primeras horas en aquel monstruoso lugar.

Había perdido por completo la noción del tiempo. Me impulsé con la sensación de que alguien me susurraba. Presté atención. Seguramente serían imaginaciones mías. La mente empezaba a jugarme malas pasadas. Y de pronto lo volví a oír. Sí, me acerqué a la puerta y sentí chistar. Con una voz casi imperceptible escuché:

—Eh, tú, el nuevo, ¿me oyes?

—¿Quién me habla, dónde estás?

—Silencio, más flojo. ¿Quieres que nos oigan los corsarios?

—¿Quiénes son los corsarios?

—Sí, los tipos que nos vigilan día y noche. Los llamamos así porque tienen patente para hacer con nosotros lo que les venga en gana. Somos muñecos en sus manos. Te aconsejo que no los provoques. Es muy fácil despertar su ira. Les molesta cualquier cosa que hagamos o digamos. Soy Isaac. ¿Quién eres, que has hecho para

estar aquí?

—Me llamo Lázaro. Maté por accidente a la mujer de mi socio.

—Ja, ja, ja —rio fuertemente, y de inmediato volvió a susurrar —. Aquí todos hemos cometido accidentes. Del mío ya hace seis años. Descuarticé a mi padre con un cuchillo de cocina. Tardé en hacerlo, ¿sabes? Bebía y pegaba a mi vieja. No lo soportaba. El accidente ocurrió cuando lo sacaba a trozos al coche para deshacerme de él. Se desfondó la bolsa y los restos de mi padre acabaron esparcidos por el jardín, con la mala suerte que alguien lo vio y avisó a la policía. Aproveché que la vieja visitaba a su hermana…

De pronto se calló. Se percibían pasos sordos acercarse, y enseguida oímos su ronca voz.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Ya estás haciendo amiguitos? ¡Aquí no hay amigos!

En ese momento apareció frente a mi celda. Una inmensa mole de carne que me miraba con unos ojos diminutos con los que hubiera querido matarme.

—¡Ya empiezas a tocarme las pelotas, nuevo! —quise replicar, pero me lo impidió con su estruendosa voz—. Te quedarás sin probar bocado hasta que aprendas a estar calladito. ¡Y tú también, escoria! —dirigiéndose a mi nuevo compañero—. Vendré a desatarte cuando aprendas a comportarte…, nuevo.

Y dando media vuelta desapareció de mi vista. Cuando estuvo lo suficientemente lejos escuché muy suave.

—Lo siento.

Y ya no volvimos a hablar. Pasé el resto de la tarde tumbado, atado y pensando. Empezaba a sentir hambre. No sé cuantas horas pasaron, pero debían ser las nueve de la noche porque las luces de la celda se apagaron. No así las del pasillo. Bajó su intensidad, pero no se apagaron completamente. La mortecina y constante luz penetraba incesante por todos los huecos que encontraba a su paso. A medida que avanzaba la noche, la luz se hacía cada vez más insoportable. A pesar de que bajo la almohada descubrí un sucio uniforme que podía hacer las veces de pijama dormí, o al menos lo intenté, sobre la rígida manta que cubría el catre, encadenado e incapaz de desvestirme. Pasé mi primera noche sin pegar ojo, deseoso de que el nuevo día apareciera y pudiera deshacerme de mis ataduras.

La interminable noche tocó a su fin, y las luces volvieron a hacer acto de presencia en todo su esplendor. A los pocos minutos, una voz desconocida inundó la celda.

—A las duchas, preparado para las duchas. Los pies juntos. Las manos en la cabeza. Vamos, deprisa.

El dueño de la voz pasó por mi puerta y siguió adelante. Iba custodiado por seis guardias fuertemente armados y preparados para cualquier cosa si se presentaba la ocasión. Escuché el inconfundible sonido de una puerta abriéndose. A los pocos segundos pasó ante mí un hombre completamente desnudo, con las manos esposadas a la espalda y estrechamente vigilado por los corsarios. Intuí que las duchas no eran colectivas, y por seguridad nos llevaban a ellas por separado, puesto que hasta que no volvía el primero no pasaba el siguiente preso. Pero mi celda no se abrió. Intenté decir algo, pero enseguida alguien gritó de nuevo:

—¡Silencio, nuevo! ¿Quieres estar encadenado lo que te queda de vida? ¡Cállate y espera tu desayuno!

Con ello confirmé que estaba castigado. Castigado por escuchar a mi vecino de celda la tarde anterior. Y así pretendían darme mi primera lección en mi nueva casa, el poder que ostentaban los corsarios. Quedaba patente, como aseguró Isaac, que todo estaba controlado por ellos. Cualquier movimiento, cualquier gesto lo interpretarían a su modo y lo transformarían en una excusa para agredirnos, física o moralmente. Y querían que nos quedara claro a todos, sobre todo a mí, al nuevo. Nada quedaba al azar. Aquí mandaban ellos y lo estaban demostrando.

Todavía encadenado, no tenía otra cosa que hacer que esperar. Abrí el grifo del pequeño lavabo y me lavé la cara como pude. Me sequé al aire, a ver si eso servía para espabilarme. Mientras analizaba mentalmente lo acontecido en las últimas horas y sus consecuencias, volví a oír murmullos que se acercaban. Era el desayuno. Una bandeja con una humeante taza de café con leche con aspecto de llevar más agua que otra cosa. Una pieza de fruta y otra de bollería industrial completaban el festín. A pesar de todo me supo a gloria, dado el tiempo que llevaba sin probar bocado. En cuanto acabé, arrastré la bandeja vacía por la parte inferior de la puerta tal y como me indicaron. Cuando el carro de la limpieza empujado por uno de los funcionarios hubo retirado todos los utensilios, esperé un buen rato antes de atreverme a susurrar:

—Isaac, Isaac —llamé—. ¿Cómo es posible que lleves aquí seis años? ¿Por qué no te han ejecutado?

—¿Aún te quedan ganas de hablar, amigo? —contestó a media voz—. Aquí podemos llegar a pasar más de diez años. No sé qué te han contado, pero a mí me dijeron que acabarían conmigo en pocos meses y ya ves… —hizo una pausa—. Dicen que tenemos derecho a

alegaciones y todo ese rollo, pero es mentira. Es otra forma más de torturarnos. Les importamos una mierda. Para los de fuera ya estás muerto, y para los de aquí dentro ya no existes.

—Pero eso es terrible.

—Acostúmbrate, Lázaro. La vida aquí es difícil, pero aprendes a sobrevivir día a día. Es lo único que nos queda. Intentar que no nos venza el miedo y la rabia. Tenemos que luchar contra ello. Ya está bien por hoy —aseveró—. Con unos minutos de charla al día debemos tener bastante, no les des motivos para que te persigan.

—Está bien, Isaac. Seguiremos mañana.

Y así transcurrió parte del día. Tranquilo, encadenado y desesperado. Todo al mismo tiempo. Y casi sin darme cuenta llegó la hora de comer. No había hecho nada para despertar mi apetito, aún así comí algo. Pero a media tarde empecé a sentirme mal. Los últimos cambios en la alimentación y la escasa calidad de la misma hicieron mella en mi maltratado estómago. Pero seguía encadenado. Difícilmente podría ir al baño así. Para no empeorar las cosas, decidí esperar a la cena para llamar la atención sobre mi estado. A pesar de mis retortijones la tarde avanzó inexorablemente hacia su fin, culminada con la visita del correspondiente funcionario con una bandeja escasa en comida. Me acerqué y le dije:

—Por favor, necesito ir al baño. No puedo ir si sigo encadenado. Por favor, ¿cuándo me van a desatar? No me encuentro bien… llevo dos días sin ir al baño. Se lo pido por favor.

El tipo de la voz ronca me miró con una indescriptible cara de odio. Inmediatamente entró en la celda y cerró la puerta a su espalda.

—El nene guapo quiere cagar y no puede, ¿verdad? —dijo burlonamente—. Y por eso llama a mamá para que le cuide… ¡Estoy harto de ti, nuevo! —y diciendo esto empezó a golpearme—. Me importa una mierda lo que te pase, ¿entiendes? Si me sigues tocando los cojones vas a estar atado hasta que te salga la mierda por la boca. ¡No vuelvas a joderme o te aseguro que seré yo el que te mate!

Con el primer golpe de aquel monstruo yo ya estaba en el suelo. En ese punto, empezó a soltar coces contra cada parte de mi cuerpo. Encogido sobre mí mismo, fui encajando sus patadas lo mejor que pude: cabeza, piernas, pecho. Ningún rincón de mi cuerpo escapó de su brutalidad.

—Déjame, yo no he hecho nada —le pedí sollozando—. ¡Basta, yo no he hecho nada, solo preguntaba!

Y en ese momento dejó de golpearme. Se agachó sobre mí, tiró

de mis pelos hacia atrás y se encaró.

—Aquí nadie necesita nada. Yo decidiré cuando necesitarás algo, ¿entiendes, nuevo? Espero que aprendas la lección de una puta vez.

Me soltó bruscamente golpeando mi rostro contra el suelo y desapareció. Se fue llevándose la cena, aunque en ese momento era lo último en lo que pensé. Era mi segundo día en mi destino final y ya conocía los rigores de aquel infierno. Era demasiado débil para aquello. Debía hacerme fuerte, aprender a vivir en un sitio como aquel, o la constante humillación me llevaría a la locura antes de lo que había imaginado. Ya sabía a lo que podían llegar aquellos violentos defensores de la ley y el orden en su tiránico dominio. Me prometí que no acabarían conmigo. No lo permitiría. Bastante tenía con saber que algún día me ejecutarían en esta cloaca como para aceptar que antes de ese momento dominaran también mi alma y mi mente. Ese era su objetivo. Y el mío era impedírselo.

Totalmente dolorido y con la nariz sangrando, me incorporé como pude y llegué hasta la cama. Ahora me daba cuenta de que mi esfínter no había aguantado la presión y había tomado el camino fácil. La estrechez de mi vestuario y los golpes recibidos hicieron el resto. Para entendernos, estaba de mierda hasta el cuello. Nunca había tenido una sensación más desagradable y de peor aroma que esa. Pero no tenía solución. Debía pasar la noche así hasta que alguien se diera cuenta de lo que me pasaba o yo volviera a llamar la atención sobre alguien a riesgo de volver a repetir el mismo episodio. Estaba intentando adaptarme lo mejor que podía a mi nueva situación fecal cuando escuché a Isaac preguntar:

—¿Estás bien, Lázaro? Esta vez ese hijo de puta se ha pasado. Hasta aquí se oían los golpes.

—Si, estoy bien, no te preocupes. Y cállate, no vaya a volver.

—Descuida. Descansa, hasta mañana.

No le contesté. No me quedaban fuerzas ni para eso. Y el esfuerzo que tenía que hacer para no respirar el nauseabundo olor que impregnaba cada poro de mi piel me llevó al agotamiento hasta que caí profundamente dormido.

XVIII

—¡Por dios, qué peste! —fue lo primero que oí en cuanto se volvieron a encender las luces—. ¿Qué ha pasado aquí, qué llevas encima? ¡Oh, señor, te has cagado!

Un corsario al que no había visto nunca se asomó a mi celda. Echó un vistazo y tras comprobar mi estado desapareció. A los pocos minutos apareció acompañado por otros dos corsarios con cara de pocos amigos. Al entrar, el primero de ellos preguntó:

—¿Quién te ha hecho esto? No, no me lo digas, ya lo sé. ¿Cuánto tiempo llevas así?

—No lo sé, perdí la noción del tiempo —mentí para no causarme más problemas.

—Está bien, te darás una buena ducha y te llevaremos a la enfermería. Vamos, quitarle esas cadenas —ordenó.

Después de tanto tiempo encadenado me sentí más libre que nunca a pesar del sitio en el que me encontraba. Mis muñecas estaban destrozadas por el continuo roce del acero. Por fin alguien se dio cuenta de que era imposible vivir de esa forma. Me desnudé por completo y mi cuerpo apareció con una repugnante costra de un marrón casi negro totalmente adherida a mi piel. Era realmente asqueroso, y así lo demostraron con sus gestos los funcionarios. Sin acercarse demasiado me condujeron a las duchas. Después del reconfortante baño que me supo a gloria me llevaron a la enfermería tal y como me prometieron, no sin antes facilitarme un nuevo uniforme. Un aspirante a enfermero con poca habilidad curó mis heridas, sobre todo las de la cara y me devolvieron a mi celda donde me esperaba un frío desayuno. Pero la sensación era distinta. Había sobrevivido a mi primera tortura y eso me hizo más fuerte. No acabarían conmigo. Me quitarían la vida, pero no me privarían de mi dignidad mientras estuviera allí. Me prometí que esa sería mi última humillación en aquel lugar.

Los días y las semanas fueron pasando. Tranquilas, lentas, tremendamente aburridas y deprimentes. Mis conversaciones con Isaac eran tan esporádicas como las posibilidades de encontrar algo que hacer allí. No había vuelto a tener problemas con ningún corsario. Es más, el funcionario que me auxilió tras mi primer tropiezo con los gorilas me pareció que era distinto a los demás. Aunque desconocía su nombre, interiormente yo le llamaba

Thornton. Francamente, ese hombre me recordaba al personaje interpretado por John Wayne en El hombre tranquilo. Por las mañanas, cuando no había nadie que le observara, iniciaba alguna conversación conmigo. Algo fugaz, por supuesto, pero al menos se mostraba amable. Pero estaba claro que no podía mostrar esa cara ante sus compañeros. Allí todos eran hombres muy duros, y eso hubiera supuesto un signo de debilidad ante los presos. No obstante, seguía siendo un funcionario y debía tener cuidado. Fue el único que me contó que mi caso, como el de tantos otros, estaba en manos del Comité de Apelaciones, que estudiaba la viabilidad de obtener un indulto al que podía tener derecho, pero que raramente se concedía. Mi falta de abogado no hacía más que empeorar las cosas. Como siempre, solo cabía esperar. Y esperar se hacía cada vez más insoportable.

En una ocasión le pregunté si los presos teníamos derecho a recibir visitas, y me dijo que tuviera mucha paciencia. A veces tardan años en preparar la documentación necesaria para conseguir los permisos, que debe ser el propio reo el que la solicite. Hay presos que no quieren recibir visitas, y de esa forma se ahorran muchos trámites burocráticos. Me prometió que si estaba interesado él se encargaría de mi solicitud. Aunque el resultado tampoco era tan extraordinario: se concedía una visita al año de no más de cinco minutos. Y hacer un desplazamiento tan largo para ese miserable tiempo era para desquiciar a cualquiera. Pero menos era nada. Le agradecí su gesto y volví a aislarme en mis pensamientos.

Al cumplir el primer mes de condena llegó mi primera oportunidad de salir al patio. Sin compañía, pero fue la primera satisfacción con la que me encontré en mucho tiempo. Era un patio pequeño, de unos ciento cincuenta metros cuadrados mal calculados, al que indudablemente solo accedíamos los inquilinos del pabellón de la muerte. Había un rincón con dos bancos de madera al que daba la sombra un espectacular sauce llorón que dominaba el espacio. Frente a él, una graciosa jardinera con abundantes flores de todos los tamaños y colores que el sol bañaba arrancándoles un refrescante aroma que flotaba por todo el entorno. Todo rodeado por un altísimo muro. Y nada más. Nada que nuestras retorcidas mentes pudieran convertir en un arma con la que atentar contra la integridad física tanto nuestra como ajena. Durante las dos horas que estuve allí
desentumecí mis agarrotados músculos. Caminé y recorrí aquel rincón innumerables veces, conocedor de que mis piernas no tendrían oportunidad de estirarse de nuevo hasta el mes siguiente.

El tiempo, agradable, pasó volando, pero lo agradecí como agradece un niño sus regalos de Navidad. De nuevo en mi celda, el episodio pasado me pareció ya tan lejano que me desesperé por volver a repetir el momento, deseoso de poder compartirlo con alguien.

A medida que pasaban las semanas se iba notando que se acercaba el buen tiempo. El calor empezaba a agobiar a ratos, y allí no parecía haber nada que lo mitigara. El aburrimiento me consumía por dentro, así que una mañana me decidí a preguntarle a Thornton.

—Buenos días. Me preguntaba si aquí es posible conseguir libros. Algo para leer. El tiempo pasa aquí tan lento que ya no sabes qué hacer para mantener la mente desatascada.

—Veré lo que puedo hacer —contestó amable—. Pero ya sabes que aquí las cosas van extremadamente lentas. ¿Qué te gusta leer?

—Principalmente novela, aunque me sirve cualquier cosa.

Se oyeron pasos acercándose y aquí acabó nuestra charla. Me encantaría compartir con alguien mis pensamientos durante más de treinta segundos, pero era literalmente imposible. Era tan frustrante pasar totalmente desapercibido por todo el mundo, sentirse abandonado y olvidado por todos, saberse rechazado y hasta odiado… Esa era nuestra vida, y así teníamos que vivirla.

XIX

Cuando volví de mi tercera visita al exterior en mi celda me esperaba una grata sorpresa. Sobre la pequeña repisa alguien había dejado un libro, sin ninguna duda Thornton. Se trataba de la novela de Julio Verne De la Tierra a la Luna. Había leído varios títulos suyos, pero este no había tenido oportunidad de hacerlo. Encantado de volver a meterme en una maravillosa aventura que me llevaría lejos de allí durante algunas horas, me tumbé en la cama y empecé a saborear la delicia de volver a leer un libro. Tan enfrascado estaba en su lectura que me sorprendió que apagaran las luces. Ni siquiera había reparado en la cena, que descansaba en el suelo totalmente fría. Con la luz que llegaba del pasillo y con la que ya me había acostumbrado a vivir la apuré y anduve arriba y abajo por la pequeña celda por aquello de no acostarme recién cenado. Deseaba que llegara el nuevo día para continuar con las disparatadas ocurrencias de los protagonistas de la novela. Permanecer encerrado en tu celda casi veintitrés horas diarias, sin contacto con nadie era claustrofóbico. Si al menos hiciéramos alguna comida fuera de ella sería más llevadero. Pero todas nos las servían allí, y no había manera de despertar el apetito con esa inactividad. Y para colmo, a pesar de que aún no era verano, el calor se había instalado definitivamente en el pabellón. Era insoportable. Me pasaba el día en ropa interior, algo que no parecía molestar a los corsarios. Sudaba día y noche y hasta dormir se hacía imposible. Sin duda, era el lugar más incómodo del mundo. Daba vueltas en la cama hasta altas horas de la madrugada hasta que me vencía el sueño. Empapado en sudor, desperté como cada mañana ansioso por la bendita ducha diaria. Pero cuando volví, fresco, y mientras tomaba el desayuno, ocurrió algo inesperado. Por delante de mí pasaron corriendo varios gorilas que se pararon delante de la celda contigua. Escuché cómo entraban a toda prisa mientras Isaac decía algo, pero no distinguí qué. Y acto seguido golpes, gritos, quejas, más gritos, y el sonido sordo de un cuerpo cayendo al suelo. Siguieron los gritos, e imaginé a mi compañero recibiendo patadas por todas partes. De pronto, silencio, y el fuerte ruido de la reja cerrándose que anunciaba el fin de la diversión. Más tarde me enteré de que Isaac descubrió una cucaracha nadando en su café con leche y lo desparramó por el pasillo. Un acto terrible que debía ser

inmediatamente corregido por aquellos controladores del bien y del mal. En su particular ciudad sin ley todo estaba bien hecho, no había motivo de queja, y un comportamiento como el de Isaac debía ser erradicado y arrancado de raíz, con todas sus consecuencias. Una vez más, y ya hacía tiempo que no me ocurría, me derrumbé y lloré como un crío sobre la almohada. Cuando me recompuse, pregunté en voz muy baja cómo estaba. Volví a hacerlo a los pocos segundos y su falta de respuesta me alarmó. Mi desesperación aumentaba gradualmente con el paso de los minutos que transcurrían eternos. Debía hacer algo. Pero, ¿qué? Pediría ayuda aunque eso conllevara otra paliza para mí. Y de pronto lo oí. Su voz me llegó entrecortada pero segura, lacerante, hiriente.

—No acabarán conmigo, Lázaro. Estos cabrones no podrán conmigo. En alguna ocasión el diablo se pondrá de mi parte y yo disfrutaré de ese momento.

Ya no pudo seguir hablando. Dos días después todavía permanecía ingresado en la enfermería, aunque las heridas ocasionadas fueran dignas de ser atendidas en un hospital. ¿Pero qué más daba? Era solo un condenado a muerte, no una persona.

Aparcado ese asunto en lo más profundo de mi memoria, la vida transcurrió monótona en aquel infierno. Acabé el libro, y cuando fui a devolverlo Thornton me indicó el procedimiento. Debía dejarlo bajo mi almohada, alguien se encargaría de cambiarlo por otro. Supuse que hasta para él era complicado en ese deshumanizado mundo conseguir cualquier tipo de bálsamo para nosotros. Y así se lo reconocí. Pero era difícil poder agradecérselo de otra manera. Con la esperanza de que llegara el segundo libro fue pasando el tiempo. Cada día al volver de las duchas observaba cómo seguía el mismo en su sitio. No había cambiado. Me volvió a embriagar esa extraña ansiedad que cada vez era más frecuente.

XX

«¡Hoy es un día especial! Es el día que salgo al patio con un acompañante. Además de volver a sentir el sol en mi piel, respirar aire nuevo, podré conversar con alguien durante dos horas». Habían pasado mis primeros seis meses y tenía derecho a ello. Algo que parece tan sencillo para cualquier persona y yo estaba hasta nervioso esperando ese momento. Seis meses en los que los diálogos no solían contener más de dos o tres frases. Estaba olvidando vocalizar correctamente.

El procedimiento era el de siempre. Me arrodillaba de espaldas a la puerta de rejas mientras desde fuera el funcionario de turno me esposaba a través de ellas. Solo entonces abrían la puerta. Una vez en el patio, las esposas desaparecían. Llegamos por separado. Por primera vez pude darle un apretón de manos a Isaac. Ahora que lo tenía frente a frente comprobé que era más joven de lo que había imaginado en un principio. Ocupamos cada uno un banco bajo el sauce y comenzamos a charlar. Le conté cómo había llegado a esta situación mientras me escuchaba fascinado. Desde que me despedí de Eder, algo que me pareció tan lejano, no había vuelto a disfrutar de la compañía de alguien, aunque fuera un asesino como yo. Isaac acababa de cumplir veintiséis años, y aunque físicamente mostraba esa edad, interiormente era mucho más maduro.

—Mi madre tenía cuarenta años cuando conoció a mi padre —comenzó a contarme—. Era más joven que ella, y se sintió profundamente atraída por él. Pronto saltó la chispa. Ya entonces era una persona violenta, aunque con mi madre se comportaba correctamente. Su relación no era de amor: era de puro sexo. Pero mi madre se aferraba a ella porque pensaba que difícilmente sería capaz de conseguir otra relación a su edad. ¡Qué estupidez! No quería quedarse para vestir santos, y como tampoco era muy agraciada físicamente pensó que eso era mejor que nada. Y entonces ocurrió.

—¿Qué pasó, Isaac?

—Un embarazo inesperado. Yo fui el resultado. Pero eso alteró excesivamente a mi padre, que no esperaba un desenlace así con una mujer que no quería. Pero la presión que ejercieron sobre ella tanto sus padres como los de él terminó en el altar. Y eso enfureció a mi padre. Joven y atado a una mujer con un impensado

descendiente. ¡Qué horrible futuro! Primero fueron los desaires, después las malas palabras, las huidas, el refugio en el alcohol cada vez más frecuente.

—¿Y tu madre qué pensaba?

—Que cambiaría cuando yo naciera. Pero de las palabras pasó rápidamente a los hechos. Así, cuando estaba de ocho meses, llegó la primera paliza que acabó con ella en el hospital y con un niño prematuro en sus brazos. En el hospital no creyeron la típica excusa de la caída por las escaleras, pero no pasaron de unas fundadas sospechas. Y como podrás sospechar, nada cambió con mi llegada. Realmente todo empeoró. Cada vez frecuentaba más los bares, las malas compañías, mientras yo iba creciendo con la violencia instalada en mi casa. Llegué a pensar que era normal. Pero crecí, y veía a mi madre envejecer obstinada en que él era sí, pero que en el fondo la quería. Siempre disculpaba lo que le hacía, incluso reconoció que la culpa era solo suya por no haber sabido ser una buena esposa.

—¡Qué bobada!

—Así es. Y yo me debatía en un mundo en que lo habitual era no ver a mi padre en días, solo cuando llegaba a casa para entregar su escaso dinero. Ni a mi madre, que trabajaba de sol a sol para intentar sacarme adelante como fuera. En el colegio llegué a ser un buen estudiante, pero me tiraba más la calle que las aulas. Así, entre palizas, sollozos, borracheras y mi vida en la calle me convertí en un precipitado adulto que huía de mi casa cada vez que podía para no ver lo que ocurría en ella. ¡Un cobarde como mi padre, en eso me convertí! Pero un día que mi madre no estaba en casa llegó mi padre tan borracho que intentó agredirme. Y ya no pude más. Lo cosí a puñaladas en la cocina y allí mismo lo descuarticé. El resto ya lo sabes. Me descubrieron y aquí me tienes. Lo que más me duele de todo es que no he vuelto a saber de ella. A pesar de que la libré de su tiranía nunca ha llegado a perdonármelo. Me odia más a mí por lo que hice que a él por todo el daño que le causó.

—Una auténtica pena, de verdad.

—Pero me alegro de que el cabrón esté en el infierno, donde pronto lo veré. Lo volvería a matar, una y mil veces más.

De esa forma transcurrieron las dos horas, casi sin darnos cuenta. Nuestras celdas nos esperaban de nuevo, solitarias y feroces, cayendo sobre nosotros sus fauces que nos devoraban por dentro y por fuera.

XXI

Aquella mañana, al vestirme tras volver de las duchas me alegré al comprobar que había un nuevo libro bajo mi almohada: Carmilla. Le Fanú escribió esta novela de vampiros antes que el famoso Drácula de Stocker, pero su prosa gótica me cautivó desde el principio. Me lo leí de un tirón, lo que tampoco tenía mucho mérito por mi parte pues se trata de un relato más bien corto. Como supuse que tardaría en volver a conseguir otro, releí el libro al día siguiente de forma más pausada, disfrutando en esta ocasión mucho más de su lectura. Pero mi suerte estaba en racha porque antes de acabar la semana apareció un nuevo libro en la celda. Cristo se paró en Éboli, de Carlo Levi. Yo ya lo había leído hacía años y me sorprendió que este claro alegato antifascista llegara a mis manos en un sitio como este. Debía ser una señal. Y en cuanto tuve ocasión le pregunté a Thornton si había posibilidad de estudiar en aquel inmundo lugar. Como todo allí, era algo complicado, en primer lugar porque no iban a conceder ningún título, ni un diploma. Y en segundo lugar porque se consideraba una solemne tontería perder el tiempo estudiando si nunca íbamos a salir de allí. Ello me llevó a plantearme otra cuestión. ¿Cómo se estaría tratando mi supuesta apelación? ¿Cómo sabría del resultado de los trámites si realmente estos se estaban realizando? Eran muchas cosas al mismo tiempo y mi benefactor volvió a pedirme paciencia y que empezara por lo de estudiar. Me daría noticias lo antes posible.

Pero mi buena racha se iba a acabar esa misma noche. Cuando se apagaron las luces recibí la visita del gorila de ojos diminutos. A sus oídos habían llegado mis intenciones de estudiar, algo que no cabía en su reducida mollera.

—No me gustan los tipos listos como tú —empezó a gritarme—. Yo te enseñaré lo que se estudia aquí, tocameloscojones. El alcaide te manda un recadito, para que lo estudies bien y obtengas un rotundo aprobado.

Y no añadió nada más. Empezó a golpearme como hacía tiempo que no lo hacía. Un tipo con los músculos entumecidos como yo ante la falta de auténtico ejercicio era un muñeco en sus manos. Pero esta vez tuvo mucho cuidado de no dejar marcas visibles en mi cara. Se recreó ante todo en mi estómago, aunque recibí patadas en el pecho, en las piernas, en los brazos… Nada quedaba fuera del

alcance de sus extremidades inferiores excepto mi cabeza. Cuando acabó conmigo, descubrió sobre la cama el libro de Levi. Afortunadamente el maldito ignorante no tenía ni idea del contenido de ese título, porque sin duda eso hubiera supuesto problemas añadidos. Abandonó la celda a toda prisa y yo me incorporé como pude para intentar meterme en la cama, comprobando que no tenía nada roto. Innegablemente, era un experto dando palizas.

Pero a la mañana siguiente me sorprendió no ver a Thornton, aunque tampoco le di mayor importancia. Empecé a dársela a partir del tercer día sin aparecer. Durante el tiempo que estuve sin verle me preguntaba constantemente si no se habría metido en un lío por mi curiosidad.

Una semana más tarde apareció. Según parece, el alcaide «le invitó» a una semana de descanso obligatorio sin sueldo para que pensara en los últimos acontecimientos. Intimar con los presos era algo intolerable en esa institución. Éramos carroña que la sociedad devoraba, cuerpos sin alma que nos mecíamos entre la vida y la muerte. No debía existir nada que pudiera motivarnos a seguir vivos, y toda esperanza tenía que ser eliminada. Había que corregir el comportamiento de este funcionario y ese fue su primer aviso. Desde entonces, nada fue igual. Se acabaron los libros, la lectura, las escasas conversaciones por la mañana. Aunque aún había sitio para más sorpresas.

XXII

Acababa de desayunar cuando un corsario acudió a mi celda. Sin decir palabra como era costumbre y siguiendo el procedimiento habitual me sacó y me obligó a seguirle. Me llevó por pasillos que nunca había recorrido, crucé innumerables puertas de alta seguridad defendidas por enormes gorilas sin seso. Fue inútil preguntar a dónde me llevaban. El silencio era la única respuesta que recibía. Y al cabo de varios minutos de incómoda caminata acabamos en una sala dividida en dos por unas gruesas rejas que dejaban a la vista quien esperaba al otro lado. La alegría fue soberbia.

—¡Mamá, te han dejado venir!

—Hijo mío, ¿cómo estás? ¿Cómo te tratan en este lugar? Te veo más delgado.

Quise apretar a mi madre entre mis brazos. Quise llenarla de besos, pero era imposible. El calor humano nos estaba negado, como tantas otras cosas cotidianas que no valoramos hasta que nos las arrebatan. Quise decirle la verdad, que odiaba este sitio, que odiaba a toda la camada de perros guardianes que nos vigilaban, que me odiaba a mí mismo, pero mentí.

—Estoy bien, mamá. Nos tratan correctamente. Y aunque la comida tampoco es excesivamente buena no me puedo quejar.

—¿Cómo son los otros presos?

—Buena gente sencilla. Pero intentamos no intimar demasiado, nos costará menos asimilar nuestro final.

—Me han dicho que están preparando las alegaciones para solicitar tu indulto…

—No te hagas muchas ilusiones, mamá. Ten en cuenta que quienes lo tramitan son los mismos que me han condenado. No tiene mucho sentido, ¿verdad?

—Yo no pierdo la esperanza, Lázaro. Te echo mucho de menos, y haré lo que esté en mi mano por sacarte de aquí.

—¡Se acabó el tiempo! —gritó el gorila que me llevó hasta allí —. Debe irse, señora.

—¡Pero si acabo de llegar! —protestó mi madre.

—Es el tiempo establecido, señora. Yo no pongo las normas.

—Hazle caso, mamá. Si no tendrás problemas para volver.

—Te quiero, hijo. Ten cuidado. Y prométeme que seguirás

adelante, que no te rendirás.

—Sabes que así será, mamá. Hasta pronto.

Y aquel funcionario me condujo de nuevo a mi triste celda. Mucho más esperanzado por la visita de mi madre pero al mismo tiempo triste porque pasaría mucho tiempo antes de volver a verla, si es que tenía otra oportunidad. Pensando en ello me tumbé en la cama, y una furtiva lágrima rodó por mi mejilla. ¡Cuánto dolor le había infringido a mi madre! No se lo merecía. Y ese era otro castigo con el que debía cargar el resto de mi vida.

Y el tiempo, inexorable en su caminar, fue pasando hasta que me encontré de nuevo en el patio con Isaac. Hablamos de cosas intrascendentes. Recordó con añoranza lo que le gustaba hacer en su juventud.

—Me gustaba mucho el cine —me contó—. Por unas horas me evadía y alejaba de mí todos los demonios. Y la música. Siempre estaba enchufado a esos cascos con los que siempre salía a la calle. ¿Qué clase de música te gusta, Lázaro?

—Prácticamente toda, pero me decanto más por el rock. Aunque con lo que más disfruto es con un buen libro.

—Libros, nunca me han gustado. Sobre todo los que no llevan dibujitos. Me aburre tanta letra junta.

—Pero eras buen estudiante.

—Sería por eso. Ya tenía bastante con el colegio. Pero dime, ¿cómo es tu mujer?

—Melany es alta, delgada, con una corta melena de brillante azabache. Sus enormes ojos pardos se clavan en uno derritiéndole por dentro. Es bellísima, al menos para mí, y la extraño muchísimo.

—Cómo me hubiera gustado tener una chica a mi lado. Estoy seguro de que no habría cometido esa barbaridad, me habría desviado del mal camino. Y ahora estaría junto a ella, no en este lugar solitario. Y solos es como vamos a morir, Lázaro. Han fechado mi ejecución para dentro de quince días. Ya no volveremos a vernos. Hoy mismo me trasladan al velador de la muerte, una sala contigua a la de ejecución donde estaré vigilado constantemente. Lo hacen así para que no nos hagamos daño ni nos suicidemos, quieren asegurarse de que son ellos quienes nos quitan la vida. No quieren privarse de esa enorme satisfacción.

—Dios mío, Isaac, no lo sabía —la naturalidad con la que me lo contaba me sorprendió notablemente—. No sabes cómo lo siento.

—No, Lázaro, no lo sientas. Estoy cansado de esta muerte lenta, mecánica y deliberada. Desde que nos condenan vivimos con el horror de saber que de un momento a otro vendrán a buscarnos

para darnos muerte. Pero su crueldad no se limita a eso: perdemos el contacto con el mundo exterior, nos mantienen aislados incluso entre nosotros, como si temieran una conspiración. ¡Qué grotesco! Somos olvidados por familiares, amigos y conocidos. Vivimos encerrados en casetas para perros. Primero nos destruyen por dentro, nos matan la poca personalidad que nos queda y al final se quedan con nuestro cuerpo sin alma. Somos objetos que deben ser eliminados por el sistema. Le hemos fallado a la sociedad, y ella se venga de nosotros. Es mucho peor esta sensación que la propia muerte. Así que no lo lamentes. Después de muchos años, por fin me siento libre por una vez en mi vida. La eternidad me espera, y no puede ser peor que lo vivido hasta ahora.

No pude añadir nada más. Su frialdad ante la muerte me causó gran impacto. Le di un abrazo, fuerte y sincero con el que nos despedimos para siempre. Y yo me preguntaba si tendría la misma templanza que él cuando llegara mi momento.

XXIII

De esa forma me quedé sin un compañero cerca de mi celda. Ahora mismo en el pabellón solo había dos presos más al final del pasillo a los que nunca había visto de cerca y con los que era imposible comunicarme ni siquiera a gritos dada la distancia que nos separaba. Por suerte, la vida transcurrió sin ningún tropiezo hasta que de nuevo tocó visita al patio con compañía. Cuando llegué me esperaba un tipo debilucho con un minúsculo bigote llamado Ditry. Llevaba allí unos diez años, o eso creía. Drogadicto y traficante desde los catorce años, provenía de una familia acomodada y con grandes recursos. Lo tenía absolutamente todo y sin esfuerzo, y el aburrimiento le llevó a probar cosas nuevas. ¿Cómo puede aburrirse alguien con catorce años? El caso es que al placer de la droga se le sumó otro aún más gratificante: los altos beneficios que daba ese negocio. Y a este se le sumó otro, las armas. Con veinticinco años controlaba un cártel con el que amasó una fortuna incalculable que dilapidaba con mujeres y amigotes. Sus padres nunca se preguntaron cómo lo consiguió, demasiado ocupados en sus asuntos. Para qué, mientras él compartiera con ellos sus millonarios ingresos. Y como en todos los negocios, llegó la decadencia. Se encariñó de una chica. Era distinta, decente, no una de esas putas con las que él acostumbraba a tratar. La conoció en la cola del supermercado. Se vieron un par de veces y empezaron a quedar. A él le gustó que ella se interesara por él y no por su dinero, ignorante de quien era realmente. Y empezó a cambiar. Empezó por descuidar sus negocios, pues cada vez pasaba más tiempo con ella. Y eso le gustaba. Hasta que se dio cuenta de que estaba colado por ella y eso no le gustó tanto. Nunca había dependido de una persona y eso le asustaba, por él y por ella. ¿Sería capaz de enamorarse de tal forma de alguien que pudiera hacerle cambiar de vida? Pronto obtendría la respuesta. Ella insistió hasta la saciedad que debía conocer a sus padres. A él le parecía excesivo, solo llevaban saliendo un par de meses, pero no quiso contrariarla y accedió. El siguiente sábado iría a cenar a su casa y se los presentaría. Hasta aquí todo bien. Pero cuando el padre de ella quiso saber cómo se ganaba la vida su futuro yerno él evadió la respuesta hasta conocer la ocupación de este. No era ni más ni menos que el máximo dirigente responsable de la política antidroga

del país y jefe de la liga anticorrupción. ¡Menuda sorpresa! Y de pronto afloró todo lo que había ocultado hasta ese momento: la furia, las drogas consumidas, su lujuriosa vida, el alcohol y la traición. Se sintió engañado, su mente confundió la realidad, creyó que su chica era una infiltrada con el objetivo de capturarle consiguiendo meterle en la misma boca del lobo. No se lo pensó. Sacó su revólver y disparó sobre la familia. No le tembló el pulso cuando vació el cargador sobre ellos, dejando la estancia con tres cadáveres y un ligero tufillo a sangre y pólvora que quedó flotando en el aire. Ditry fue detenido cuatro horas después mientras vagaba por las calles, y su imperio se derrumbó. Nunca se arrepintió de lo que hizo. Siguió convencido de que todo era una trama para capturarle, y aún hoy lo sigue pensando. Pero durante muchos años se sintió poderoso como Dios, y eso ya no había nadie que se lo arrebatara. En su mirada aún quedaba la indiferencia por todo lo que le rodeaba, la superioridad con lo que lo miraba todo, y aún no se había dado cuenta de que su privilegiada atalaya se había derrumbado para siempre. Me pareció un monstruo, y no encontré ninguna justificación a su comportamiento. No la había. Pero en la tranquilidad de mi celda, sin nada mejor que hacer, analicé la conversación con Ditry. Y supuse que yo también parecería un monstruo a la vista de otros. Había cometido un crimen. Le quité la vida a una persona inocente. Le hice un daño irreparable a su familia, y también a la mía. Pero no me considero un monstruo. Y es posible que algunos de los que acaban aquí no lo sean. Quizá seamos tan monstruosos como los funcionarios que nos vigilan, como el Estado que perpetra otra venganza organizada o como la ley que permite esta atrocidad. Porque eso es lo que significa estar en el corredor de la muerte. Simplemente somos comparables a otro tipo de individuos que gozan del beneplácito de un código de conducta regulado con distinto rasero en función de quien lo profesa. Seguramente nos merezcamos estar aquí, pero no este castigo inhumano. Es extraño, pero posiblemente esté empezando a confundir lo que está bien con lo que está mal, y estoy mezclando todo en un mismo cesto. Y lo ocurrido poco después acabó declinando mi balanza.

XXIV

No sé cuánto tiempo llevaría dormido aquella noche cuando escuché que alguien estaba abriendo la puerta de mi celda. Me sorprendió ver al gorila de ojos diminutos y al de la voz ronca junto a otro corsario al que no conocía. Les acompañaba un individuo sin uniforme de aspecto rudo y fuerte. Aún adormecido y sobrecogido, el primer gorila se abalanzó sobre mí rodeándome con sus fuertes brazos por el pecho y me empujó violentamente contra la pared. Sin darme tiempo a asimilarlo, el segundo me propinó un brutal puñetazo en la cara que me dejó aturdido. En ese momento el tercero me arrancó los pantalones y entre todos me obligaron a arrodillarme sobre el suelo. Todo ocurrió muy rápido, a un ritmo frenético y calculado.

Totalmente desconcertado sentí como uno de ellos me daba un puntapié en la boca del estómago, obligándome a abrir la boca para poder inspirar el aire que ya me faltaba, y me incliné hacia el suelo arqueándome por el dolor. Me percaté entonces que el tipo de paisano estaba completamente desnudo frente a mí, y aprovechó ese momento para meter su miembro todavía flácido en mi boca. No pude evitar sentir arcadas de repugnancia y vomité sobre él. Eso le encolerizó, pero ya estaba totalmente excitado. Mientras los tres me sujetaban fuertemente, yo intentaba revolverme con violencia para intentar impedir por todos los medios lo que estaba a punto de suceder. Hábilmente se colocó detrás de mí y de un solo golpe me penetró.

Sentí un inexplicable dolor y la sensación de que algo iba abriéndose paso en mi interior. Mis ojos se inundaron con las primeras lágrimas. Reuní todas mis fuerzas mientras notaba su ritmo lujurioso, furioso y acompasado, pero no conseguía zafarme de él. Y cuanto más me esforzaba por liberarme, más se excitaba. El pánico se apoderó de mí. Cada vez estaba más angustiado. Grité de impotencia aunque allí nadie me oía. Nadie acudiría en mi ayuda. Mis gritos y súplicas se quedaban en los barrotes de mi celda. La violencia extrema con la que me estaban sometiendo a toda clase de vejaciones me estaba desquiciando. Al mismo tiempo que se sacudía contra mí el tipo corpulento introducía sus asquerosos y gruesos dedos en mi boca buscando mi lengua, aumentando mis nauseas mientras tiraba con fuerza de mi cabeza hacia atrás agarrándome

por el pelo. Pensé que en cualquier momento me lo arrancaría. Seguía sintiendo ese desagradable escozor que me laceraba por dentro. Pero yo ya no era dueño de mí mismo ni de mi cuerpo. Solo deseaba que todo acabara cuanto antes, y ese energúmeno parecía no tener prisa. Aquello se me estaba haciendo interminable. De repente sentí una extraña sensación de vacío dentro de mí y supe que había acabado. Fueron los peores minutos de mi vida. Se limpió sobre mi espalda y comenzó a vestirse, mientras todos reían escandalosamente celebrando su acción. Totalmente destrozado moral y físicamente observé con la mirada perdida y borrosa cómo ese ser repugnante repartía dinero entre los funcionarios. Cuando se dieron cuenta de que los miraba con odio, el de la voz ronca se dirigió a mí gritando:

—¡Ni se te ocurra decir nada de esto, basura! Si cuentas lo más mínimo la próxima vez será mucho peor. Te meteremos un ratón por el culo y te lo taparemos durante dos días, a ver qué te parece.

—Vámonos, no dirá nada, ja, ja, ja… —añadió el otro.

—Hoy ha sido algo sublime, muchachos, os vais superando.

—Sí, vámonos…

Y de nuevo en la soledad de mi jaula lo entendí todo. Lo acontecido esa noche debía ser una práctica habitual entre los funcionarios de aquella o de otras prisiones: aceptar dinero por ofrecer encuentros sexuales con víctimas fáciles que no crearan problemas. Una violación en toda regla que dejaba interesantes beneficios a quienes se prestaban a colaborar con tantos y tantos pervertidos que deambulaban por las calles. Posiblemente las altas instancias penitenciarias no estarían al tanto de este asqueroso negocio, pero imagino que de estarlo harían la vista gorda y mirarían hacia otro lado despreocupándose. Total, no éramos nadie, solo muertos anónimos que andábamos a la espera de ser enterrados.

Completamente humillado, no podía apartar de mi mente los abusos que habían cometido conmigo. Habían llegado al límite soportable por un ser humano. Un trance que me costaría mucho superar. Me aseé como pude con los escasos medios que tenía. Me sentí peor que nunca, sobre todo porque mi silencio se convertiría en cómplice de aquellos canallas y con ello permitiría que siguiera habiendo víctimas como yo. Pero el miedo ya formaba parte de mi ser, y me costaría mucho arrancármelo.

XXV

Hacía ya algunos meses de los últimos acontecimientos. La simple presencia de un uniforme cerca de mí me provocaba tal ansiedad que inconscientemente me hacía refugiarme al fondo de la celda, como si eso sirviera para algo. El silencio en las instalaciones las semanas siguientes al suceso era sepulcral, temerosos todos de que pudiera repetirse con algún otro preso. Por suerte, la vida transcurrió relativamente tranquila desde entonces.

Y una mañana Thornton nos sorprendió a todos con una agradable noticia: la Dirección General de Instituciones Penitenciarias acababa de aprobar un plan piloto de prerreinserción mediante la correspondencia de presos con el exterior. El proyecto se había experimentado con reos en prisión con duración determinada, pero dado el éxito obtenido habían decidido ampliarlo a los condenados a muerte. Las personas entre rejas en contadas ocasiones reciben cartas, y los que esperamos en el corredor de la muerte nunca. La mayoría se consume en su solitaria reclusión, ya que ni siquiera reciben visitas. Aunque los pocos que recibimos debemos contentarnos con cinco miserables minutos al año, todo un derroche de generosidad. Así que cartearse con gente de fuera, aunque sea desconocida, podría ser una gran liberación mental para muchos de nosotros. La comunicación por correspondencia con presos puede ser una de las acciones más generosas de un ser humano hacia sus semejantes en situaciones tan extremas como la nuestra. El compañerismo entre los presos es prácticamente imposible, raramente nos relacionamos entre nosotros, todo lo hacemos solos y escasamente compartimos momentos juntos. La correspondencia podría ser la única vía de conseguir un amigo. Siempre existe gente deseosa de ayudar a otros que están sufriendo, ya sea en hospitales, geriátricos, voluntarios en asistencia sanitaria, ayuda en domicilios particulares… Y ahora por qué no a cientos de hombres y mujeres que permanecen en el olvido para la mayoría y que en un futuro cercano podría convertirse en realidad.

El programa se pondría en marcha de inmediato. Además de enviar cartas a familiares y amigos, nuestros nombres aparecerían en listas públicas donde se relatarían nuestras características, situación, circunstancias que nos trajeron aquí, etc. De esa forma, los interesados tendrían acceso a nuestro historial y según sus

preferencias podrán elegir con quienes establecer comunicación directa.

A la espera de entrar a formar parte de esas listas, la primera carta que escribiría sería para mi madre. Al mismo tiempo le pediría que se encargase de averiguar cómo ponerse en contacto con Melany, aunque estaba seguro de que eso sería algo que ya tendría controlado.

Mi primera carta, temeroso de que pasara por la consabida censura fue relativamente breve. Le contaba cosas como que las tres comidas que tomábamos diariamente eran más que suficientes debido al escaso ejercicio que podíamos hacer; que había conseguido leer algún libro gracias a la tenacidad de Thornton; y que desgraciadamente al primer preso que conocí ya lo habían ejecutado. Mi relación con Ditry nunca llegaría a ser como con Isaac. Ni con ningún otro. Había cambiado, yo ya no era el mismo de antes, pero de momento prefería ocultarle los verdaderos motivos a mi madre.

XXVI

Poco a poco las cartas se iban sucediendo. A pesar de que ya había redactado varias, no había recibido respuesta de ninguna, y tampoco notificación de mi inclusión en el programa de correspondencia. Empezaba a pensar que solo habían inventado un nuevo método para tenernos con la mente distraída, que todo se trataba de otro engaño más. Pero yo insistí, esperanzado en recibir contestación en cualquier momento. Las semanas seguían su marcha y yo empezaba a tener dificultades para saber exactamente en qué día me encontraba. En nuestras circunstancias perder la noción del tiempo era lo más natural, y su inexorable paso nos castigaba con la incertidumbre de un presente irreal que se nos escapaba entre los dedos de las manos y que nos daba en la cara haciéndonos dudar del tiempo que llevábamos allí dentro. Así que significó toda una sorpresa que fueran a buscarme para mi segunda visita anual. Otro triste aniversario que celebrar junto a mi madre, cinco minutos de mi vida que pasarían tan rápidos que no daría tiempo a saborearlos. Fui a su encuentro todo lo rápido que me permitieron, pero cuando llegué me esperaba una sorpresa aún mayor. Junto a mi madre estaba Melany. Su melena había desaparecido y su pelo corto sin arreglar era la prueba de que hacía poco tiempo de que era libre. Sus ojos tristes reflejaban un sufrimiento que yo reconocía a la perfección. El rostro demacrado denotaba cansancio. Estaba algo más delgada, pero permanecía tan bella como siempre. Tenía ante mí a las dos mujeres de mi vida, y por un momento me sentí el hombre más feliz de la tierra.

—¡Melany, por dios, estás libre! —acerté a decirle casi tartamudeando por la sorpresa—. ¿Cuándo ha sido, cariño? ¿Cómo has estado todo este tiempo?

Quería hacerle tantas preguntas, hablarle, contarle, que sabiendo el poco tiempo que teníamos me precipitaba y no conseguía formularlas de forma coherente.

—Lázaro, me estaba volviendo loca, no podía soportarlo más —empezó a decir mientras empezaba a llorar—. Te he echado tanto de menos. Hace diez días que me pusieron en libertad. Hemos recibido tus cartas. —A su lado, mi madre callada afirmaba con la cabeza—. Hay tantas cosas que quisiera hablar contigo. Todo ha sido tan extraño. No hemos vuelto a saber nada de Alejandro. No

sabíamos a quién recurrir…

—Tranquila, cariño, más despacio —intenté calmarla—. No tenemos mucho tiempo así que debemos dejar eso para las cartas. Aunque no me ha llegado ninguna.

En ese momento escuché a mi espalda roces de papeles, y descubrí al corsario que me vigilaba con un puñado de cartas abiertas en la mano confirmando mis sospechas haciéndome ver que estaban allí y que después me las daría.

—Escuchadme bien —empecé de nuevo—. Tenéis que averiguar cómo va la tramitación de mi indulto. No os lo van a poner fácil porque todo está en manos del alcaide y no conseguiréis cooperación, pero debéis insistir. Tenemos derecho.

En ese momento noté cómo el funcionario se revolvía inquieto tras de mí, disgustado con el cariz que iba tomando la conversación. Imaginando que daría la visita por terminada, seguí hablando todo lo deprisa que pude.

—Solicitar a Instituciones Penitenciarias una copia de mi expediente. Si no podemos pagar a un abogado ellos nos proporcionarán uno de oficio. Con ello podemos solicitar al ministerio una agilización del caso —en ese momento, el gorila se acercó indicándome que le acompañara, pero yo seguí—. Así el alcaide no podrá negarse a entrevistarse con vosotras y deberá dar explicaciones del proceso.

Ya no pude seguir hablando. El corsario ya me estaba arrastrando fuera de la vista de las mujeres, y solo pude distinguir cómo a lo lejos se despedían con gestos. Las echaría tanto de menos el próximo año. Ahora, al menos, tenía las cartas que me acababan de entregar y que leería y releería una y otra vez a lo largo de las siguientes semanas.

A pesar de que ya sabía que tanto las cartas salientes como las entrantes eran interceptadas por la dirección del centro, me atreví a darle a mi mujer instrucciones precisas de cómo proceder para intentar al menos una paralización de mi condena a muerte. Y a partir de aquí conseguir un traslado, porque evitar la muerte para estar el resto de mi vida recluido en un lugar como este no era un futuro nada halagüeño.

Persistí en la idea de seguir escribiendo cartas aunque raramente conseguía contestación. Por cada cinco o seis cartas enviadas recibía una, y esta dejaba a las claras que la falta de continuidad en los textos era la prueba de que desaparecían. Así era muy difícil conocer con exactitud la situación real de mi expediente, pero estaba seguro de que Melany y mi madre estaban luchando con

todas sus fuerzas por obtener respuestas.

Y el día más inesperado recibí la primera carta de un desconocido. Se trataba de un anciano viudo al que sus hijos habían abandonado en una residencia, e intentó con este método de correspondencia hacer nuevos amigos sin importarle su procedencia. Pronto noté la extrema sensibilidad de aquel hombre, su soledad y la falta de cariño que invadía su vida. No tardamos en intimar más de lo previsto, y aunque nunca llegaríamos a conocernos personalmente, sentí cómo nacía entre nosotros una sincera amistad delimitada exclusivamente por los barrotes que nos separaban. Dos almas unidas por la más primitiva necesidad del ser humano: relacionarse con los demás.

A esta siguieron otras. Una joven estudiante de derecho, un divorciado que había maltratado a su mujer, un parado de larga duración… En definitiva, toda una fauna de individuos que por una u otra razón buscaban una huida de sus monótonas vidas y llegaban a la mía para hacerla más llevadera.

Algunos de estos intercambios de correspondencia se limitaban solo a una carta. Unos perdían el interés enseguida, otros querían experimentar sensaciones nuevas, pero la mayoría suponían un goteo constante de cartas que me mantenían gratamente ocupado la mayoría de mi tiempo.

Las cartas se iban sucediendo con las visitas al patio tanto en solitario como en compañía de Ditry. Mi ansiedad fue disminuyendo prácticamente hasta desaparecer, y la vida en la cárcel podría haber alcanzado un equilibrio donde el maltrato físico y psicológico era reemplazado por la cotidianeidad y la rutina. La visita anual de mi madre y de Melany me animaba a seguir luchando, hasta que de nuevo una tarde mi pequeño y falso mundo de ilusiones se vino abajo.

XXVII

Me extrañó mucho que aquella tarde estuviera Thornton de guardia. Solía estar únicamente por las mañanas y su aparición a aquella hora me alarmó. Como portador de noticias malas y buenas, aquella vez saltándose las normas y arriesgándose a una sanción entró en mi celda. Debía ser importante lo que tenía que decir cuando actuó así. Lo primero en lo que pensé fue en mi madre, pero enseguida aparté de mi mente esa idea. Sentado junto a mí en la cama, me entregó un sobre abierto como era natural y mis manos temblorosas empezaron a sacar su contenido con cierta dificultad. Era una carta de la Dirección General de Instituciones Penitenciarias en la que me comunicaban que tras los complejos, extensos y costosos estudios donde el Estado valora la posibilidad de conceder el indulto a la pena de muerte y conmutarla por una permanencia en prisión indeterminada (cadena perpetua), este se mostraba contrario a esta decisión y calificaba la condena como definitiva, irrevocable y de ejecución inmediata. No cabía la marcha atrás en la resolución. Así de frío, breve y conciso. Aquel tipo bonachón al que encomendaban las tareas más desagradables para no afectar a la imagen de dureza de sus compañeros añadió:

—Hay algo más, Lázaro.

Me sorprendió aquella expresión espontánea. Ese hombre debía saber algo que yo ignoraba y parecía dispuesto a contármelo. Nervioso, le rogué que no se anduviera por las ramas y empezara a decirme aquello que parecía inquietarle, fuera lo que fuera.

—Verás, he tenido conocimiento de algunos encuentros de tu madre con el alcaide. Naturalmente, todo lo que te cuente deberá quedar encerrado aquí para siempre.

—Tienes mi palabra —le prometí—. Pero por favor, date prisa, no tenemos mucho tiempo.

—Parece ser que tu madre consiguió entrevistarse con el juez del Tribunal Supremo que confirmó tu sentencia. No tuvo mucho que ver en la decisión ya que los letrados ya habían alcanzado una especie de acuerdo, aunque desconozco cuál. No pudo obtener mucho más, pero por lo menos despertó la caridad en él y dispuso una reunión con el alcaide. El juez tuvo que emplearse a fondo, se vio obligado a ordenarlo fehacientemente, porque por las buenas se negaba rotundamente.

—¡Maldito hijo de puta! —solté.

—Finalmente no tuvo más remedio que acceder. Ella consiguió amplia documentación favorable: un informe pericial sobre tu perfecto equilibrio emocional y psicológico que no fue utilizado por tu abogado, jurisprudencia de casos similares al tuyo donde se obtuvieron mejores resultados, y algo muy importante, el apoyo del juez.

—¿Y qué ocurrió?

—Desconozco los detalles, pero el alcaide rechazó la documentación y se negó a utilizarla para tramitar tu solicitud de indulto. Técnicamente, nadie puede obligarle. Existe una opción, pero es sumamente complicada.

—¿De qué se trata?

—Que sea el propio Ministro de Justicia quien le reclame la documentación. Y eso solo lo puede conseguir un juzgado. Tu madre lo intentó, pero la burocracia pudo con ella. Las leyes son claras: el ministerio puede exigir los expedientes si hay pruebas irrefutables de intento de alteración de una posible sentencia, pero eso solo se puede dictaminar en un juicio donde se demuestre que es así. Te puedes imaginar lo difícil que es eso, estando todas las partes implicadas interconectadas entre sí y frente a ellas la soledad de un condenado por asesinato. Es tropezar una y otra vez contra el mismo muro, donde muchas veces los documentos acaban perdiéndose.

—¡Pero eso es horrible!

—Sí, pero real. Es más fácil reabrir el caso que conseguir que el ministerio obligue a un simple alcaide a facilitar el cauce para el estudio de tu recurso. Para ello habría que declarar nulo tu juicio, y con un acuerdo entre abogados como es tu caso eso es algo bastante difícil de conseguir. Como ves, es una espiral que se enreda en sí misma de la que no hay escapatoria.

—Mi madre es un ángel del cielo —suspiré.

—Alguien se ha cebado contigo y te ha arrastrado al más repugnante lodo.

Lentamente, aquel hombre posó su mano en mi hombro, se incorporó y me dijo en voz baja:

—Lo siento mucho.

Acto seguido abandonó la celda. Una vez más el frágil equilibrio de nuestra existencia se había vuelto a romper, destrozando por completo mis falsas esperanzas de conseguir salir con vida de allí. Solo me quedaba asumir mi derrota e intentar asimilarla lo antes posible.

¿Debía desistir ya de toda esperanza? ¿Qué me quedaría entonces en mi vida? ¿Debería prepararme para morir? ¿Cómo lo haría? Tantas y tantas conjeturas me asaltaban al mismo tiempo que mi cabeza estaba pronta a estallar. Mi única certeza en aquel momento era cómo y dónde iba a morir. El cuándo me llenaba de incertidumbre. Pese a todo debía seguir viviendo, y por ahora lo único que conseguiría distraer a la muerte era mantener la correspondencia con todos aquellos que se habían brindado a colaborar en tan hermosa causa.

No estaba en mis cabales. Sin pensar en las consecuencias me propuse escribirle a Melany. Le pedía en mi última carta que se olvidara de mí. Que no volviera a visitarme. Tenía que rehacer su vida y no lo conseguiría si de alguna forma seguía unida a mí. Era un hombre muerto, no tenía sentido seguir. Debía abandonarme, y cuanto antes me olvidara mejor para los dos. También escribí a mi madre contándole mis intenciones, garabateando frases sin sentido, nervioso por mi futuro próximo. No enlacé dos frases seguidas con coherencia. Aún así debía liberarme de mi tensión y pensé que escribiendo era la única forma de hacerlo. Entregué las cartas como siempre a la espera de que llegaran cuanto antes a su destino. Y me quedé encerrado en mí mismo, mi cuerpo se quedaba pequeño ante la presión que sentía en mi interior, y hecho una furia empecé a golpear las escasas pertenencias que habían en mi reducida celda, derribándolo todo, ensañándome con el colchón, con todo lo que encontraba a mi alrededor, hasta que alertados por el escándalo dos corsarios entraron a la celda y me tranquilizaron de la única forma que ellos conocían: a base de golpes. Irremediablemente acabé tumbado en mi cama, magullado y dolorido, mientras la noche empezaba a reemplazar las tenues luces del atardecer.

Me desperté a medianoche con una extraña sensación de vacío en el estómago. Me di cuenta de que me habían castigado sin cenar, como a un niño chico, y mordisqueé una pera que había dejado a mediodía. Me desvelé y ya no pude conciliar el sueño. Pensé en lo ocurrido las últimas horas y tuve deseos de que todo acabara cuanto antes. Todo en mí era pura contradicción. Mi instinto de supervivencia se debatía con la convicción que te da saber que todo está perdido, que ya no hay nada por lo que luchar. ¿Cuánto tiempo me quedaría de vida? Quería aprovechar cada minuto, cada segundo pero, ¿en qué? Allí era difícil llenar tus horas con algo que hacer. Detestaba esa incertidumbre, aunque en definitiva estaba hablando de seguir vivo.

XXVIII

Habían transcurrido al menos cinco meses desde que conociera la ratificación de mi ejecución y seguía sin tener noticias de cuando procederían a llevarla a cabo. Los trámites, como todo, eran lentos y pesados, y yo a pesar de todo no tenía ninguna prisa. Llenaba mis horas escribiendo y leyendo cartas de todo el país. Había llegado verdaderamente a intimar con alguno de ellos, aunque en la mayoría de los casos se trataba de conversaciones intrascendentes que servían exclusivamente para entretener mi tiempo. Los días que salía al patio los aprovechaba para hacer algo de deporte, ligero dado el reducido espacio del que disponía.

Y así llegó un nuevo día de visita. Estaba ansioso por volver a ver a mi mujer y a mi madre, así que cuando me llevaron a verlas corrí todo lo que me permitían mis ataduras. Vi a Melany tan radiante como la recordaba antes del homicidio. Estaba guapísima, y había recobrado su tez brillante y la media melena que tanto me gustaba. A mi madre, en cambio, la vi más apagada, mayor, como si hubieran transcurrido muchos más años de los que realmente habían pasado.

—Lo sé todo, mamá, y quiero darte las gracias —le dije, sin darle más detalles.

Ella pareció entender, y agachando cansada la mirada, guardó silencio.

—No vuelvas a escribirme nunca más una carta así —empezó a decirme a continuación mi esposa—. Mi deber es estar a tu lado, aunque sea en la distancia, en tus sueños y tú en los míos, en tus pensamientos, en los renglones de las cartas que nos escribimos, en cada lágrima que derramamos. ¿Qué clase de compañera sería si te abandonara ahora?

—Te equivocas, Melany. Esa es la mujer que quiero. La que es capaz de hacer el último y mayor esfuerzo y olvidarse de mí. ¿No ves que no tiene sentido que sigas junto a alguien sin futuro, ni tan siquiera presente? Eres aún muy joven para malgastar tu vida con un hombre muerto como yo. Debes hacerlo, cariño, por nuestro bien, pero sobre todo por el tuyo…

—¿Tú ya me has olvidado, Lázaro? —me interrumpió.

—¡Por dios, Melany! ¿Cómo puedes decir eso? Te adoro, y te seguiré amando. Yo no voy a quererte menos porque no vengas a

verme. Debes rehacer tu vida, conocer a alguien. Te mereces ser feliz y no consumirte junto a un desahuciado de la vida. ¡Díselo, mamá, dile que no vuelva, dile que se olvide de mí!

Mi madre, incapaz de decir nada, volvió a bajar su mirada rehuyendo la mía. Mientras, Melany sollozaba diciendo que era incapaz de hacerlo.

—Mírate, nena —continué diciéndole—. Tú no te mereces esto. ¿Qué clase de vida vas a llevar? Aún pueden pasar muchos años hasta que acaben conmigo. Empieza una nueva vida lejos de aquí. No envejezcas antes de tiempo por algo que no merece la pena.

La visita se acababa y Melany continuaba llorando ante mis palabras. Pero debía ser así. Debía olvidarme. Cuando señalaron el final del tiempo de visita vi en los ojos llorosos de mi mujer lo que podía tratarse de una despedida y yo le agradecí el gesto con mi mirada. Sobraban las palabras en aquel momento. Mi madre no añadió nada a todo lo dicho mientras Melany se despedía.

—Te quiero mucho, Lázaro.

Abandonamos la estancia todos al mismo tiempo, y una vez más en mi soledad empezaba a echarlas de menos. Paseé nervioso arriba y abajo por mi celda, y de nuevo me enfrasqué con una de mis cartas a mis desconocidos amigos. Era como si mi vida allí dentro hubiera cambiado hasta el punto que detestaba lo que tuviera que ver con mi vida cuando era un ciudadano libre. Me había acostumbrado tanto a mi miserable existencia que empezaba a sentirme cómodo solo con lo desconocido, y con ello, con las personas que no conocía antes, como si tuviera que dar explicaciones de mis actos pasados mientras sus dedos acusadores me señalaban como el culpable de todos los males del mundo, queriendo quitarme de en medio para así expiar sus propios pecados. Tal era mi dedicación que los meses pasaban volando y seguía expectante sin saber cuándo llegaría el fin.

XXIX

Aquel mes le tocó el turno a Ditry. La última vez que compartimos patio me aseguró que tenía ganas de que llegara el momento. Odiaba la vida que había llevado, aunque seguía sin arrepentirse de nada. Todo un personaje. Pero sobre todo odiaba la vida que tenía ahora. Olvidado por todos, no quería seguir con la farsa que suponía su vida. Pero como todos los de su calaña ni por un momento pensó en quitársela. Entre otros motivos, porque allí no había ningún método para hacerlo, exceptuando una huelga de hambre. Y esa, sin duda, era una muerte demasiado lenta. Prefería esperar a que la ley cumpliera con su obligación. Toda una lección de coherencia consigo mismo. No fue la única pérdida. El jubilado abandonado con el que me carteaba falleció. Así me lo hizo saber la directora del centro donde vivía, conocedora de nuestra amistad forjada con tantas y tantas cartas intercambiadas. Según parecía fui el único amigo con el que contó en el último tramo de su vida. Y yo me sentí particularmente feliz al haber colaborado modestamente en el bienestar de una persona que en sus últimos años de vida había perdido el cariño de los suyos. Rogué a Dios para que lograra la paz que sin duda se merecía.

Una de las cosas que más me llamó la atención fue que había disminuido considerablemente la frecuencia con la que recibía cartas de Melany, no así de mi madre. Pero ignoraba si era debido a nuestra última conversación o al pésimo servicio de correspondencia al que nos tenía acostumbrados la prisión. Deseé con todas mis fuerzas que mi mujer hubiera encontrado alguna actividad más enriquecedora que mantener vivas sus esperanzas en nosotros. Con el paso de los meses comprobé cómo sus cartas cada vez eran menos, y yo imité su ejemplo.

Hasta que de nuevo llegó el momento de la visita anual. Por suerte, la vida en la prisión el último año se hizo bastante tranquila sin graves incidentes dignos de mención. Los corsarios de turno me condujeron a la sala de visitas donde ya esperaba mi madre. Venía sola, y aunque lo esperaba me sorprendí al no ver a Melany.

—Hola, mamá, qué alegría volver a verte. ¿Sabes? Estaba pensando en ir a recogerte un día y pasear por la playa como hacíamos cuando era niño. Yo chapotearía en la orilla mientras tú discutirías con la cotilla de tu vecina sobre cómo conseguir un

blanco inmaculado en la colada. Pero ya ves, insisten en mantenerme aquí. Y por mucho que reclame, no consigo que me dejen salir. Cuéntame, mamá, ¿estás bien?

—No me puedo quejar, Lázaro —contestó algo más animada—. Por lo menos he conseguido que esa vieja cotilla deje de molestar. Le incomoda mucho cruzarse con la madre de un presidiario y me evita a toda costa. ¡Y no sabes cuánto me alegro!

Me tranquilizó mucho el buen humor que mostraba con todo lo que estaba pasando. Hicimos un par de bromas más sobre el vecindario, nos reímos unos segundos, y tras relajar nuestras tensiones todo lo que pudimos le pregunté por Melany.

—Verás, hijo —y empezó a contarme—, Melany te adora, ahora más que nunca, estoy segura de ello, pero es muy duro conseguir el equilibrio emocional en una situación así. Hemos hablado mucho estos últimos meses, y aunque le dolió muchísimo lo que le dijiste la última vez, cree que tienes algo de razón. No, no saques conclusiones precipitadas, Lázaro. Ella quiere seguir visitándote, escribiéndote, siendo parte de ti. Y al mismo tiempo no puede soportar la idea de que algún día la avisarán de… bueno, tú sabes… —hizo una ligera pausa—. Es como estar toda la vida pendiente del teléfono para que alguien te comunique la muerte de un ser querido, solo que en esta ocasión la llamada se producirá tarde o temprano. Ella de alguna manera quiere prepararse, y quizá reduciendo el contacto le cueste menos asumir la realidad. Pero al mismo tiempo pensamos en todas esas personas que darían lo que fuera por tener la oportunidad de despedirse de sus hijos, de sus esposas, de sus padres… De darle un último abrazo, un último beso a quien se despidió de ti una mañana para no volver más, cuando la muerte le sorprendió en el momento más inesperado, como a tu padre…

En ese momento se echó a llorar, pero pudo proseguir con gran esfuerzo porque allí el tiempo se pagaba muy caro por su escasez.

—No sabemos si somos elegidos para tener esa oportunidad. Lo que sí sabemos es que desconocemos cómo utilizarla. Saber que vas camino de tu muerte y que en pocos minutos no serás más que un cuerpo frío e inerte es la peor de las torturas, pero saber que te vas en paz contigo mismo y con los que te han querido con una cálida despedida debe ser una dicha a la que aún no le hemos encontrado su razón.

—¡Se acabó la visita! —sonó una estridente y desagradable voz a mi espalda—.

—Esto es muy difícil para todos, mamá, pero quiero que sepáis

que ocurra lo que ocurra os querré siempre. Ahora vete, antes de que te obliguen.

—Volveré a verte, hijo mío. Yo también te quiero.

Y así, una vez más, se acabaron los únicos cinco minutos al año en que era feliz. Y como siempre me ocurría después de cada visita, la cólera me invadió. Ya era hora de que la gente de la calle se enterara de nuestra situación, de nuestros sentimientos, de cómo nos trataban. De las humillaciones, de cómo vivimos, de cómo morimos día a día, cómo caminamos sin vida hacia nuestra propia destrucción. En las cartas no contábamos nada de eso, solo conversaciones triviales que no comprometían a nadie, pero eso se iba a acabar. Escribiría cartas a todo el mundo contándoles lo que somos, lo que hacemos, cómo sobrevivimos a este infierno y como nos tratan hasta que nos matan físicamente, porque psicológicamente ya estamos muertos. Si una sola de estas cartas pasara el control y llegara íntegra a su destinatario habría valido la pena el sacrificio que pudiera pagar por ello. Solo una, y el mundo conocería el horror que supone estar en el corredor de la muerte. Así que me puse manos a la obra, dispuesto a contar mi experiencia a lo largo de los últimos años. Escribí la misma carta para todos, sin omitir absolutamente nada. Estaba corriendo un gravísimo riesgo, y lo más probable es que acabara mal. Pero tenía que intentarlo.

Una vez acabado el trabajo entregué las cartas como siempre, y aquella noche no llegué a pegar ojo. Los nervios podían conmigo. Mi mente empezaba a desvariar ante la falta de sueño. Deduje que había cometido la mayor imprudencia de mi vida. Me estaba arrepintiendo. ¿O solo tenía miedo? Sí, lo tenía, lo reconozco. No es nada malo tener miedo. ¡Era un cobarde, eso es lo que era! Me enteré de que por fin me había dormido cuando me desperté sobresaltado y sudoroso, luchando con mis pensamientos contradictorios. Me convencí a mí mismo de haber hecho lo correcto. No soy un cobarde. Asumiría las consecuencias si algo salía mal. Pero si no fuera así habría ganado una pequeña batalla particular.

XXX

Habían pasado varias semanas desde que envié la última correspondencia. Pensaba que podía haber salido bien, y empezaba a felicitarme por mi éxito. Desde el día que tomé la decisión me sentí un hombre nuevo, liberado. Temeroso de lo que pudiera pasar, pero satisfecho con mis actos.

Llegó el día del mes en el que disfrutaba de la libertad de encontrarme en un lugar más despejado que mi asquerosa celda, sintiendo el sol en mi cara, descansando bajo el frondoso sauce, dando paseos de más de cuatro metros sin tropezar contra los barrotes o contra el váter. Estaban a punto de cumplirse las dos horas reglamentarias cuando apareció el alcaide con tres gigantescas moles que debían pertenecer a otra sección de la prisión porque no los había visto antes. Uno llevaba una gruesa cuerda, otro un pequeño taburete y el tercero un puñado de largas bridas de plástico y cinta adhesiva. El alcaide, con su desaliñado aspecto se dirigió a mí con semblante despectivo:

—Te dije que no me gustaban los problemas, L-4724. Pensé que te lo había dejado muy claro. Hasta ahora casi habías sido un chico bueno, pero tenías que cagarla. ¿Me has tomado por tonto? ¿Pensabas que no me enteraría de lo que pretendías hacer? ¿Quién va a creer a un mierda como tú? Aunque lo hubieras conseguido, nosotros tenemos el poder. Podemos manipular lo que nos venga en gana, podemos hacer con vosotros lo que queramos. Somos dueños de vuestras vidas. El Estado nos las ha regalado. No existís para nadie.

—Te equivocas, algún día la gente sabrá lo que pasa aquí…

—¡Cómo se te ocurre hablar así! ¿Quién te has creído que eres?

—No os tengo miedo. Ya no. Podéis hacer conmigo lo que queráis, pero yo sé la verdad…

—Pues vas a comprobar para qué te sirve tu verdad. ¡Tapadle la boca, no quiero oírlo más!

Las tres enormes moles se abalanzaron sobre mí. Lo primero que hicieron fue pegarme ese repugnante esparadrapo en la boca para que estuviera callado. Después me hincaron de rodillas en el suelo, estiraron de mis brazos hacia atrás y ataron mis muñecas a los tobillos con las cortantes bridas que se clavaban en mi piel. Lo peor vino después: hicieron un lazo con la cuerda y la colocaron en mi

cuello. El otro extremo ya se deslizaba por una de las ramas del árbol izándome por el aire y oprimiendo mi garganta provocándome asfixia. En ese momento colocaron el pequeño taburete bajo mis rodillas de manera que descansaran sobre él, descargando ligeramente la presión sobre el cuello. A pesar del pequeño alivio sentía que me ahogaba, y mis rodillas intentaban mantener el peso de mi cuerpo sobre la banqueta evitando a malas penas que quedara colgado por el cuello y me ahorcara. Con el forcejeo y la dolorosa posición a la que estaba sometido las bridas apretaban cada vez más las muñecas y tobillos, y ya empezaban a sangrar. Eso hacía que temblara aún más y la inestabilidad de mis rodillas se acentuara. La postura era insoportable. Luchaba por no quedarme colgado del árbol, por no caer del taburete, por que las bridas no continuaran cortándome la carne y sobre todo por respirar, que cada vez me costaba más. Inspirando solo por la nariz, el aire entraba cada vez con más dificultad a mis pulmones. Cuando estaba al límite, el alcaide tiró de la cinta adhesiva y liberó mi boca. El aire renovado entró como una exhalación y sentí revivir. El alcaide se acercó más a mí y me susurró:

—Ahora, cuéntale a tus amigos lo que te estamos haciendo y que vengan a soltarte. ¡Vámonos, aquí ya hemos terminado!

Con esa orden los tres sanguinarios siguieron a su amo y me dejaron allí colgado, pugnando por mantenerme en aquella dolorosa posición lo mejor que pudiera, de lo contrario, moriría sin remedio.

XXXI

Agotado, presa del pánico, notaba que mis fuerzas se desvanecían por momentos. Mis rodillas ya no podían soportar mi cuerpo y cada vez me costaba más respirar. Con cada esfuerzo por mantenerme vivo las bridas se iban clavando más y estaban desgarrándome miserablemente. El dolor laceraba cada músculo de mi cuerpo. Era insoportable. No sabía cuánto tiempo podría aguantar así, pero imaginé mi muerte más cerca que nunca. Me estaba dando por vencido, había pasado mucho tiempo desde que me dejaron allí y no era capaz de aguantar más. Mis rodillas acabaron por resbalar del taburete, y este se dobló dejándome colgado por el cuello. La cuerda se iba cerrando en torno suyo y ya no entraba suficiente aire para respirar. Caí en la cuenta de que eran mis últimos segundos de vida, y en ese momento alguien me alzó y aflojó la cuerda. Me la quitaron del cuello y metí todo el aire que pude a mis pulmones doloridos, que agradecieron la dosis extra que necesitaban.

Los mismos gorilas que me colgaron me quitaron todas las ataduras y me devolvieron a mi jaula. Allí encontré todas y cada una de las cartas que había escrito hacía algunas semanas. Ninguna pasó el filtro. Ninguna cumplió con su cometido, todas interceptadas antes de alcanzar su destino.

¿Cómo había llegado a pensar que lo conseguiría? Mi osadía casi me cuesta la vida, aunque innegablemente al final iba a pagar con ella en aquel inmundo y monstruoso lugar.

—Y desde ahora, se acabaron las cartas —me advirtieron antes de abandonarme—. Y las visitas, y el patio. Se acabaron todos tus privilegios. Ojalá te pudras.

Me dejaron sin curarme una sola de las heridas. Cuando hube recuperado todo el aire que necesitaba para ponerme en pie, lavé como pude la sangre reseca de mis muñecas. ¿Cómo pude ser tan ingenuo y creer que había alguna posibilidad en aquel infierno? Iba a morir allí, eso era cierto, pero ahora dependía de mí el cuándo. Sabía que no volvería a disponer de más posibilidades, y cualquier cosa que hiciera desde ahora podría provocar mi muerte precipitada. Aunque eso ya me daba igual. Lo único que quería era no sufrir más. Cuándo se produjera mi óbito era lo de menos.

Día a día fui fortaleciéndome. Intentar hacer algo de ejercicio en

aquel cuchitril era harto difícil, y solo conseguía hacer alguna flexión y caminar algunos pasos de lado a lado. Tal y como me advirtieron, ya solo salía de la celda para ir a las duchas. Las visitas al patio se anularon, y tampoco tenía contacto con otros presos dada la gran distancia que nos separaba. Aunque hubiéramos gritado con todas nuestras fuerzas habría sido casi imposible comunicarnos, y eso hubiera alertado a los corsarios con graves consecuencias para nuestra integridad física. Ya ni siquiera veía a Thornton. Mi aislamiento era total, y temía con toda mi alma que también anularan las visitas de mi madre, lo único que aún me hacía mantenerme en pie.

El tiempo me dio la razón. Se confirmaron mis sospechas. Hacía más de un año que vi a mi madre por última vez, y sin ninguna explicación dejé de recibir sus visitas. Como tampoco podía escribirle, no sabía si podía existir alguna razón que le impidiera venir. Y allí estaba prohibido preguntar. A la falta de respuestas siempre había que añadir algún que otro puñetazo o una patada en el lugar más inesperado del cuerpo. Mi locura ya era extrema, y una única obsesión rondaba cada vez con más frecuencia por mi mente: morir cuanto antes.

XXXII

Alguien debió escuchar mis plegarias porque al poco tiempo el alcaide vino a verme con su falsa sonrisa a comunicarme formalmente y por escrito que mi ejecución estaba preparada para dentro de quince días. No sé si sentí alivio o terror, el caso es que conocer el día exacto de mi muerte significó una extraña liberación. Pronto me trasladarían de nuevo a mi lugar definitivo, el «velador de la muerte», un lugar extremadamente vigilado que es la antesala del sitio donde te ejecutan. Me explicaron que era para evitar un posible suicidio. ¡Qué ridiculez!

Tendría derecho a una última visita de mi familia para despedirme de ellos. Me quedaban quince días por delante. No había mucho que planificar, pero sí que pensar.

El alcaide se despidió diciéndome que disfrutaría mucho viéndome morir, como disfrutaba con cada ejecución que se producía bajo su dominio. Al igual que yo, contaría uno a uno los días que lo separaban de esa enorme satisfacción. Ese ser aborrecible y abominable era lo peor que me había encontrado en la vida. Nunca pensé que pudiera haber personas con esa maldad y que pudieran actuar tan impunemente, con total libertad y con el poder de decidir sobre la vida de los demás con esa indiferencia. Esperaba y deseaba que no tuviera que ver más a ese despreciable sujeto, auténtico protagonista de todas mis pesadillas.

Al día siguiente me trasladaron al velador donde pasaría mis últimos días. Era un sitio aún más reducido que mi celda anterior, aunque mucho más cuidada, limpia y ordenada. Más que una celda era una sala totalmente cuadrada con lo imprescindible para vivir un par de semanas: cama, lavabo, váter, toallas, varios utensilios de aseo y una pequeña mesa con una silla que era realmente cómoda. Aunque había perdido en espacio, había ganado considerablemente en comodidad, algo que no me hubiera importado que hubiera sido al revés. La gran diferencia estribaba en que mi puerta estaba constantemente vigilada por tres funcionarios fuertemente armados, y cada vez que alguien accedía al recinto con alimentos o para llevarme a las duchas dos de ellos siempre le acompañaban. Mi intimidad era absolutamente nula, pero ya nada me sorprendía en aquel maldito lugar.

Lo más desagradable de todo era que desde mi puerta podía ver

perfectamente la sala de ejecución. Más que eso, parecía una sala de hospital, casi un quirófano. Por lo que podía apreciar, en el centro había una estrecha camilla considerablemente elevada. Al fondo una máquina con varios recipientes que parecían contener distintos líquidos. Imaginé serían los venenos que me inyectarían para matarme. De ella salían varios tubos muy delgados, como de plástico. A todas horas veía tráfico de gente con batas blancas que iban y venían atareados, y que con frecuencia manipulaban aquella máquina. Con todo aquello, mi nerviosismo crecía día a día. Mi ansiedad se disparaba cada vez que veía algún movimiento a mi alrededor.

¿Qué más podía ya hacer? Vigilado las veinticuatro horas del día, mi vida se reducía a esperar. A esperar una eternidad que se abría ante mí sin ningún tipo de esperanza. Llegué incluso a creerme que me había convertido en una amenaza para el sistema. Si alguna de mis cartas no hubiera sido interceptada por el alcaide, algo tan improbable, quizá la opinión pública hubiera podido llegar a conocer nuestra forma de vida, y realmente podría haberse creado una situación incómoda, dijeran lo que dijeran. Pensé en los días que me quedaban de vida y cómo podría llenarlos. Buscaba algún tipo de rutina para no caer en la desesperación y la locura, pero sin compañeros, sin cartas, sin visitas, sin nada más que hacer que ver pasar las aplastantes horas cada vez era más difícil frenar el enorme vacío que poco a poco devoraba todo mi ser, anulándome y paralizándome por completo.

XXXIII

Los interminables días se iban devorando, y a pesar de que solo quedaban dos días para mi muerte aquella tarde me sentí algo más feliz. No por tratarse de un religioso, simplemente porque era otro ser humano: el padre Valdovinos tenía la misión de regocijarme con Dios, algo de lo que no estaba muy convencido, pues me sentía abandonado por Él y por los hombres. El cura, espigado y con pelo cano, transmitía con sus ojos claros una paz y un sosiego al que era ajeno desde que entré allí. Agradecí su presencia, y más cuando comprobé lo cercano y amable que se mostraba.

—Por favor, Lázaro, no me llames padre ni nada parecido, dirígete a mí por mi nombre, Eliseo. Aunque venga como clérigo, también quiero hacerlo como amigo. Solo así conseguirás abrir tu corazón a Dios y me habrás hecho muy feliz al intentarlo.

Su voz clara y melodiosa era como un susurro. Pensé que quería evitar cualquier escucha del exterior, así que le imité y comenzamos a hablar.

—Gracias, Eliseo. Hace tanto tiempo que no tengo un diálogo cordial con nadie que no sé si sabré expresarme con claridad, aunque a Dios no debe importarle mucho lo que tenga que decirle.

—Dios presta oído a todo su rebaño, no importa de qué condición sea…

—Aquí Dios tiene prohibida la entrada. De otra forma, ¿cómo permitiría que sus ovejas pastaran en estos prados?

—Quizá tu tampoco seas el mejor ejemplo para él —replicó.

—No lo he olvidado, soy un asesino. Pero ni así merecemos tan cruel castigo. No se trata de ley, se trata de venganza.

—Déjame que te explique algo. Yo no soy quien tiene que valorar tu culpabilidad, hasta es posible que seas inocente —y a partir de aquí, bajó un poco más la voz, haciéndose casi imperceptible—. He confesado a gente que se ha declarado inocente hasta el final, que asegura que se ha cometido con ellos una tremenda injusticia. Yo les creo. Como también creo que este tipo de lugares debe desaparecer…

—Con todos mis respetos, Eliseo. Entonces, ¿qué hace aquí?

—Tender una mano a un necesitado, ayudar a un ser humano a superar el terrible trance al que se enfrenta. Estar aquí contigo no me hace cómplice de un sistema penitenciario que detesto. ¿Crees

que me gusta venir a conocer a personas que a los pocos días van a ser eliminadas? No es agradable, pero te aseguro que hago este trabajo para evitar que lo hagan tipos como el alcaide, hombres con sotana que se jactan de servir a Dios cuando en realidad son aliados del diablo. Sí, son mis compañeros, pero ni por asomo veo en ellos rastro de piedad. Te puedo asegurar que no encontrarías en ellos la paz que necesitas en estos momentos. Se trata de estar en paz con Dios y contigo mismo. Quizá no seas ni creyente pero permíteme que te ayude de la única forma que sé. No es mucho, pero es la verdad.

Aquel hombre me pareció lo más sincero que me encontré desde hacía tiempo. Y le creí. Ya no tenía nada a lo que aferrarme, así que decidí confiar en él.

—Lázaro, no es necesario que te confieses si no quieres. Para estar en paz con Dios no siempre es necesario suplicar tu arrepentimiento. Su infinita misericordia hará que te encuentres con él si eres limpio de espíritu y estás tranquilo contigo mismo.

—No estoy nada orgulloso de lo que pasó, pero Él sabe que fue un terrible accidente lo que me llevó a cometer ese crimen. Si no fuera yo, ahora sería mi esposa la que estaría enfrentándose a la muerte. Quise evitar la tragedia pero no pude conseguirlo. He provocado un gran dolor y debo pagar por ello, pero quitarme la vida no va a cambiar nada. Todos los días pido perdón por lo ocurrido, pero a cambio solo he recibido el trato más brutal que se le puede dar a una persona. Ya he pagado con creces mi error y no parece ser suficiente. ¿Se apiadará Dios de todos los asesinos como yo?

—La maldad en el corazón del hombre es reconocida por Nuestro Señor. No correrá la misma suerte un alma arrepentida como la tuya y una podrida por el odio y el desprecio. Estoy seguro de que aún tienes mucho amor que dar.

—¿Y de qué me va a servir?

—Para irte de aquí en paz, sin odios, sin rencores. Aprenderás a perdonar lo que han hecho contigo igual que Dios te perdonará a ti. Descargarte de esa mala energía significará tu redención. La muerte es un concepto abstracto, desconocido y terrible. Aceptar la muerte no es algo fácil. Tampoco lo es una ejecución. Posiblemente también sea difícil para quien tenga que quitarte la vida. Como tampoco es fácil para mí. Pero lo peor es prepararse para aceptarla.

—Yo no estoy preparado para morir. No creo que nadie lo esté. Hay mucha gente empeñada en jugar a ser Dios y ni siquiera estamos seguros de su existencia.

—Piensa que la inyección letal es la forma más humana de matar.

—Pero es absurdo, Eliseo. Matar no puede convertirnos en humanos. Ni a mí ni a mis verdugos. Piense en cómo hemos evolucionado con el paso de los siglos. Incluso la Biblia habla de razones que ahora nos parecen completamente desproporcionadas para condenar a muerte a una persona: la homosexualidad, la blasfemia, la adivinación, la infidelidad, la desobediencia a Dios, incluso trabajar en día santo. Hoy en día no se nos ocurriría ejecutar a nadie por ser un hechicero. Y cuando en algunas culturas acusan de adulterio a alguien nos movilizamos para que no se lleve a cabo la pena de muerte. Eso es lo que nos convierte en humanos: avanzar en la dirección correcta para evitar muertes inútiles hasta acabar con las ejecuciones.

—Así es, Lázaro. Poco a poco vamos eliminando de nuestra sociedad elementos que antes nos parecían totalmente ordinarios y que hoy en día consideramos una aberración de la especie humana. Mientras continuemos dándole poder a alguien para aplicar la pena de muerte en nombre de la justicia nadie estará libre de encontrarse alguna vez en esta situación. Por eso es tan importante que estemos libres de prejuicios y estemos dispuestos a perdonar y entender el comportamiento a veces tan extremo de nuestros semejantes.

—Eliseo, el infinito se abre ante mí y tengo miedo. En todos los años que he pasado aquí he esperado que llegara este momento para acabar de una vez con esta tiranía, pero ahora estoy asustado. ¿Cómo sabré que estoy muerto? ¿Cómo sabré si estoy en el paraíso o en el averno?

—Cuenta la tradición oriental que un mortal preguntó a un hombre sabio cuál era la diferencia. Una muchedumbre de hambrientos se encuentra alrededor de una montaña de rico arroz humeante. Sus palillos son más largos que sus brazos, y cuando prenden la comida no pueden llevársela a la boca, sufriendo una gran frustración. Ese es el infierno. En cambio, una muchedumbre alegre es feliz en una montaña de arroz humeante y sabroso. Sus palillos son más largos que sus brazos, pero al prender la comida se la dan unos a otros. Este es el cielo. Por eso es tan importante el amor. Con el amor derribaremos todos los muros que no puedan caer por sí solos. Tarde o temprano todos nos enfrentaremos a la muerte, y cada persona lo asimila de una forma. No tienes por qué entenderla, pero aceptarla como algo natural te ayudará en tus últimas horas. Serás energía que fluirá entre tus seres queridos y nunca los abandonará. Ellos te sentirán porque no te olvidarán. Haz

que esa energía sea positiva para que les ayude, porque eso te ayudará a ti. Abandonarás tu envoltorio terrenal y toda esa energía se disipará por toda la eternidad.

—La verdad, Eliseo, no es usted un cura más. Me estoy sintiendo libre por primera vez desde que llegué.

—Me alegro, Lázaro, me alegro mucho. Y ahora, ¿quieres confesarte?

Amablemente le contesté que no, no era necesario tras la apacible conversación que estábamos teniendo. No se molestó, al contrario, vio en mi gesto algo tan natural carente de malicia que me otorgó su bendición para mi próximo encuentro con Dios. Continuamos charlando amablemente largo rato, siempre en susurros, hasta que inevitablemente le obligaron a marcharse. Dudo mucho que supieran realmente del comportamiento del sacerdote, tan diferente a lo esperado por las altas jerarquías. Nos despedimos con un fundido abrazo, y me pidió que superara el miedo mirando a la cara a los verdugos, desafiándolos, mostrándoles que habían vencido a mi cuerpo, pero no a mi alma.

XXXIV

La víspera de mi ejecución fue una jornada de visitas. Poco antes de la hora de comer me llevaron esposado a una espaciosa estancia contigua al habitáculo donde permanecí los últimos días. Un cómodo sofá de tres plazas reinaba en ella, al que acompañaba un sillón de desgastado cuero que parecía bastante caluroso.

Esposado solo por las manos, uno de los funcionarios me vigilaba hasta que aparecieron mi madre y mi mujer. El corazón me dio un vuelco. El agente me quitó las esposas y nos dejó solos, advirtiéndome que tenía una hora para despedirme. Por primera vez en tantos años pude abrazar a mi madre y besar a Melany. Qué extraño se me hacía ese gesto tan poco valorado cuando lo tenemos a nuestro alcance y tan reconfortante cuando tienes tan cerca el último suspiro de tu vida. Intentamos hablar de cosas banales, restándole importancia a lo que acontecería pocas horas después. Por primera vez les pude hablar de lo que había supuesto mi estancia allí: las palizas, el maltrato psicológico, la falta de higiene, la mala alimentación, las violaciones… Aunque no les resultó nada agradable escucharme, por fin pude desahogarme con alguien después de tantos años de cautiverio. Después reímos recordando los mejores momentos de nuestra juventud, la infancia, el idilio con mi mujer. Hicimos un recorrido por nuestras vidas con un nudo en el estómago por los momentos desperdiciados en las cosas materiales y en el afán de querer poseer cada vez más. Qué distintas hubieran sido nuestras vidas si nos hubiéramos conformado con nuestra situación: un buen trabajo, un sueldo bastante decente, una vida tranquila, tener hijos: la vida normal de un matrimonio normal. Ya era tarde para lamentarlo, estábamos pagando las consecuencias de aquellas malditas decisiones.

El tiempo pasó tan rápido que cuando entraron a llevarse a mi familia de forma tan repentina nos abrazamos y nos pusimos a llorar. Fue el momento más duro, no queríamos separarnos, pues sería la última vez que nos viéramos. Una dolorosa despedida para todos, que suponía el inicio de una nueva vida para ellas y el principio de algo desconocido para mí, aterrador y misterioso.

Los funcionarios nos obligaron a separarnos con sus habituales modos y nuestros acristalados ojos se miraron por última vez. Así se cerraba para siempre la última etapa de mi vida.

Cuando me devolvieron a la celda pedí que no me llevaran la comida. Mi apetito había desaparecido y no me encontraba con ánimos para ingerir nada. Entonces me dijeron que tenía derecho a solicitar lo que quisiera para la cena de esa noche, la última de mi vida. Por un momento pensé que aceptar lo que parecía una tradición implicaba un cierto consentimiento a todo el proceso que significaba una pena capital, desde que somos llevados al corredor de la muerte hasta que nos quitan la vida, como si aceptáramos que todo lo que nos ha sucedido aquí dentro estuviera justificado. Pero deseché la idea, tampoco me vendría mal hacer una comida algo más decente de lo habitual aunque de poco sirviera ya. Así que pedí un filete de buey a la piedra en su punto, dos huevos fritos, patatas asadas con mantequilla, un crep relleno con helado de turrón y chocolate fundido por encima, un poco de pan casero hecho a la leña y una cerveza. Tumbado en la soledad de mi cama estuve recordando uno por uno los últimos minutos con mi familia, saboreándolos y sintiéndolos parte de mí. Eché de menos a algunos amigos. Seguros de que me quedaría aquí para siempre y de que no volvería, simplemente me olvidaron y siguieron con sus vidas. Tampoco se lo reprocho, llegar hasta aquí puede no resultar demasiado fácil para alguno de ellos.

Debían ser ya las siete de la tarde porque apareció un señor vestido de cocinero que me dejó las viandas que había solicitado. Solo me explicó que había traído pan normal, porque me había pasado del presupuesto establecido y tenían que recortar por algún lado. La cerveza era sin alcohol, pues este estaba prohibido. Al retirarse, susurraba algo así como que era un gran privilegio poder pedir tu última cena, a mi víctima nadie le preguntó. No hice el menor caso.

A decir verdad, la carne era de buena calidad pero estaba demasiado hecha. Apuré el plato y satisfecho paseé por la pequeña celda. Media hora después, aburrido, agobiado y nervioso me volví a tumbar sobre la cama a esperar mi último despertar. Tengo una hora marcada para dejar de existir. ¿Cómo iba a poder dormir?

XXXV

Después de una amarga noche, las luces se encendieron como siempre a las seis de la mañana. Los encargados de vigilar mi puerta me llevaron a las duchas para completar mi aseo personal de forma más distendida de lo acostumbrado. Cuando acabé me devolvieron a la celda y estuvieron ofreciéndome líquidos constantemente. Solo acepté agua, aunque finalmente opté por tomar una infusión con la idea de tranquilizarme un poco.

Los funcionarios que estuvieron vigilándome los últimos días iban fuertemente armados esa mañana. Todos portaban cascos, escudos y porras. La seguridad era máxima. Me sacaron de la mazmorra y fuimos caminando hasta la contigua cámara de ejecución. Antes de entrar me registraron de arriba abajo. Inmediatamente me introdujeron en la sala, pues varios testigos estaban empezando a llegar para presenciar la ejecución. Todo un espectáculo.

En la sala había tres individuos vestidos de enfermeros, dos hombres y una mujer. Eran técnicos de la propia prisión, ya que los médicos internos se negaron a participar en la ejecución. En el centro de la cámara había una camilla de al menos dos metros de larga. Era estrecha, y de sus lados salían sendas extensiones que le daban un aspecto de cruz. Me pidieron que me tendiera boca arriba sobre la camilla y pusiera los brazos sobre dichas extensiones. En pocos segundos ataron mis brazos a ellas, mientras que sujetaban con correas el resto de mi cuerpo a la camilla: piernas, abdomen y pecho.

Los guardias se quedaron cerca de mí. En el último momento entró el alcaide para leerme la orden de ejecución y me permitió hacer una última declaración. Me negué, todo estaba dicho, no quería participar más en aquel circo que tenían montado.

A mi lado estaba la máquina con todos los líquidos que iban a utilizar para darme muerte. De ella salían varios tubos que se unían en una vía con una aguja en su extremo. Uno de los técnicos me soltó el brazo derecho y se dirigió con la vía intravenosa a él. Mis venas se contrajeron por la tensión, lo que dificultaba la tarea del funcionario para ejercer su función. Intentó acceder a la vena de mi brazo suelto pero no lo consiguió. Al ver su torpeza, su compañero liberó mi brazo izquierdo y lo intentó con este hasta en tres

ocasiones. Después de los fallidos intentos, me dejaron descansar un poco tendido en la camilla. Mi nerviosismo iba en aumento.

Un par de minutos después le tocó el turno a la mujer. Optó por intentarlo de nuevo en el brazo derecho pero más hacia el centro, y al segundo intento pinchó en músculo, lo que me hizo gritar de dolor. El primer técnico lo volvió a intentar en el brazo izquierdo. Ahora sí que encontró la vena, pero al insertar la aguja la vía se desprendió y la sangre empezó a correr por mi brazo. Ante el espectáculo, la enfermera tuvo que irse.

Estaba claro que esos funcionarios no tenían experiencia en asuntos sanitarios, pero los profesionales se negaban a hacer ese tipo de intervenciones. Y a mí, en vez de matarme, me estaban torturando una vez más. El que parecía el encargado de la ejecución exclamó que aquello era algo difícil para todos. Debíamos tener paciencia. Y decidieron hacer otra pausa para taponarme la herida y volver a intentarlo más tarde.

A los pocos minutos la mujer, que se había vuelto a incorporar, me pidió que me relajara. Yo no podía relajarme con lo que tenía ante mí, eran ellos los que tenían que hacer su trabajo lo más rápido y limpio posible. Ya me encontraba dolorido, y aunque me costaba estirar los brazos colaboré todo lo que pude con ellos para que ese infierno acabara cuanto antes. Volvió a intentarlo en el centro de mi brazo izquierdo, con idéntico y negativo resultado. Entonces pensaron en intentarlo en mi mano. Al tercer intento consiguió pinchar una vena, pero se dio cuenta de que había introducido la aguja en dirección a los dedos en lugar de hacia el cuerpo, por lo que tuvo que volver a sacarla. Para disimular su grave error, comentó que el consumo de heroína me había dañado las venas. Le repliqué muy enfadado que yo nunca había consumido ningún tipo de droga y que se aplicaran en su cometido, pero despreció mis palabras.

Los enfermeros insistían en que veían mis venas pero no podían pincharlas. ¿No podían o no sabían? ¡Malditos inútiles! Uno de los agentes se acercó asegurando que él también las veía e intentó ayudarles a localizarlas. Entre todos no conseguían introducirme la vía intravenosa en mis brazos. Así que volvieron a atármelos con las correas. Me pidieron que abriera y cerrara el puño derecho con rapidez para ayudar a encontrar una vena y así lo hice, pero ni aun así fueron capaces. El jefe de los funcionarios encargado de la ejecución dijo que tenían que hacer otra pausa y volvió a pedirme que me relajara. ¿Podría hacerlo él en mi lugar?, me pregunté.

Unos dieciocho minutos después de comenzar aquel martirio la

mujer liberó parte de las correas de mi pierna derecha para intentar localizar las venas de mi tobillo. Pero esta vez pinchó en el hueso y grité totalmente dolorido. Cambió de pierna, pero tampoco había una vena dispuesta a colaborar. Volvieron a mis extremidades superiores. El enfermero lo intentó otras dos veces en mi mano derecha. Mi brazo izquierdo estaba hinchado y lleno de hematomas. El dolor empezaba a ser casi insoportable. Ya habían pinchado por lo menos dieciséis veces por todo mi cuerpo, siempre con la intención de inyectarme unas drogas cuyo fin era quitarme la vida, pero su ineficacia estaba convirtiendo aquello en una verdadera tortura.

Pensaron en hacer otra pausa, y entonces me derrumbé. Me puse a llorar amargamente y a suplicar que llamaran de una maldita vez a un médico de verdad que acabara con esto. Me dolía todo. Los funcionarios pinchaban una y otra vez en zonas de mi cuerpo que ya estaban inflamadas y con hematomas. Y a alguien se le ocurrió hacer una prueba. Lo intentarían con una inyección subcutánea en mi pierna derecha. Probablemente así sería más fácil aunque yo dudaba de la eficacia del método. Pero aquellas personas estaban tan desesperadas como yo al comprobar que su primera experiencia con la inyección letal estaba resultando totalmente patética. Una vez introducida la aguja en mi pierna, dieron la señal de empezar y pulsaron el botón de la máquina. Primero se inyectó una solución acuosa salina totalmente inofensiva que, según me iban diciendo, serviría para ir limpiando los conductos entre las distintas sustancias con el fin de facilitar la inyección. Pero el sistema adoptado no era el indicado y la aguja se salió de mi pierna, y las drogas se esparcieron por la sala.

El nivel de nerviosismo estaba al máximo. No tuvieron más remedio que buscarme una vena. Como ya las tenía tan inflamadas, esperaba que eso pudiera facilitar el trabajo, o así lo deseaba al menos. Estaba totalmente destrozado, nervioso y desesperado. Entonces el enfermero metió la aguja en un algodón empapado en alcohol para esterilizarla, y yo me pregunté para qué. ¡Me iban a matar! ¿De qué podía infectarme ahora? Así que al segundo intento por fin la aguja se introdujo en mi vena. La solución salina empezaba a entrar a mi cuerpo. Inmediatamente después, el tiopental sódico, un anestésico. Su función era dejarme dormido para que cuando inyectaran el bromuro de pancuronio que paralizaría mis músculos respiratorios yo ya no sintiera nada. Por último, el cloruro potásico pararía mi corazón y dejaría de vivir, pero entonces yo ya no debía sentir nada. Habría dejado este

mundo. Sería polvo de estrellas arrastrado por el viento, un susurro imperceptible compartido por la gente que dejo aquí. El sueño me vencía, y me entregué al placentero viaje que de un momento a otro emprendería.

Pero enseguida volví a despertar. Según entendí, no inyectaron el suficiente pentotal de sodio antes del bromuro de pancuronio y su escasa dosis había dejado de tener efecto. El siguiente líquido ya estaba entrando en mi cuerpo, y yo medio adormilado estaba horrorizado. Empezaba a sentir dolor. Notaba mi respiración agónica, terminal. Pero el efecto paralizante de la segunda sustancia me impedía expresar el dolor que sentía. Enseguida llegaría el último veneno, y yo me encontraba despierto enfrentándome a mi propia muerte. Mis ojos se movían arriba y abajo. Me atraganté y vomité por la reacción a los líquidos, y mis propios vómitos amenazaban ahogarme. Mi pecho se movía agitado. Estaba sufriendo muchísimo. Me estaba asfixiando. Y yo seguía despierto sin poder decirlo. El pánico que sentía era inenarrable. Notaba cómo aumentaban los espasmos musculares y una intensa quemazón por dentro. Y mucho dolor. Cuando parecía que estaba a punto de reventar, se produjo un corte de electricidad y como consecuencia la máquina se detuvo, dejando de fluir los compuestos químicos.

Todos estaban espantados y horrorizados. Nadie se esperaba una reacción así a este macabro invento que parecía ser la forma más humana e indolora de matar a alguien. Mi pecho aún se mantenía agitado, aunque muy despacio fue reduciendo su intensidad. De pronto vi aparecer al alcaide ordenando interrumpir la ejecución. Ignoro cuanto veneno entró en mi cuerpo, pero tras diecinueve pinchazos y más de veinte minutos de agonía desde que se inició el proceso, el equipo de aplicación de penas capitales de la prisión fracasó en su primer intento de matar con el procedimiento de la inyección letal. El alcaide, en cambio, insistió en la profesionalidad de su equipo y atribuyó a la mala suerte el fallo de la ejecución.

Un médico llegó para estabilizar mis funciones vitales y recomendar mi ingreso en el hospital. A los pocos minutos, me desataron todas las correas, me cambiaron de camilla y me trasladaron a la clínica del propio centro penitenciario. El doctor examinó todos mis hematomas. La debilitación de mis músculos respiratorios fue remitiendo, hasta que casi una hora después podía volver a expresarme. Le expliqué al doctor todos mis dolores, e hizo un chequeo lo más completo posible con los escasos medios de que disponía. No quiso aplicarme ningún sedante porque aún

desconocía los efectos que los venenos habían causado en mi organismo. A media tarde, mis brazos y mis piernas seguían dando señales de hematomas e inflamación. A última hora me dijeron que un mal funcionamiento del hígado habría podido impedir que mi cuerpo metabolizara con rapidez la combinación de componentes químicos que me inyectaron. Yo alegué que nunca había tenido problemas con el hígado, ni con las drogas, pero este podría haberse deteriorado sin advertirlo durante mi reclusión. De todas formas, no habría forma de saberlo, por lo menos allí. Me dejaron descansar hasta el día siguiente constantemente vigilado por los centinelas de siempre.

XXXVI

Por la mañana el doctor vino a reconocerme y comprobó cómo los hematomas más leves habían desaparecido. Me dieron un frugal desayuno a base de infusiones digestivas y de galletas integrales con alto valor energético, y mientras lo tomaba entró el alcaide para informarme que aplazaban la ejecución una semana. No esperaba menos de ese repugnante y mezquino sujeto. Para ello se había hecho con los servicios de dos médicos sin escrúpulos de identidad desconocida dispuestos a experimentar conmigo y cumplir su cometido rápidamente. Permanentemente vigilado por los gorilas y atendido perfectamente por el médico, iba agotando mis días de vida extra. Estaba harto. La espera era angustiosa. Los hematomas y la inflamación iban desapareciendo, pero mis venas seguían siendo las mismas. El protocolo de ejecución no había cambiado. El Estado tenía la intención de aplicarme la misma tortura sufrida hacía unos días. Y ahora, al echar la vista atrás y recorrer mentalmente los últimos años de mi vida, odié a Melany como nunca lo había hecho. Sí, la odié, y me odio a mí mismo por ello. ¿Cómo fui capaz de dejarme convencer aquella fatídica noche? Nada de esto hubiera ocurrido si no hubiéramos ido a casa de Steven. No debería habérselo permitido. Un estúpido accidente que va a acabar con mi vida, como yo acabé con la de Julia.

Debí hacer tantas cosas y no hice nada. No hice nada para no dejarme engañar por el inútil de mi abogado. Me arrastró hasta esta muerte lenta y no hice nada por impedirlo. Y también le odio por eso. Como odio el momento que intenté arrebatarle al arma a mi mujer. De no haberlo hecho, ella estaría ahora mismo en mi situación. Ella y solo ella estaría pagando por su estúpido plan de venganza. Suponiendo que hubiera sido capaz de llevarlo a cabo.

¡Oh, dios mío, me estoy volviendo loco! Estoy empezando a pensar en cosas en las que me cuesta creer. He llegado al límite de mi desesperación, a mi límite físico y mental. Quería dejar este mundo sin odio, sin rencor, pero no puedo. No puedo hacerlo. ¿Qué hay de malo en ello? Se trata de mi vida, la única que tengo, y la he desperdiciado miserablemente.

Mi tensión aumentaba cada vez que lo recordaba, porque al día siguiente me causarían el mismo dolor físico que la semana anterior. Y ya no creo que me pueda doler: es que ahora sé que me

va a doler. Y me aterrorizaba pensar en lo que tendría que sufrir hasta que la muerte me alcanzase.

XXXVII

Al día siguiente de su ejecución, el cuerpo sin vida de Lázaro Reber fue entregado a su madre, Priscila Haider, junto a un escueto parte de defunción que decía «Ejecución legal por inyección de sustancias letales». Ni una sola palabra de consuelo. Solo su cadáver, un manuscrito contando con detalle todo lo vivido durante sus seis años en prisión y una colección de cartas procedentes del programa de correspondencia en el que estaba registrado.

La prisión se encargó de preparar el funeral en su ciudad de origen, aunque solo corrió con los gastos del traslado. La asistencia como era de esperar se reducía a un número determinado de familiares cercanos, su esposa, su madre y el padre Valdovinos. Bajo la misma tierra que descansara su víctima, reposaban ahora para siempre los restos de Lázaro. Las cosas ya estaban como debían. ¿O quizá no?

Los últimos meses habían sido muy atareados para Priscila. En su incansable búsqueda para encontrar una solución que aplazara o impidiera la ejecución de su hijo buscó en todos los recovecos legales a los que se les permitía acceder. Luchó por encontrar alguna jurisprudencia que pudiera llevar a un atenuante de la condena. Luchó y luchó pero las inagotables fuerzas para salvar su vida solo le llevaron a encontrar al antiguo abogado de Lázaro, Alejandro Téllez.

Alejandro vivía ahora alejado de todo lo relacionado con las leyes. Vivía retirado en otro Estado con la pequeña fortuna que le había asignado Steven Weiner a cambio de sus servicios. Todo lo que tenía que hacer era conseguir que Lázaro fuera condenado a muerte por el asesinato de Julia Marchant. No fue demasiado difícil alcanzar un pacto con el fiscal totalmente ajeno al juez del caso. La única condición era que Melany no fuera acusada de asesinato. Un par de años de condena para ella serían suficientes para acallar a una opinión pública que ya tenía su cabeza de turco en este turbio asunto. La sociedad necesitaba venganza y Alejandro se encargó de dársela.

Aunque ese no fuera el plan inicial a Steven le salió todo redondo. Steven odiaba a su mujer tanto como deseaba su dinero. Entre él y Julia controlaban cada uno el cuarenta por ciento de la compañía. Pero él quería el poder absoluto para deshacerse de ella

lo más limpiamente posible. Entonces la jubilación del tercer accionista le brindó la oportunidad que buscaba. Como primera parte de su plan, le ofreció a Lázaro que se hiciera con sus acciones junto al dos por ciento de un accionista minoritario que buscaba estar menos involucrado en el entramado accionarial y una mayor liquidez. Sabía que para ello tendría que invertir todo su patrimonio y eso era lo imprescindible para Steven.

De esa forma Lázaro se convertiría en el tercer mayor accionista de S.I.M.S. con un doce por ciento de la compañía. Esto era lo que necesitaba Steven, ya que ese dinero no iría a parar a las arcas de la empresa sino a los bolsillos de los accionistas por los cambios de titularidad. Steven procuró mantener a su nuevo socio alejado con un viaje de trabajo para tener tiempo de preparar su ampliación de capital, principal objetivo de la operación. En ella, cada accionista debería aportar capital proporcionalmente a las participaciones que poseyera. Si alguno de ellos no pudiera hacerse cargo de la ampliación, podría perder peso político dentro de la empresa sin ninguna compensación. Ningún accionista puede ser obligado a aumentar su capital social, pero si no todos hacen su aporte habrá una nueva composición de la participación del capital, y así los que pongan su dinero verán aumentado su poder político y los que no, lo verán disminuido.

En el caso de Lázaro, conservaría el mismo número de acciones pero su participación porcentual se vería notablemente reducida. Es algo legítimo y no se puede objetar la decisión ni se contempla una compensación salvo que lo apruebe expresamente la Junta de Accionistas, y estando la mayoría en manos de Steven y Julia esa posibilidad se desvanece. El plazo para la adquisición era de quince días, y con la falta de liquidez y la ausencia de Lázaro la operación culminaría con éxito para Steven. Desvalorizadas porcentualmente las acciones de Lázaro, Steven solo tenía que hacerse con ellas a espaldas de su mujer para obtener así una mayoría del accionariado y controlar de esa forma la empresa sin tener que contar con su apoyo, pues también ella perdería poder dentro de la empresa.

Pero Steven no contaba con que Lázaro se enterara antes de tiempo y volviera para estropearlo todo. Debía buscar una solución para ese contratiempo. Y esta le vino sola cuando mató a su mujer. Mas era imprescindible que este no volviera a salir de la cárcel. Había remotas posibilidades, pero podría impugnarlo todo. Y aquí entraba en juego Alejandro. Una repugnante cantidad de dinero podría convencer a cualquiera para hacer un trabajo tan fácil como conmutar en pena de muerte un homicidio involuntario. Steven lo

tenía todo: el control absoluto de la empresa, todo su dinero y alguien que se había encargado de deshacerse de su mujer sin su intervención, incluso apareciendo como víctima. Y por supuesto Alejandro debía evaporarse, al menos por un tiempo.

Cuando Priscilla entendió los verdaderos motivos de Steven quiso ocultárselos a su hijo. De nada serviría que a estas alturas se enterara del maquiavélico plan de su jefe, así que se quedó con el secreto para ella sola. Desde ese día, una sola idea rondaba por su mente y empezó a prepararse para llevarla a cabo.

A los dos días de dar cristiana sepultura a su hijo se presentó en el impresionante edificio que albergaba las oficinas de S.I.M.S. Conocía a la perfección el horario de Steven, por dónde se movía, sus costumbres, y todo lo necesario para completar su plan. A última hora de la tarde, se dirigió al aparcamiento del inmueble sabedora de que una anciana como ella no levantaría ninguna sospecha. Se acercó al coche de Steven, y tras asegurarse que nadie la veía cumplió con la primera parte de su plan. El bolso que portaba ya le parecía más pesado que horas antes, y optó por dejarlo apoyado en el suelo hasta que tuviera que volver a abrirlo. Se quedó oculta de ojos indiscretos y esperó.

Steven, como siempre, era de los primeros en abandonar su trabajo y siempre lo hacía solo. Debía ser rápida para evitar ser vista, a costa de unos reflejos que ya no eran los de una persona joven. Pero con su determinación sacaría fuerzas de donde no las hubiera. Se lo debía a su hijo. En ese momento apareció Steven, que pasó cerca de ella sin reparar en su presencia. Maldijo cuando al llegar a su coche vio que una de las ruedas estaba desinflada. Se agachó y comprobó que un grueso clavo atravesaba el neumático delantero izquierdo. En ese momento Priscila abrió su bolso y se acercó sigilosa hasta donde se encontraba Steven. Cuando estaba justo tras él, le llamó y este se giró aún agachado. Se dio justo de frente con una pistola de clavos de aire comprimido. Ni siquiera le dio tiempo a ver quien la portaba. Rápidamente y uno tras otro los clavos fueron introduciéndose en su cráneo con más facilidad de lo que creía. Steven cayó hacia atrás. La sangre empezaba a resbalar por su cara procedente de los numerosos orificios que la martilleante herramienta iba dejando en su cabeza. Aún así, Priscila siguió oprimiendo el percutor mientras los clavos incansables iban atravesando su cabeza: frente, maxilar, parietal, mandíbula… Ninguna parte de su cabeza quedó libre de la furia de la mujer. Incluso uno de sus ojos había sido perforado por uno de esos puntiagudos clavos. Priscila se detuvo, cansada. El cuerpo sin vida y

ensangrentado de Steven yacía sobre el piso del aparcamiento de las oficinas S.I.M.S. La mujer se quitó la bata cubierta de salpicaduras de sangre y los guantes de látex, y junto a la máquina lo devolvió todo a su bolso desordenadamente. Se alisó el vestido con las manos y tranquilamente se dirigió a la puerta de salida antes de que alguien diera la alarma por lo ocurrido. Ya en la calle, aquella mujer ordinaria paseaba tranquilamente calle abajo con un pesado bolso colgado de su hombro mientras pensaba en la justicia. Del mismo modo que una sociedad civilizada clamaba venganza y el Estado se encargaba de dársela, ella acababa de consumar la suya, añadiendo un eslabón más a una cadena que iría alargándose irremediablemente hasta que alguien decidiera poner fin a ese círculo vicioso de difícil solución, mientras la venganza fuera el único recurso a nuestro alcance. Pero eso, a una señora de casi setenta años como Priscilla ya no le importaba.

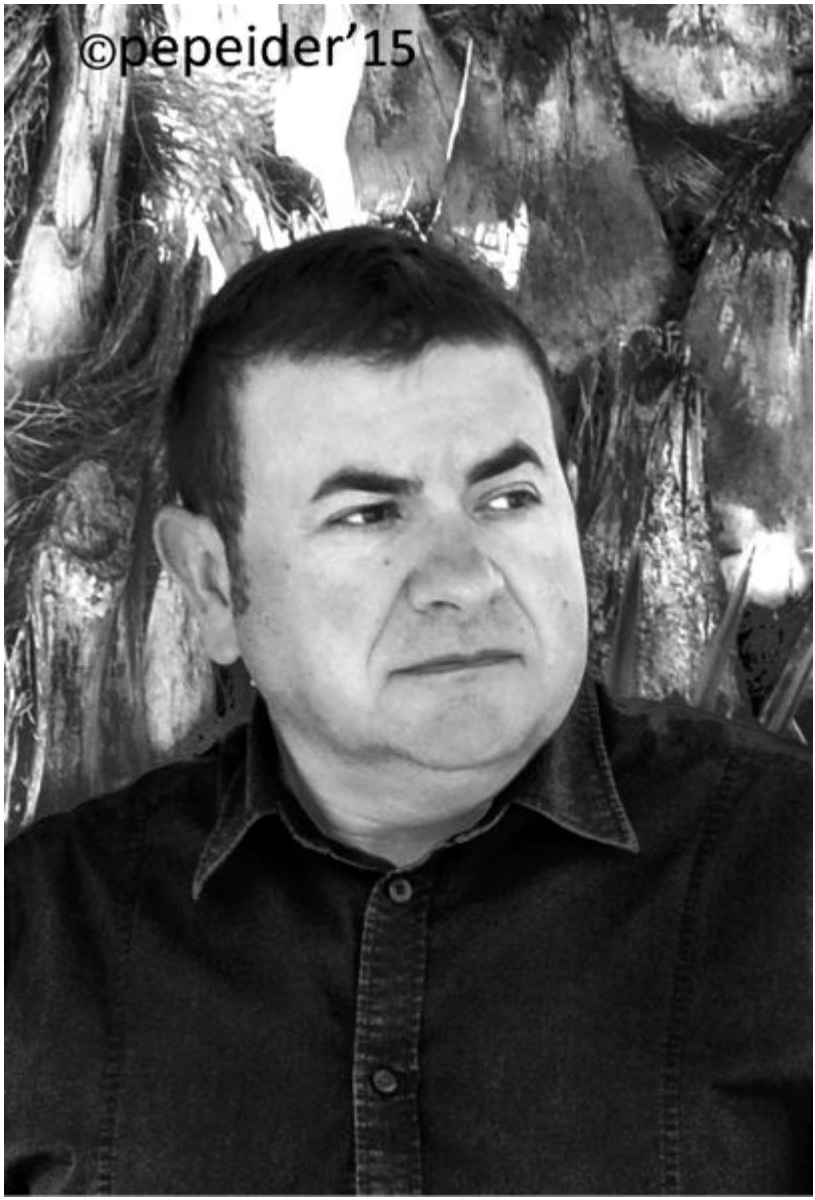
FIN

Nota del autor

Mi intención al escribir esta novela no ha sido bajo ningún concepto olvidarme de las víctimas de un homicidio. Su contenido, aunque inspirado en hechos reales, no pretende ser una excusa para presentar como víctimas a quienes atentan contra la vida de personas o animales. Ante todo tiene que haber justicia para los perjudicados.

Pero precisamente la irreparable pérdida de un semejante no debe llevarnos a vulnerar el derecho fundamental de todo ser humano como es el derecho a la vida. Pretende más bien ser un alegato contra la impunidad con que diariamente vemos cometer crímenes que cada vez nos dejan más insensibles.

Acerca de Jose Tovar



Ilicitano nacido en Alicante en 1968. Empezó su andadura en el

mundo de los medios de comunicación como comercial en la desaparecida Radio Cadena Española, donde adquirió la mayor parte de sus conocimientos sobre la radio y sus entresijos. Casi cuatro años después pasó a formar parte de la gran familia de Onda Cero en Alicante. Años más tarde se incorporó al Grupo Radiotelevisión de Elche, para embarcarse posteriormente en un ambicioso proyecto en una importante agencia de publicidad alicantina como asesor de servicios publicitarios. En 2009 fundó su propia Distribuidora de Medios, y poco después editó y publicó la revista cultural 100p, de tirada provincial. Ha llegado a producir programas de televisión, ha redactado
discursos, y siente gran pasión por el mundo de la cultura en general y por el de la música en particular, llegando a colaborar con algunos artistas nacionales. En la actualidad es community manager de varias empresas y desarrolla tareas comerciales como freelance.

Y ahora se ha atrevido a zambullirse en el maravilloso mundo de la literatura con Dios está de vacaciones, una dramática novela negra con evidentes trazos de denuncia social, y que no será la única.